
La chica que aprendió a volar
ARIANNE MARTÍN

Copyright

EDICIONES KIWI, 2024
info@grupoedicioneskiwi.com
www.grupoedicioneskiwi.com
Editado por Ediciones Kiwi S.L.



Primera edición, enero 2024

© 2024 Arianne Martín
© 2024 Ediciones Kiwi S.L.
Corrección: Carol RZ

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Nota del Editor

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Índice

- Copyright
- Nota del Editor
- Prólogo

Octubre
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6

Noviembre
- Capítulo 7

Diciembre
- Capítulo 8

Enero
- Capítulo 9

Febrero
- Capítulo 10
- Capítulo 11

Marzo
- Capítulo 12
- Capítulo 13

Abril
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17

Junio
- Capítulo 18

Julio
- Capítulo 19
- Capítulo 20

Septiembre
- Capítulo 21
- Capítulo 22

Octubre
- Capítulo 23
- Capítulo 24
- Capítulo 25

Diciembre
- Capítulo 26
- Capítulo 27

Enero
- Capítulo 28
- Capítulo 29
- Capítulo 30
- Capítulo 31
- Capítulo 32
- Capítulo 33

Epílogo
Agradecimientos

Para todas aquellas personas que se han sentido atrapadas.
Aunque todavía no os hayáis dado cuenta, tenéis unas hermosas alas.
Ojalá la historia de Olivia os ayude a abrirlas.

Hoy es el primer día del resto de tu vida.

Abbie Hoffman

Prólogo

Durante muchos años había vivido sumida en la oscuridad, dentro de un pozo desde el que no podía ver el exterior. El primer libro que cayó en mis manos fue como una pequeña luz que me permitió ver un poco mejor lo que había a mi alrededor. El segundo me hizo un poco más consciente de la naturaleza de mis muros. Cuando ya llevaba una veintena de lecturas, fue cuando empecé a ver la luz que había fuera de las paredes de la cárcel que me ahogaba.

Había estado dormida, viviendo una vida que creía merecer, una vida que pensaba que era igual para todas las personas. Había creído que no había nada mejor a lo que poder aspirar. Cuando abrí el primer libro, empezó el comienzo del final. Mi mente fue cambiando poco a poco con las luchas que los demás protagonizaban y yo convertía en mías. Luchas que me hicieron comprender que podía tener voz propia, que debía tenerla. Esa pequeña acción insignificante a ojos de cualquiera fue un enorme paso para mí.

El mundo empezó a transformarse frente a mis ojos. Las historias de amor que leía en los libros me hacían creer que también podían existir para mí. Lo anhelaba. Deseaba el amor puro de alguien que me quisiera a su lado. De alguien que me considerara su igual.

Muchas veces me preguntaba si de verdad había personas que vivían de esa manera. Empecé a plantearme si el mundo era como yo lo conocía o como aparecía en los libros. Empecé a buscar más información, a formarme; leí cualquier novela que cayese en mis manos.

Los libros se convirtieron en una pequeña llama encendida en medio de toda la oscuridad que me rodeaba. Una pequeña llama que me preocupé por cuidar y alimentar. Me aferré a ella con fuerza, porque era lo más hermoso que tenía en este mundo.

La lectura fue mi vehículo hacia la libertad.

Octubre

Capítulo 1

OLIVIA

Fue un 16 de octubre, pero podría haber sido cualquier otro día, lo comprendí años después. Marcos estaba al límite, él siempre lo estaba; y yo, yo había despertado de mi sueño hacía tiempo, la sumisión quedaba muy atrás. No era la misma. Aunque todavía no me había convertido en la persona que me habría gustado ser, estaba trabajando en ello.

Una vez que había descubierto cómo era el mundo más allá de los enormes muros tras los que vivía, lo único que necesitaba para liberarme de ellos era encontrar la fuerza para alzar mi voz o que el miedo a quedarme superase el de marcharme.

Esa tarde, cuando terminó mi turno, con toda la biblioteca impoluta, me senté frente al ordenador, emocionada. Siempre lo estaba, pero ese día todavía más. Solo nos conectaríamos Aren y yo, porque éramos los únicos de nuestro grupo que nos habíamos apuntado a esa lectura conjunta. Llevaba un año participando en la iniciativa y esa era la primera vez que sucedía.

Abrí el navegador y tecleé en el buscador mi dirección de correo, la que me había hecho solo para poder hablar con ellos. Cuando se cargó el perfil y aparecieron todos mis contactos, sonreí al ver el punto verde al lado del nombre *elreinodeláguila*; Aren siempre era muy puntual. No podría evitar sonreír cuando recordaba la conversación en la que me explicó el motivo del nombre de su correo. Los padres de Aren y de su hermana habían amado la historia. En especial, los vikingos, motivo por el cual decidieron poner a sus dos hijos nombres de esos guerreros. Aren significaba «el que reina como un águila», de ahí su correo.

A pesar de que estaba emocionada, cada poco tiempo, casi como si fuera un acto reflejo, levantaba la vista y barría la biblioteca para asegurarme de que todo estaba bien. En el fondo de mi mente siempre tenía una sensación de alarma grabada a fuego. Después de revisar todo y ver que no había peligro, conseguía relajarme durante otro rato más.

Pinché sobre el grupo *Trono de cristal* que Aren había creado para que pudiéramos comentar el libro, y tecleé una frase con una sonrisa dibujada en la cara.

¿Te ha dado tiempo a leer los cuatro capítulos que tocaban?

Directa al grano. Esa era la forma más fácil de hablar con él, la que me ponía menos nerviosa.

Aren:
Buenas tardes para ti también. Los tengo leídos desde el mismo día en el que empezamos. Con todo el interés que tienes por esta autora, no puedo evitar sentir curiosidad.

Su respuesta consiguió que el estómago me hiciera una pirueta divertida.

¿Y? ¿Te ha gustado?

Aren:
Mucho, estoy deseando leer más.

Después de esas frases de saludo atípicas, empezamos a comentar los capítulos que habíamos leído. Tenía muchísimas ganas de saber lo que pensaba él. No sabía poner en palabras la razón por la cual ese libro era tan importante para mí, pero la realidad es que lo era. La protagonista,

Celaena, era una mujer muy fuerte y decidida a la que me habría encantado parecerme. Me llenó de felicidad descubrir que a Aren también le había gustado muchísimo su fuerza.

La mayoría de las veces que hablaba con mis amigos del grupo de lectura tenía la sensación de que por fin había encontrado mi lugar en el mundo. Me sentía insegura, no podía evitar hacerlo, siempre tenía dentro de mí una pequeña voz que me decía que no era suficiente para nadie; pero hacían que, cuando estaba charlando con ellos, esa voz fuera apenas un molesto susurro. Tras apagar el ordenador y volver a mi vida real, normalmente aparecía de nuevo, repleta de dudas y gritando con fuerza.

Estaba muy a gusto charlando con Aren, pero ya llevábamos media hora y estaba empezando a ponerme nerviosa; tenía miedo de perder la noción del tiempo y que se me hiciese demasiado tarde. No quería ni siquiera pensar en esa posibilidad. Y, aunque odiaba estar incómoda mientras hacía algo que me gustaba, no podía evitar sentirme así. Odiaba no poder disfrutar de nada. ¿Sería capaz de acabar algún día con eso?

Cuando esa posibilidad se me pasó por la cabeza, la deseché de inmediato. No quería pensar en ello. Me producía ansiedad. Era más de lo que podía soportar.

Estaba tecleando una respuesta cuando lo escuché.

—Lo sabía, joder. Lo sabía.

La voz de Marcos llegó clara y alta hasta mis oídos. Cerré los ojos y traté de controlar mis temblores, pero no pude hacerlo, no del todo al menos. Me di la vuelta despacio para mirarle. Parecía furioso, de pie detrás de mí, con la mirada fija en el ordenador. Estaba tan asustada que no sabía qué hacer. Me quedé paralizada mirándole, preguntándome cuánto tiempo llevaría allí leyendo lo que había escrito, lo que Aren había escrito. Sus ojos se apartaron de la pantalla y se posaron sobre mí. Supe que estaba esperando que le diese alguna explicación, pero, aunque hubiera querido, no habría podido hacerlo. En el mismo momento en el que él apareció, dejé de ser yo. Al menos, la parte de mí que me gustaba. Dejé de ser la chica que tenía sueños, inquietudes y ganas de seguir adelante. Ganas de cambiar. Marcos anulaba todo eso solo con su presencia.

—Vamos —dejó salir la palabra entre dientes apretados mientras se acercaba mucho a mí. Tanto que apenas me dejaba respirar—, recoge eso, puta —ordenó, agarrándome con fuerza de la parte trasera de la cazadora para obligarme a ponerme de pie.

Marcos nunca había actuado de una forma tan agresiva. Cuando me di cuenta de ello, fue cuando supe lo mucho que había perdido los nervios. Comprendí que estaba en una situación muy peligrosa y sentí mucho miedo, mucha indefensión. Me bloqueé.

Sin apenas ser consciente de lo que hacía, recogí las pocas cosas que tenía colocadas sobre la mesa y las guardé en la mochila.

Salimos de la biblioteca y nos montamos en el coche. Estaba sumida en una especie de bruma que me impedía retener lo que sucedía a mi alrededor. Encerrada dentro de mi propia mente. Escondida en una esquina, hecha un pequeño ovillo. En un lugar en el que nadie podía hacerme daño.

Me puse el cinturón con manos temblorosas y miré al frente. Marcos arrancó el coche y salió del aparcamiento haciendo chirriar las ruedas. Estaba tan asustada que ni siquiera pasé vergüenza.

¿Qué iba a suceder?

Marcos no dijo una sola palabra durante todo el trayecto a casa. La quietud que se respiraba dentro del vehículo me asfixiaba. Sabía que era la calma que precedía al desastre, lo podía notar

en cada uno de sus movimientos controlados: en su forma de cambiar de marcha, en cómo apretaba la mandíbula, como si le costase trabajo no explotar. Tenía miedo. Sentía pánico por su reacción. ¿Hasta dónde llegaría esa vez?

Aparcamos en el único hueco que había en nuestra calle. Se bajó del coche dando un sonoro portazo y le seguí sin decir nada. Cada uno de los movimientos que hizo, desde meter la llave dentro de la cerradura del portal hasta llamar al ascensor, los realizó de malas maneras, con excesiva fuerza. Quería que supiera que estaba enfadado. Yo solo podía temblar. Solo podía desear que todo acabase cuanto antes.

Subimos en el ascensor. Marcos se puso de espaldas a mí como si quisiera demostrar que yo no existía. Cuando paramos en nuestra planta, lo seguí por el pasillo hasta la puerta de casa. Lo vi entrar y lanzar las llaves sobre la encimera del recibidor. Dudé durante unos segundos en el umbral antes de entrar y cerrar detrás de mí. Colgué el bolso en el perchero con manos temblorosas mientras él se paseaba por el salón, frotándose la cabeza y el cuello. Lo observé sin saber dónde colocar las manos, dónde colocarme yo; sin saber qué hacer. Estaba a merced de Marcos y de sus necesidades, como siempre.

Cuando encendí la luz del pasillo, él pareció reparar en mi presencia. Se dio la vuelta y clavó su mirada furiosa en mí. Cerró los ojos con fuerza, tratando de tranquilizarse, como si lo que había hecho hubiese sido demasiado para él. Temblé. Como si hubiera obrado mal, como si le hubiera hecho algo imperdonable. Bajo la fuerza de su mirada, con su desaprobación escrita en cada uno de sus movimientos, me dije que no había hecho nada malo. Tuve que repetírmelo muy fuerte. Tuve que repetírmelo una y otra vez para evitar que él me convenciese de lo contrario. Aguantaría su furia, pero no le permitiría que me convenciese de que había hecho nada malo. Eso no me lo podía quitar. Sería mi pequeña revolución. Era lo que me habían enseñado los cientos de heroínas de los libros que había leído.

—Conque tenías que quedarte más rato en el trabajo, ¿eh? —me echó en cara la excusa que le había dado esa mañana para poder hablar con Aren.

La excusa que usaba siempre que tenía una reunión con el club de lectura. El único momento que tenía para mí sin que él me asfixiara.

No dije nada. ¿Qué iba a decir?

—¿Cuánto tiempo llevas engañándome? ¿Te piensas que soy tonto? Sí lo haces, joder. Soy demasiado bueno contigo, ese es el problema. Que crees que me puedes vacilar —siguió insistiendo.

Tenía ganas de discutir y echarme en cara lo mala novia que era.

Seguí sin decirle nada. Marcos no quería escuchar mi versión, no quería escuchar lo que necesitaba ni lo que sentía, nunca lo había hecho. Prefería sacar él mismo sus propias conclusiones. Había aprendido por las malas que era mucho peor contestarle cuando se enfadaba. Lo único que anhelaba era que me dejase, que se diese cuenta de que no me iba a defender, que iba a estar tranquila, que haría caso a lo que él me dijera. Traté de hacerme pequeña, todo lo pequeña e invisible de lo que era capaz, contra la esquina del pasillo, pero ese día no me sirvió de nada. Marcos no lo iba a dejar pasar.

—Estoy esperando una explicación. ¿Qué coño hacías con el tío ese?

—Estábamos hablando de libros —respondí tartamudeando, poniéndome las manos cerca de la cara para protegerme.

Marcos estaba demasiado cerca de mí. No me dejaba pensar.

—Te lo estás follando, ¿verdad?

—No.

—Dime la verdad, puta —exigió, agarrándome de la camiseta y zarandeándome.

Me puse a llorar, no podía hacer otra cosa. Era incapaz de hablar.

—¡Que me la digas! —gritó, volviéndose loco.

No vi llegar la mano que me golpeó en la cara. Solo sentí un dolor agudo seguido de un líquido caliente resbalando por la comisura de la boca. Tenía los ojos cerrados con fuerza, por lo que el puñetazo me pilló desprevenida. Subí las manos más arriba, tratando de protegerme con los antebrazos.

—No, no, no —repetí una y otra vez.

Me habría gustado gritar, pero no pude hacerlo. No tenía la fuerza necesaria dentro de mí. Solo quería hacerme pequeña y desaparecer. La respiración agitada de Marcos cerca de mi cara me hacía sentir náuseas. Después de un par de empujones más, que me dejaron arrinconada contra la esquina de la entrada, sentí que se alejaba de mí. Solo cuando noté que su cuerpo no estaba sobre el mío, me atreví a abrir los ojos y a separar ligeramente los brazos para poder ver a través de ellos. Necesitaba saber dónde estaba Marcos. Cuando lo enfoqué, vi que tenía ambas manos colocadas sobre la cabeza y miraba hacia el salón. No dejé de observarlo hasta que se dio la vuelta y caminó hacia allí. Aproveché la oportunidad para salir corriendo y encerrarme en el baño que estaba a mi derecha. Cuando por fin cerré la puerta y puse el pestillo, me permití plantearme la situación en la que me encontraba. Tenía el corazón alojado en algún lugar de la garganta. Apenas podía respirar, no escuchaba otra cosa que no fueran los latidos de mi corazón en los oídos. El golpe del labio me palpitaba y ardía. Podía notar la sangre fluyendo por la comisura de mis labios. Me puse la manga sobre la boca para tratar de pararla. El sabor metálico de la herida se mezclaba con el salado de las lágrimas. Sabía a desesperación y a pánico. ¿Cómo iba a salir de esa? ¿Qué iba a hacer? Fui incapaz de contener el llanto que escapó de mi interior. Nunca me había sentido más perdida, más sola y asustada en la vida.

Me sobresalté cuando Marcos llamó a la puerta un rato después. Miré hacia esa separación de madera llena de ansiedad. Fui deslizándome poco a poco por la pared hasta llegar al suelo.

—Joder, Olivia —su voz se escuchó a través de la puerta—, no llores. Si no me hubieses obligado a hacerlo, esto no habría sucedido.

Se quedó durante unos minutos en silencio, esperando a que le contestase, como si me estuviera dando tiempo para que me disculpase. Pero la realidad era que no quería hacerlo ni como mecanismo de protección. Solo necesitaba que me dejase tranquila. Quería estar sola. En cualquier otro lugar, en cualquier otra situación. Quería no tener la sensación de que mi vida pendía de un hilo muy fino sujeto por una persona inestable que podía soltarlo en cualquier momento. Porque, por mucho que se arrepintiese luego, había situaciones y decisiones que más tarde no se podían reparar, desde las que luego no se podía dar marcha atrás.

Después de un rato, lo escuché alejarse y caminar por la casa. Iba y venía a la puerta del baño de manera intermitente tratando de hacerme hablar. Cada una de las veces aparecía con una actitud distinta, como si estuviera probando todas las opciones que conocía para convencerme de que saliese. De que estuviese con él, de que reconociese lo mala que había sido, lo mal que me había portado. Quería dejar patente que, si había una víctima en esta situación, era él. Después de un tiempo, se fue un rato más largo que los anteriores y pensé que la situación que estaba viviendo era una especie de tortura.

Me tensé cuando lo escuché regresar a la puerta.

—Me tengo que ir al trabajo, nena. ¿Seguro que no quieres decirme nada antes de que me

vaya? —preguntó con voz desesperada. Miré la hora en el reloj para cerciorarme de que estaba diciendo la verdad. ¿Cómo podían haber pasado ya dos horas desde que me había recogido?—. Cuando vuelva hablamos. Estoy seguro de que, si prometes que te vas a portar bien, podré perdonarte. Sabes que no sé vivir sin ti. Por eso me he enfadado tanto. No soporto que me mientas.

Cerré los ojos con fuerza y me llevé las manos a los oídos para tapármelos. No quería escuchar lo que me decía, que me lavase el cerebro. No quería que me hiciera sentir culpable. Me negaba a caer de nuevo en esa trampa. No quería estar metida en el mismo agujero en el que me encontraba desde hacía cuatro años. Puede que estuviera atrapada con él, pero eso no significaba que fuera dueño también de mi mente, de mis ideas.

—Dime algo, nena —insistió, segundos antes de que sonase un golpe contra la puerta.

Estuve a punto de gritar. Me apreté más fuerte contra la pared, muerta de miedo, hasta que me di cuenta de que el ruido no significaba que fuese a tratar de entrar a por mí, seguramente lo había hecho al golpear la cabeza contra la puerta. Sabía que lo mejor sería decirle algo, pero no me sentía capaz de pronunciar palabra alguna. Lo único que deseaba era que desapareciese para siempre. Que desapareciese y se llevase todo lo que había vivido con él hasta ese momento, todo el miedo y el dolor.

—Hasta luego —dijo pocos minutos después.

Escuché sus pisadas alejarse, seguidas del ruido de la puerta de entrada abriéndose y cerrándose de golpe.

Se había ido.

Su marcha debería haberme hecho sentir mejor, debería haberme aliviado, pero ese día no lo hizo. No era capaz de sacudirme la sensación de peligro de encima.

¿Qué iba a hacer con mi vida?

Capítulo 2

AREN

Si me hubieran preguntado un año antes si te podías enamorar de alguien sin conocerlo en persona, les hubiera contestado con un rotundo no. Era imposible. Es más, me hubiese reído de forma ácida e, incluso, puede que, si ese día tuviera ganas de hablar, los hubiese llamado ilusos. No creía en el amor; más bien, no creía en las personas. Digamos que no era alguien que fuese capaz de crear lazos a la ligera. Pero ahora, después de haber experimentado lo que era enamorarse de alguien al que no había conocido en persona, alguien que no era más que un ente que flotaba en el mundo y con el que solo hablaba por Internet, mi respuesta hubiera sido un rotundo sí. Sí, era posible que te sucediese. De hecho, también era posible sentir que esa persona estaba presente en cada pequeño acto cotidiano. Si alguien me hubiese pagado cada vez que, al hacer cualquier cosa, pensaba en que lo quería compartir con Olivia, en ese momento sería dueño de un imperio.



Ese día, cuando el despertador sonó a las cuatro de la mañana, estaba mucho más contento de lo normal. Comencé mi rutina habitual, la que me había forzado a adquirir para mantener mi mente fuerte y sana, o por lo menos lo más sana posible. Salí a correr los cinco kilómetros de rigor frente a la playa. Había pocas cosas que me oxigenasen más que la sensación del aire marino llenando mis fosas nasales y el calor del esfuerzo apretando mis pulmones y músculos. Para mí, correr era igual a vida. Se me vaciaba la mente y se me llenaba el espíritu.

Cuando llegué a casa, media hora después, me di una ducha rápida. Con el pelo todavía mojado, me vestí y bajé las escaleras de casa hacia la panadería. Puse los hornos en marcha y me hice un café descafeinado de cápsula en la pequeña cafetera que tenía en el obrador. Todavía no era hora de encender la grande del local. Mi hermana Lena se encargaría de hacerlo cuando bajase a las seis de la mañana, hora en la que abríamos al público nuestra panadería-cafetería rebautizada como Las Tres Escobas. Puede que no fuera un mago, pero me gustaba estar rodeado de toda la magia que me era posible, quizás por eso me gustaba tanto Olivia. No me hicieron falta más de dos conversaciones con ella para darme cuenta de lo especial y diferente que era. Única. Es más, si ese día me había levantado tan contento y lleno de vitalidad, era porque a la tarde habíamos quedado para hablar. Si no lo hubiera sabido antes, ese habría sido un gran indicio de lo colado que estaba por ella. Pero la realidad era que sí que lo sabía. Lo sabía desde hacía meses. ¿Cómo no iba a hacerlo? Era lo suficientemente mayor y me gustaba observar las reacciones de mi cuerpo y mis pensamientos. A fin de cuentas, ser escritor era eso, ¿no? Ver todo lo que había a tu alrededor, saber analizarlo para luego plasmarlo en palabras y, si tenías mucha mucha suerte, ser capaz de transmitírselo a los demás.

Cuando mi hermana bajó las escaleras una hora después y arrastró los pies dentro del obrador mientras yo estaba cortando los dibujos de las barras de pan que iba a meter en esa hornada, me

acerqué a ella para plantarle una taza de café en las manos.

—¿Por qué tienes una sonrisa en la cara? —me preguntó, tratando de parecer una gruñona, cosa que no consiguió.

La conocía lo suficientemente bien como para que su mal humor mañanero no me intimidase lo más mínimo.

—¿Qué hay de malo en estar alegre? —le contesté con una sonrisa divertida.

Ella me observó por encima de su taza con escepticismo mientras daba un trago a su café.

—Que tú no eres una persona alegre —respondió.

Lancé una carcajada y me puse delante de ella para darle un beso en la frente antes de seguir con mi trabajo.

—Para eso estás tú, ¿no? Para divertir a tu hermano aburrido.

—Me alegro de que lo sepas reconocer —dijo, antes de darse la vuelta para empezar con su rutina del día y abrir la panadería —. ¡Te quiero!

—Y yo a ti —respondí, aunque no era necesario que lo hiciese para que ella lo supiera; hacía mucho tiempo que nos lo habíamos demostrado el uno al otro.

La mañana se pasó más rápido de lo que había pensado. Vinieron muchos clientes, y eso que yo tenía la cabeza continuamente en que esa tarde había quedado con Olivia para hablar del libro que estábamos leyendo nosotros dos solos. Cada vez que lo recordaba, el estómago me daba un salto, como si estuviera montado en la mayor montaña rusa construida por el hombre.

Cuando Alejandra, la chica que se encargaba del turno de tarde en Las Tres Escobas, entró por la puerta de la panadería, me lavé las manos para poder marcharme. Quería que la mañana acabase ya.

—Me subo a casa —le anuncié a Lena, depositando un beso sobre su mejilla cuando pasé a su lado.

Entré en el obrador a colgar el delantal y salí por el lado derecho del mostrador para poder acceder a las escaleras que llevaban hasta nuestra casa. Cuando llegué al final de estas, saqué las llaves del bolsillo y abrí la puerta para acceder al enorme apartamento que había sido nuestro hogar toda la vida. Me quité las botas para no ensuciar el suelo y me puse las zapatillas de casa, llenas de dibujos de rayos y gafas. Era un fanático de Harry Potter, que alguien me detuviese por ello.

Comí en silencio mientras buscaba algunos vídeos en el móvil. Me encantaba ver a la gente construir hermosas maquetas de todo tipo de edificios, aunque mis favoritas eran las de invernaderos; las plantas tenían algo que me transmitía mucha paz. Cuando terminé de comer, fui hasta mi habitación y me tumbé sobre la cama. Solía dormir un rato después de la comida para recuperar algo de sueño perdido. Siempre me tocaba madrugar y nunca me dormía pronto, me gustaba demasiado leer. Así que, para no morir joven, solía descansar durante el día.



Cuando me desperté, unas horas después, fui al baño antes de encerrarme en mi despacho a escribir. Toda la alegría, nervios e ilusión que había sentido a lo largo de la mañana se diluyeron a los pocos minutos de estar sentado frente al archivo del libro en el que estaba trabajando en ese

momento. Di un sorbo al café que me había preparado y miré hacia el jardín por la enorme cristalera. Estaba atascado, muy atascado. Las putas palabras no querían salir de mí; tenía una novela casi planificada, pero no terminaba de ver a los personajes. En especial, el que se me estaba resistiendo era el protagonista masculino. No era capaz de conseguir encontrar una personalidad para él que cuadrase con la historia.

Después de solo unos pocos minutos, me levanté de la silla y me acerqué a la ventana del balcón para mirar hacia el jardín, tratando de encontrar la inspiración. Apoyé el antebrazo sobre el marco superior y observé, solo observé. Estaba… desilusionado. Me faltaba alegría, color. Me faltaba algo y sabía lo que era. Me faltaba Olivia. A veces, me entraban ganas de preguntarle dónde vivía y plantarme en su ciudad para conocerla. Lo necesitaba. Nunca lo había hecho porque también sabía que no era lo que ella quería. Necesitaba encontrar de nuevo la luz, siempre había sido una persona muy gris. Ahora me sentía un poco más gris oscuro. Sabía que, si la tenía cerca, algo de su color fuerte aclararía el mío.

La alarma de mi teléfono móvil sonó, sacándome de golpe del estado de reflexión en el que me había sumido. Sin pararme a pensar en lo que hacía, salí corriendo hacia el escritorio. Todos esos sentimientos de alegría y emoción que se habían esfumado de mi cuerpo me llegaron de golpe, porque esa alarma significaba que había llegado la hora de comentar la lectura conjunta. Últimamente, Olivia era la única que conseguía sacarme de mi tono gris, ese que lo cubría todo en mi vida. Cada vez que charlaba con ella, sentía como si un foco de luz y calor se encendiese justo encima de mí. Un foco que lo iluminaba todo con una preciosa luz dorada.

A pesar de que no podíamos hablar mucho y la mayoría de las veces estábamos con otras personas cuando lo hacíamos, me volvía loco su forma de ser, sus pensamientos, sus ideas y sus bromas. Sentía la necesidad de entablar una relación con ella más allá de los libros. Quería tocar el tema personal, pero, cada vez que había dirigido la conversación a esos lares, ella se había puesto tensa y apenas había aportado datos. Siempre solía tener que irse muy pronto cuando eso sucedía, por lo que había comprendido rápidamente que, si quería poder disfrutar de su compañía, tenía que hablar de otras cosas.

Nunca había visto a Olivia en persona, pero tampoco me importaba. Ella, su personalidad, era como un gran imán para mí, y yo no era más que un pequeño tornillo que ni quería ni podía escapar a su poder de atracción.

Me sentía tan frustrado.

Sabía que por eso estaba al borde de la depresión. Había estado dentro de esa mierda que te absorbe por completo el suficiente tiempo cuando mis padres murieron como para no reconocer ahora que estaba peligrosamente cerca de nuevo. Por eso no podía escribir. Por eso apenas podía sonreír. Había vuelto a hacer una cantidad exagerada de ejercicio para tratar de mantenerla a raya, pero lo único que me separaba de ese oscuro lugar era ella. Olivia. Me llenaba de la alegría que tanto necesitaba. Esa alegría que yo era incapaz de producir por mí mismo.

Sentía que me faltaba algo, y ese algo era ella.

Me frustraba mucho no poder tener lo que quería.

Cuando llegué al escritorio, me lancé sobre la silla, casi derramando en el proceso todo el contenido de la taza de café sobre el teclado del ordenador. Maldije y traté de serenarme. Saber que estaba a punto de hablar con Olivia hacía que todo mi interior se encendiese y se pusiera a funcionar a toda máquina. Estaba lleno de nervios y de anticipación, lleno de ilusión.

Por muchas ganas que tuviera de decirle algo, detuve los dedos sobre las teclas y me obligué a esperar a que fuera ella la primera en hablar. Me gustaba darle su tiempo. Que la decisión fuera

suya. Eso me hacía saber que le gustaba hablar conmigo, que lo deseaba, que también sentía, aunque fuera una milésima parte, la conexión que yo sentía con ella. Me gustaba pensar que por lo menos estaba la mitad de a gusto cuando hablábamos juntos que yo.

Olivia:
¿Te ha dado tiempo de leer los cuatro capítulos que tocaban?

Sonreí con su pregunta, me gustaba cómo era: fuerte, directa, sabía lo que quería. «Me ha dado tiempo a leer mucho más, sobre todo porque con cada página sentía que te tenía a mi lado», pensé, pero en realidad tecleé otra cosa. No podía escribir eso, no sin conseguir que Olivia no volviese a hablarme más.

Buenas tardes para ti también. Los tengo leídos desde el mismo día en el que empezamos. Con todo el interés que tienes por esta autora, no he podido evitar sentir curiosidad.

Como cada vez que hablábamos, nos enfrascamos en un debate sobre lo que pasaría a continuación en la historia. Nos encantaba especular y tratar de adivinarlo, éramos especialistas en ello. Motivo por el cual muchas veces, en las lecturas conjuntas, nos decían que nos callásemos porque, en la mayoría de los casos, se nos ocurrían teorías tan locas y maravillosas que nuestros amigos se enfadaban cuando no sucedían. Últimamente, se me daba mejor inventar tramas para otros libros que para los míos propios.

Olivia:
Celaena esconde algo, estoy segura. Todavía no sé el qué, pero lo hace.

Tengo el mismo presentimiento. Hay algo raro en su comportamiento, en su forma de pensar. ¿Qué crees que es?

Olivia:
Todavía no lo tengo claro, dame un par de capítulos más y te monto una teoría XD

No me hacía falta tenerla delante para darme cuenta de que estaba sonriendo mientras escribía eso.

¿Crees que van a llegar a palacio? Tengo la sensación de que ella se va a escapar, o que alguien la va a rescatar. No sé, es un pálpito extraño.

Le pregunté, no lo tenía nada claro. Me daba la sensación de que estaban tardando demasiado en llegar. O bien la autora nos quería enseñar el reino, que conociéramos el mundo, o bien nunca nos íbamos a internar en el castillo. Sentía mucha curiosidad por saber qué pensaba Olivia. Ella solía tener muy buen ojo para deducir esas cosas.

Me quedé mirando los tres puntos que indicaban que estaba escribiendo, deseoso de conocer su respuesta, pero, antes de que ninguna frase apareciese en la pantalla, los tres puntos desaparecieron. Seguí observando la silueta de su avatar, a la espera de que volviese a ponerse a escribir, pero no hacían más que pasar los minutos y seguía sin aparecer ningún mensaje.

¿Hola? ¿Olivia?

Escribí con la esperanza de que me dijera que se había entretenido con algo, pero eso no sucedió. Después de un rato mirando al frente sin ver nada, volví a leer la conversación, tratando de determinar si algo de lo que había dicho podía haberla molestado, pero no lo encontré. Nuestra

charla había sido muy normal y para nada comprometida. Aparté los ojos del chat y minimicé la pantalla para dejar de atormentarme. Algo me decía que ese día Olivia no iba a escribir más, una especie de presentimiento. Nunca se había ido sin despedirse, pero siempre mantenía las horas de conexión a raya. Era de las pocas personas de nuestro grupo de lectura, de los amigos que tenía por redes, que siempre se conectaba a las mismas horas y nunca fuera de ellas.

Me obligué a pulsar sobre el icono del programa Scrivener que tenía anclado a la barra de tareas del ordenador. Me obligué a hacerlo para desprenderme de esa extraña sensación que me apretaba la boca del estómago, esa sensación que me susurraba que le había pasado algo a Olivia, que esa desaparición repentina y sin despedirse no era normal. Que ella nunca haría eso. Me obligué a hacerlo porque la cruda y dura realidad era que no tenía forma de comprobar si estaba bien.

Durante toda la tarde fui pinchando de vez en cuando sobre el icono de la conversación para asegurarme de que Olivia no había escrito nada más. Todas y cada una de las veces me llevé una desilusión. Aproveché ese estado de ánimo tan angustioso para escribir una escena en la que la protagonista de mi actual proyecto tenía que encargarse de realizar una misión que le habían encomendado y que no quería llevar a cabo porque iba en contra de sus principios.

A eso de las nueve de la noche, me di por vencido y apagué el ordenador. Era ridículo pensar tanto que Olivia iba a decir algo como que iba a ser capaz de escribir una sola palabra más.

Con una sensación amarga de pérdida alojada en la boca del estómago, apagué la luz del despacho y cerré la puerta.

Capítulo 3

OLIVIA

Estaba en el suelo del baño. Llevaba más de dos horas sentada allí, desde que Marcos había anunciado que se marchaba. No podía seguir más tiempo así, necesitaba hacer algo. Mis dedos temblaron sobre el teléfono móvil que sujetaba entre las manos como si fuera un salvavidas en mitad del océano. Aunque estaba muerta de miedo, no quería seguir viviendo de esa manera. Sabía que fuera había algo más de lo que tenía. Tenía que haberlo. Necesitaba respirar. Marcharme de esa casa en la que me iba a morir. No quería volver a pasar por la misma situación nunca más. No podía hacerlo. Me daba miedo ver a Marcos, tenerle cerca. Me daba asco.

Había intentado darle una oportunidad una y otra vez, pero era incapaz de controlar su carácter, de no explotar por todo. Dudaba de que después de pegarme esa tarde no fuese a volver a hacerlo. En el pasado, siempre que había cruzado una línea ya no había existido marcha atrás. No quería volver a estar con él. No quería vivir bajo su yugo. No quería que me tocase cuando volviese a casa. Temblé solo de pensarlo y todo el vello de mi cuerpo se erizó.

No sabía qué me daba más miedo, que regresase enfadado o arrepentido. ¿Qué iba a hacer si quería acostarse conmigo? Sabía que no iba a aceptar un no por respuesta. Ese pensamiento fue el que me hizo pulsar sobre el nombre de Lena en la pantalla del móvil.

El teléfono comenzó a sonar y cerré los ojos, apoyando la frente sobre las rodillas. Esperaba que Lena lo hubiese dicho de verdad cuando unos meses atrás me había dado su teléfono personal y me había asegurado que podía contar con ella para cualquier cosa que necesitase. Juro que ese día llegué a pensar que se había dado cuenta de la situación en la que vivía. A pesar de que en ese momento sentí una mezcla de vergüenza y temor, grabé su número. Una pequeña parte de mí supo que algún día necesitaría ayuda para salir del lugar en el que estaba metida.

—¿Sí? —preguntó una voz de mujer al otro lado de la línea.

No había calculado la reacción que tendría en mí escuchar a Lena, una persona que era mi amiga, una persona que asociaba con la seguridad y con los buenos momentos. Empecé a llorar de forma desconsolada. Todos los sentimientos que había conseguido mantener bajo control erupcionaron a la superficie sin que pudiera evitarlo. Necesitaba tanto contar con alguien… Necesitaba tanto a alguien que me comprendiera y ayudase…

—¿Hola? —preguntó de nuevo, esta vez con la voz cargada de malestar, de miedo.

Me di cuenta de que, al no conocer mi número de teléfono, la estaba asustando.

—¿Qué te pasa? ¿Quién eres? —Sus preguntas viajaron por la línea cargadas de desconfianza, pero, a la vez, de interés.

Por mucho que no encontrara las palabras, supe que tenía que decir algo antes de que ella colgase y perdiese mi oportunidad. ¿Qué iba a hacer si bloqueaba el número desde el que la estaba llamando?

—Lena —dije. Mi voz sonó sin apenas fuerza, dañada por todo lo que había estado llorando.

—¿Quién eres? —insistió.

—Soy Olivia —expliqué.

—Olivia. —Pude notar el alivio en su voz cuando comprendió que la llamada no era una broma—. Dios, ¿qué te pasa? ¿Estás bien? Me estás asustando. ¿Qué necesitas? —dijo, lanzando

un montón de preguntas a la vez.

No sabía qué decir. Me daba vergüenza explicarle lo que había pasado, lo que me llevaba pasando tanto tiempo, pero necesitaba ayuda.

—He tenido un problema con mi novio —dije, mi voz sonó insegura y temblorosa.

—¿Un problema? —preguntó con voz dura—. ¿Qué clase de problema?

Ahí estaba su pregunta, la que tanto había temido. Era hora de contar la verdad. De explicarle a otra persona lo que me estaba sucediendo. Solté el aire poco a poco, con miedo de lo que iba a decir. De lo que iba a sacar de dentro de mí y de la reacción que tendría el mundo ante ello. Esa era la prueba de fuego que me diría si yo era la que estaba equivocada, si estaba sola.

—Me ha pegado —respondí con un fino hilo de voz.

—Hijo de puta —dijo ella con la voz cargada de rabia—. ¿Estás a salvo ahora? ¿Dónde estás? ¿Cómo puedo ayudarte? —volvió de nuevo con preguntas.

La reacción de Lena hizo que un alivio indescriptible, como el que nunca había experimentado antes, me recorriera todo el cuerpo. No me preguntó acerca del motivo por el que me había pegado. No le interesaba. Supe entonces que para ella nada habría justificado que lo hiciera. Una losa que ni siquiera sabía que llevaba a cuestas se levantó de mis hombros. Escuché pasos al otro lado de la línea y supe que estaba caminando.

—Estoy en el baño de casa —le conté, respondiendo a una de las preguntas que me había formulado.

—¿Dónde está él? ¿Quieres que llame a la policía?

—No, no hace falta, ya no está. Solo quiero irme de aquí —le dije, porque necesitaba hacerlo de una vez, necesitaba sacar ese anhelo de mi interior.

Decirlo en alto lo hacía mucho más real.

—Gracias a Dios —dijo, aliviada—. ¿Cómo puedo ayudarte?

—No tengo familia —confesé—. No tengo a nadie. No están muertos, pero no son buenas personas.

—Vaya, lo siento mucho. Pero no te preocupes, eso da igual. No estás sola, ¿vale? ¿Dónde vives? —me preguntó.

Por su tono de voz, era fácil deducir que estaba tratando de organizarlo todo. Lo agradecí muchísimo. Tanto que las lágrimas empezaron a brotar de mis ojos de nuevo. Lágrimas silenciosas cargadas de alivio y de incertidumbre, cargadas de un «no estás sola».

—En Madrid —respondí.

—Perfecto, yo soy de Comillas, un pueblo de Santander. Seguro que desde la capital es fácil encontrar un transporte que te traiga hasta aquí. Voy a buscar en el ordenador —dijo como si lo que me estaba proponiendo fuese lo más normal del mundo.

—¿Quieres que vaya allí contigo? —le pregunté para asegurarme de que la estaba entendiendo.

—Claro —respondió—. Quieres hacerlo, ¿verdad? No creo que sea una buena idea que te quedes en Madrid.

—Por supuesto que quiero —respondí inmediatamente, temerosa de molestarla—, es solo que estoy sorprendida de que me trates tan bien —comenté, y no pude contener el llanto.

—Eres mi amiga, Olivia. Estoy para lo que necesites. Y, aunque no lo fueras, me comportaría de la misma manera. Nadie debería tener que pasar nunca por lo que acabas de vivir.

—No sé cómo agradecértelo —le dije.

Lena, a la que conocía desde hacía poco más de un año de un grupo de lectura, con la que solo

podía mandarme mensajes en determinadas horas, aunque habíamos congeniado y solíamos hablar mucho por privado, estaba mostrando más interés por mí de lo que nunca había mostrado mi familia, de lo que nunca había mostrado nadie.

—No tienes que agradecerme nada. Solo ven aquí para que pueda ver con mis propios ojos que estás a salvo.

—Quiero estar a salvo.

—Lo vas a estar, te lo aseguro.

Después de eso estuve al teléfono con ella, escuchándola teclear en el ordenador mientras buscaba un medio de transporte para que pudiera ir hasta Santander. No había ni tren ni autobús directo hasta Comillas.

—¿Seguro que no te importa tener que conducir hasta la estación de madrugada para ir a buscarme? De verdad que puedo quedarme esperando hasta la mañana y coger un autobús hasta allí.

—Olivia, te lo he dicho en serio. Por favor, no te agobies. Si por mí fuera, te iríamos a buscar ahora mismo hasta Madrid, pero es mejor que te largues de allí ya. No es prudente que pases más tiempo en esa casa.

—Sí, no quiero quedarme a esperar aquí —respondí, temblado por el miedo solo de pensar en esa posibilidad.

Quién sabía si Marcos me iría a buscar a las estaciones cuando llegase a casa y no me viese. No quería ni siquiera imaginármelo.

—Te voy a mandar un WhatsApp cuando colguemos para que tengamos un chat abierto para poder hablar hasta que estemos juntas. No quiero que pienses ni por un segundo que estás sola. Lo sabes, ¿verdad? Sabes que no lo vamos a permitir —preguntó con fuerza.

—Sí —respondí, cerrando los ojos para tratar de contener el torrente de lágrimas calientes que se acumuló tras mis párpados con sus palabras de apoyo.



Cuando colgué el teléfono, después de que organizásemos todo, la realidad me golpeó de nuevo, la realidad de la situación en la que me encontraba. Tenía miedo de salir del baño, pero también tenía miedo de quedarme allí dentro. No podía seguir paralizada. Tenía que hacer algo.

Con el corazón alojado en algún lugar de la garganta, apagué la luz del baño para que fuese más difícil verme y abrí la puerta con cuidado. Asomé un poco la cabeza y miré a ambos lados, asegurándome de que era verdad que Marcos se había marchado. Sentí una oleada de alivio al descubrir que sí que lo había hecho. Con la hoja de la puerta todavía agarrada, cerré los ojos y aspiré con fuerza para armarme de valor. Si quería salir de esta casa, necesitaba hacerlo primero del baño. Eché a correr. A pesar de estar sola, todavía me costaba sentirme segura. No quería estar atascada en esa casa ni en esa vida un solo día más.

Llegué a la habitación que compartíamos y abrí el armario. Saqué la única mochila que tenía y empecé a llenarla con ropa. No pude meter mucha porque era pequeña, así que cogí solo lo indispensable. Cuando terminé, corrí hacia la sala, a la estantería donde tenía los pocos libros que conseguí comprar con tanto esfuerzo, y rebusqué entre sus páginas los billetes que había ido

guardando allí para cuando los necesitase. Nunca nos sobraba el dinero, siempre sucedía algo que hacía que Marcos gastase más de la cuenta. Sabía que no encontraría el que había escondido entre los libros. Marcos odiaba la lectura. Siempre encontraba el momento para decirme lo aburrida que le parecía por pasarme horas metida entre las páginas de las novelas. Mientras estaba en casa viviendo otras vidas, viviendo mil aventuras, haciendo todo lo que no me atrevía en la vida real.

Cogí todo el dinero que había ahorrado. No era demasiado, pero sí el suficiente como para poder pagar el billete y subsistir durante unos meses.

Volví al baño para lavarme la cara antes de marcharme. Podía notar que tenía sangre reseca en la comisura de la boca, la notaba tirando de mi piel. Me puse frente al espejo con la cabeza agachada. Tenía miedo de mirarme, de ver cómo estaba, no quería enfrentarme al reflejo que me devolvería. Me armé de valor y levanté la cabeza; debía hacerlo si quería salir de allí. Tenía los ojos hinchados y brillantes de tanto llorar. Y ojeras, unas enormes ojeras que hablaban de todos los años que llevaba sin descansar en condiciones, que evidenciaban que nunca podía estar tranquila, que siempre me mantenía alerta, con un ojo abierto para tratar de anticiparme a lo que pudiera suceder. Bajé la vista hasta mi boca. Tenía una raja en la comisura que apenas se podía ver por toda la sangre reseca que la cubría y una sombra púrpura se estaba empezando a hacer visible en la piel bajo la herida, evidenciando que durante los próximos días tendría un buen moratón en el lugar en el que Marcos me había pegado. Sin querer centrarme en ello, bajé la vista, abrí el grifo y me agaché para lavarme la cara. Quería pasar lo más inadvertida posible para la gente con la que me cruzase, y sabía que llena de sangre no lo conseguiría.

Abandoné el baño, cogí la mochila, mi bolso —que había colgado en el perchero antes de que todo estallase— y salí por la puerta de esa casa. Esa casa y esa vida que quería dejar atrás. Bajé las escaleras corriendo hasta la calle. Sentía que solo sería capaz de volver a respirar cuando estuviera lejos de esa cárcel. Dejé de correr cuando comenzaron a fallarme las piernas y a arderme los pulmones, aunque seguí caminando todo lo rápido que era capaz. Cuando llegué a la boca de metro más cercana, bajé las escaleras hasta el andén, pagué el billete y me monté en la línea que me llevaría hasta la estación de tren de Chamartín. Apenas recuerdo nada del viaje, solo la desagradable sensación de estar todo el rato mirando a mi alrededor, temerosa de cruzarme con alguna persona que me reconociese. De que, por algún motivo, mis planes de huida se desmoronasen.

Llegué a la estación media hora antes de que saliese el tren hacia Santander. Fui a la taquilla y compré el billete. Solo en ese momento, con el boleto que me llevaría lejos en la mano, me permití relajarme un poco. Me senté en uno de los bancos delante del andén por el que pasaría el tren, mirando a las vías como si por desearlo con todas mis fuerzas fuese a llegar antes. Después de unos minutos, me di cuenta de que me esperaban más de cuatro horas de viaje. No iba a aguantar tanto tiempo sin beber. Necesitaba levantarme para ir al servicio y comprar agua, pero las ganas de quedarme allí sentada eran muy fuertes, me daba miedo que el tren se marchase sin mí. Traté de convencerme de que por hacerlo no se me iba a escapar. Cuando lo conseguí, después de asegurarme de que todavía quedaba tiempo mirando el cartel que indicaba la hora de llegada de mi transporte, salí disparada en busca del servicio. No me costó nada encontrarlo y menos hacer mis necesidades. Cuando salí, me acerqué a una máquina expendedora, desde la que se veía el andén, para comprar agua. Miré con deseo una chocolatina y decidí que era el momento de concederme un capricho, que dos euros no iban a marcar la diferencia en mi reducida economía. Compré las dos cosas y corrí de nuevo al banco en el que me había sentado

antes. Guardé la chocolatina; me la comería más adelante, cuando tuviera hambre. Me coloqué la mochila sobre las piernas y esperé sin dejar de observar las vías. Unos diez minutos después, cuando me monté en el tren, sentí como toda la tensión que me había mantenido en pie y me había hecho actuar hasta entonces se esfumaba, dejando solo el miedo y la preocupación por lo que haría a partir de entonces. Cuando trataba de enfocar hacia el futuro, solo me encontraba con una cortina blanca. No había nada, no era capaz de imaginar cómo sería mi vida. No tenía nada claro lo que quería, solo sabía de sobra todo lo que no quería volver a experimentar nunca.

Capítulo 4

AREN

Giré la cabeza sorprendido cuando la puerta de mi habitación se abrió de golpe en mitad de la noche. Estaba tumbado en la cama, leyendo *Trono de cristal*. Se me había quedado mal cuerpo después de que esa tarde Olivia dejase de hablarme de repente y, entre sus páginas, era de la única manera que sentía que tenía algún tipo de conexión con ella. Me había acostado pensando, imaginando más bien, que ella estaría igual en su casa y que cabía una pequeña posibilidad de que leyéramos lo mismo a la vez. Conectados, a pesar de estar lejos.

—¿Qué pasa? —le pregunté asustado a Lena, levantándome de la cama por acto reflejo.

Si irrumpía en mi cuarto sin llamar, y a esas horas de la noche, era porque algo andaba mal. Aunque hubiera sido una situación normal, su cara descompuesta habría sido suficiente para llegar a esa conclusión.

—Es Olivia. Tenemos que ir a buscarla —dijo, entrando y quedándose en medio de la habitación, congelada.

Su respuesta hizo que me tensara todavía más. No era para nada lo que había esperado que contestase. De golpe, cientos de razones por las que Olivia había dejado de hablarme y desaparecido sin despedirse esa tarde, a cada cual peor, comenzaron a desfilar por mi mente. Le había ocurrido algo, lo había presentido. No había sido un comportamiento normal. Sentí como la espalda se me cubría de un sudor frío.

—¿Qué le pasa? —pregunté casi gritando, acercándome a mi hermana.

Estábamos el uno frente al otro, en mitad de mi habitación, visiblemente preocupados.

—Me lo había imaginado, Aren, te lo juro. Tenía que haber hecho algo antes —empezó a farfullar Lena fuera de sí, llena de inquietud, moviendo la cabeza a ambos lados.

La atraje contra mi pecho y la envolví entre mis brazos.

Uno de los dos tenía que tranquilizarse, porque si no, no íbamos a conseguir hablar. Necesitaba que Lena me dijese qué le pasaba a Olivia. Necesitaba saberlo para poder arreglarlo. Le acaricié la cabeza.

—Cuéntame lo que ocurre —le pedí, agarrándole la cara con las dos manos para que me mirase.

Ella tragó saliva antes de contestar, lo que hizo que mi ya de por sí alta tensión se elevase todavía más.

—El novio de Olivia le ha pegado hoy y me ha llamado para que la ayude.

Joder. No. No. No.

Eso no podía estar pasando. No a ella. No a nadie. No de nuevo.

—¿Dónde está? ¿Sabes su dirección? —le pregunté, mientras me alejaba de ella e iba hasta el armario para ponerme unos pantalones y una sudadera.

Teníamos que ir a buscarla ya.

—Está en la estación de trenes —me explicó con voz distraída.

Me giré para ver qué le pasaba y la vi mirar el móvil. Supuse que estaba leyendo una conversación con Olivia. Me sentí tentado de pedirle que me dejase llamarla, pero, si ella no me había pedido el teléfono para llamarme a mí y sí a Lena, era por algo. No quería hacer nada que

pudiera causarle incomodidad.

—Va a coger un tren para venir hasta Santander. Le he dicho que la vamos a buscar allí.

—Por supuesto —secundé—. ¿Está a salvo? —le pregunté, aunque fue más una súplica. Necesitaba que ella lo estuviera.

Necesitaba escuchárselo decir a Lena.

—Lo está, ahora sí que lo está. Nosotros nos vamos a encargar de ello —me dijo mi hermana, acercándose a mí y dándome la mano para transmitirme tranquilidad.

Le devolví el apretón.

—Estamos juntos en esto —afirmé.

—Siempre estamos juntos en todo —me respondió ella.

—Ahora, vamos a estarlo para Olivia —le aseguré para tranquilizarnos a los dos.

—Todavía quedan cuatro horas para que llegue, pero quiero ir ya a la estación —comentó.

—Yo también. No pienso quedarme en casa sabiendo que ella está de viaje. Vete a cambiarte de ropa y nos vamos —le dije, deshaciéndome de la parte superior del pijama para poder ponerme la sudadera.

—Eres el mejor —me dijo Lena, acercándose a mí. Se puso de puntillas para darme un beso —. Te quiero.

—Y yo a ti —le respondí, agarrándola de los hombros para atraerla contra mi cuerpo y abrazarla fuerte.

No tenía muy claro cuál de nosotros lo necesitaba más en ese momento.

Menos de quince minutos después, estaba abajo, en la panadería-cafetería, llamando a José, el hombre que se encargaba de hacer el pan los fines de semana y cuando yo tenía algún día libre. Respiré aliviado cuando, al preguntarle si podía trabajar esa mañana, me respondió que sí. No es que hubiera cambiado nada si no hubiera podido hacerlo —ir a por Olivia era prioritario—, pero no quería dejar a nadie del pueblo sin nuestro pan. Teníamos algunos clientes que eran casi como de la familia.

Estaba terminando de coger unas botellas pequeñas de agua y unas magdalenas, por si tenían hambre en algún momento de la madrugada, cuando escuché cómo se abría y se cerraba la puerta de casa segundos antes de que Lena bajase corriendo las escaleras.

—¿Vamos? —me preguntó cuando llegó frente a mí.

—Por supuesto —le respondí.

Puse la alarma antes de cerrar la puerta. Salimos y caminamos hasta el aparcamiento que estaba a un par de calles, ya que la zona en la que vivíamos era peatonal. Cuando llegamos al coche, nos montamos y partimos hacia Santander. Conduje en silencio. Tanto Lena como yo estábamos sumidos en nuestros propios pensamientos. Cada uno luchando contra su ejército de monstruos. Supe, sin que ella tuviera que decírmelo, que estaba recordando el pasado, al igual que yo. Mientras conducía de camino a la estación, sentía que estaba viviendo un *déjà vu*, aunque no era el mismo lugar ni la misma persona, pero sí el mismo motivo. No podía dejar de recordar el día que me había montado en un avión para ir a recoger a mi hermana. Para alejarla de ese cabrón. El dolor y el enfado de entonces se mezclaban con la rabia y la angustia que sentía en ese momento, haciendo que todo se multiplicase. Estaba apretando tanto la mandíbula que iba a terminar rompiéndome algún diente antes de que amaneciese.

Cuando llegamos a la estación, no me costó nada encontrar aparcamiento. Pude elegir entre las innumerables plazas vacías que había. Nos bajamos del coche todavía en silencio y entramos en el edificio. Sintiéndome impotente y deseando poder hacer algo, le pregunté a Lena cuál era el

tren que había cogido Olivia para poder buscarlo en las pantallas. Sentí que de esa manera tenía aunque fuera una pizca de control. Respiré aliviado cuando lo encontré. Era una tontería, lo sabía, pero ver ese número en la pantalla me hizo sentir que todo era mucho más real, que de verdad Olivia estaba a salvo, o por lo menos todo lo a salvo que podía estar en esos momentos, y que estaba viniendo hacia nosotros. Sabía que solo me quedaría tranquilo cuando la tuviera delante y estuviéramos dentro del coche. ¡Qué cojones! La única manera en la que estaría tranquilo sería sabiendo que estaba en casa, segura. Pudiendo vigilar que nada ni nadie la dañase.

Fuimos hasta un banco que estaba enfrente de una pantalla y desde el cual se podía ver el andén, y nos sentamos muy juntos. En silencio. Agarré la mano de Lena y se la apreté. Eso era lo único que podía hacer por los dos, demostrarle que estábamos para apoyarnos mutuamente y, ahora, también para apoyar a Olivia.

Capítulo 5

OLIVIA

Cuando bajé del tren, me quedé mirando hacia el andén mientras me colgaba la mochila en la espalda, pensando en que no tenía ni idea de lo que me esperaba a partir de ese momento. No recordaba haberme sentido más perdida en la vida, pero tampoco recordaba haberme sentido más aliviada. Aplasté todos los pensamientos negativos sobre lo que iba a hacer, dónde me iba a quedar o cómo iba a conseguir trabajo, y me centré en salir de ese momento, de ese ahora inmediato. Tenía que dar un pequeño paso cada vez. Más tarde, tendría tiempo de preocuparme por el futuro. Ahora no podía hacerlo o me quedaría allí atascada sin avanzar hacia ningún lado.

Caminé desde las vías hacia el interior de la terminal y entré por la puerta más cercana. Cuando accedí al interior, moví la cabeza buscando a Lena, con un rastro de preocupación en la boca del estómago, pero no me costó ni un segundo localizarla. Lo habría hecho aunque en su avatar del chat de Hangouts no tuviera una foto suya con una sonrisa deslumbrante. Su postura ansiosa y sus continuas miradas hacia la puerta por la que había entrado la habrían delatado. Me quedé parada durante un segundo mirándola, sin saber muy bien cómo debía reaccionar o comportarme. Cuando la persona que estaba detrás de ella, colocada de manera protectora, con una cara que irradiaba preocupación, entró en mi campo de visión, supe sin necesidad de haberlo visto antes, ni de que nadie me lo dijese, que era su hermano, Aren. Se parecían muchísimo entre ellos. Dios, Aren. No me lo esperaba para nada. Solo con verlo, una mezcla de sentimientos para la que no estaba preparada se desató en mi interior. Ni quise ni pude pararme a analizarlos, por lo que me quedé con el sentimiento más poderoso que despertaban en mí: seguridad. Después de unos segundos, los ojos de Lena se posaron sobre los míos y no tardó nada en reaccionar, tomando la iniciativa. Comenzó a andar en mi dirección. Yo no tenía foto en ninguna aplicación, así que no supe lo que me había podido delatar. Aunque tampoco es que se hubieran bajado muchas personas de mi tren.

—¿Olivia? —preguntó Lena cuando llegó frente a mí.

—Sí —respondí, asintiendo con la cabeza.

Antes de que me diese cuenta de lo que estaba sucediendo, Lena se había lanzado hacia mí y me estaba abrazando con mucha fuerza. Mucha más de la que parecía que podía tener una persona tan pequeña como ella. Su reacción al verme me hizo derramar algunas lágrimas solitarias de alivio.

AREN

Cuando la megafonía anunció que el tren de Olivia acababa de hacer su entrada, Lena y yo nos acercamos a la puerta por la que accedería a la estación. Agradecí que llegase, porque hacía ya más de una hora que no podía dejar de pasear de un lado a otro de la terminal, nervioso. Era un hombre tranquilo, pero había descubierto a las malas que para algunas cosas mi paciencia se esfumaba como si nunca hubiese existido. Vi atravesar por la puerta a un par de hombres antes de que una pequeña chica morena con una trenza, agarrada con fuerza a una mochila, la cruzase detrás de ellos. Era preciosa. El aliento y el corazón se me quedaron atascados. Me quedé

paralizado durante unos segundos, incapaz de comprender todo lo que estaba sintiendo. Se trataba solo de una intuición, pero algo me dijo que esa chica era Olivia. Aparté la vista de sus ojos y mi mirada se posó sobre la comisura de sus labios, donde una raja había empezado a cicatrizar. Apreté los dientes con fuerza para que las palabras que luchaban por salir de mi boca se quedasen allí quietas. Deseaba matar a ese cabrón. Sabía que Olivia tendría un moratón durante algunas semanas. Lena también pensó que la chica era ella, ya que para cuando me quise dar cuenta, ya había salido corriendo en su dirección. Mis sospechas quedaron resueltas cuando respondió a Lena.

Olivia.

Cuando la vi con el espíritu tan bajo, con la moral por los suelos, destrozada y con miedo, me costó mucho tiempo reconciliar esa realidad con la que yo conocía. Olivia era una mujer fuerte, divertida, que tenía claro lo que le gustaba y que amaba reflexionar sobre las enseñanzas de los libros que leíamos. Le encantaba subrayar frases y luego escribirlas en el grupo explicando lo que le hacían sentir, lo que los protagonistas habían sentido al pronunciarlas. Sabía que ese espíritu brillante estaba dentro de la preciosa mujer que tenía delante, a la que se le notaba que estaba absolutamente perdida. Si antes había sentido que quería matar al cabrón que la había maltratado, viéndola, no podía pensar en otra cosa. Sin poder evitarlo, el pasado y el presente comenzaron a mezclarse frente a mí, haciendo que apenas pudiera distinguir a Olivia de Lena hacía unos años. Me obligué a tranquilizarme, a centrarme en lo positivo, a centrarme en que dentro de unos meses estaría mejor. Dentro de unos meses, la luz que ahora apenas brillaba en ella, esa que tenía encerrada dentro y a la que yo había echado más de un vistazo, saldría a la superficie. Ella volvería a ser feliz y fuerte, igual que lo consiguió Lena. Todos nos íbamos a encargar de ello. Yo me iba a encargar de ello.

OLIVIA

—Lo mejor será que te deshagas de la tarjeta —me dijo Aren, llamando mi atención—. Puedes guardar los contactos que te interesen en el teléfono y luego pasarlos a una nueva —explicó, y no sabría decir el motivo por el cual me pareció que no era la primera vez que decía eso.

Hice lo que me dijo sin pararme a pensar en ello. Si había algo que quería hacer, era olvidarme de mi vida pasada. Ya había mandado un mensaje a la biblioteca para decirles que dejaba el trabajo, así que nada me obligaba a mantenerla. Abrí la parte trasera de mi móvil anticuado, saqué la tarjeta y la tiré en la papelera más cercana que vi. No guardé ni un solo número, no quería tener contacto con nadie. No quería que nadie se me acercase.

Cuando lo hice, Lena se colocó a mi lado y me apretó el brazo de forma tranquilizadora.

—¿Vamos? —preguntó Aren, mirándonos a ambas.

Asentí con la cabeza y salimos de la estación.

Cuando llegamos al coche, Lena me ofreció el puesto de copiloto, pero lo decliné. Me sentía mucho más a gusto en la parte trasera. Allí estaría mucho más protegida, sola conmigo y con mis pensamientos. No quería molestar a ninguno de los dos y, sobre todo, lo que no quería era tener que superar las expectativas que tendrían de mí. Dejé la mochila a mi izquierda y me abroché el cinturón.

—¿Estáis las dos bien? —preguntó Aren, observando primero a su hermana y luego a mí.

Asentí con la cabeza y, solo entonces, él se volvió a colocar recto y arrancó el coche. Su preocupación me hizo sentirme segura y nerviosa a la vez. Me hundí un poco más en el asiento

con la esperanza de pasar desapercibida, pero algo dentro de mí me dijo que no sería tan fácil.

El trayecto desde Santander hasta el pueblo en el que vivían lo pasé entre la vigilia y el sueño. No quería dormir, pero tampoco era capaz de evitarlo. Supuse que toda la tensión y la energía que me acompañaron hasta ese momento dejaron de surtir su efecto cuando me había sentido lo suficientemente segura. Y no me hacía falta que ninguno de los dos lo dijera para que sintiese que a su lado estaba a salvo. Lo podía ver en cada uno de sus gestos, en cada mirada, en cada detalle. Me lo decía cada conversación que había tenido con ellos en el año que llevábamos en el mismo grupo de lectura.

—Hemos llegado al pueblo —anunció la voz suave de Aren.

Apoyé la cabeza contra el cristal del coche y miré hacia una enorme playa, desde la que se podía ver el amanecer. El cielo estaba rosado y hermoso, pero no me sentía capaz de valorar esa estampa en ese momento, a pesar de que hacía muchísimos años que no veía el mar. Cuando dejamos atrás la playa, subimos por una cuesta hasta una zona antigua, con el suelo empedrado y casas preciosas. Aren aparcó el coche en una de las calles. Vi como ellos se bajaban, pero yo me quedé dentro del vehículo, agarrada al cinturón, sintiéndome desubicada. Unos minutos después, Lena abrió la puerta y se sentó dentro a mi lado. Me sonrió.

—Te prometo que vas a estar bien —dijo en voz baja, suave, muy suave. Tanto que me pregunté si no estaría preocupada de asustarme.

—Lo sé. Es solo que me siento… —comencé a decir, pero me callé, tratando de encontrar la palabra adecuada— perdida.

—Lo entiendo, he pasado por lo mismo —dijo, y su respuesta me sorprendió tanto que olvidé toda la preocupación—. ¿Vienes? —preguntó.

Asentí. Me desabroché el cinturón, cogí mi mochila y me bajé del coche. Aren nos esperaba al lado del vehículo sin dar ninguna muestra de que mi indecisión le hubiera molestado. Ni a él ni a Lena parecía haberlo hecho. El corazón se me apretujó con fuerza. ¿Estaba realmente a salvo? Casi no me lo podía creer.

Cuando comenzaron a caminar entre unos edificios antiguos, los seguí en silencio sin apenas registrar lo que había a mi alrededor. Pararon justo cuando llegamos frente a una panadería. Estuve a punto de decirles que no tenía hambre, que solo necesitaba estar tranquila y a gusto encerrada en algún sitio, pero no quería molestarlos después de todo lo que habían hecho por mí, así que me mantuve en silencio. Entramos y, cuando alcanzamos el mostrador, Aren se puso a hablar con el chico que estaba atendiendo. No pude escuchar muy bien lo que decían, hablaban en un tono bajo y, aunque la música era suave y agradable, no se les oía por encima de ella. Cuando Aren terminó su intercambio, se dio la vuelta hacia nosotras. Lena permanecía a mi lado lanzándome sonrisas alentadoras cada vez que nuestros ojos se cruzaban. No me gustaba estar tan perdida cuando ellos eran tan amables conmigo, pero ni con esa sensación de culpa era capaz de sentirme de otra manera.

—¿Os parece si subimos mejor a hablar a casa? —preguntó, señalando hacia el techo de la panadería.

Por ese gesto, deduje que vivirían encima del local. Cuando Lena no contestó, comprendí que, aunque la pregunta había sido formulada en plural, solo estaba destinada a mí.

—Sí, gracias —respondí.

AREN

Era incapaz de apartar los ojos de ella.

Todavía no podía creerme que de verdad estuviera con nosotros. Estábamos sentados alrededor de la mesa de la cocina de nuestra casa. Había propuesto que hablásemos allí porque sabía que Olivia estaría mucho más a gusto en un entorno más controlado y tranquilo.

Lo que le ocurrió a mi hermana fue una desgracia, pero, debido a eso, en ese momento estaba mucho más preparado para ayudar a Olivia de lo que podría haberlo estado nunca. Con mi hermana había cometido muchos errores. Intenté hacer infinidad de cosas con la intención de ayudarla. Algunas veces mis acciones lograron que Lena sanase antes, y otras muchas veces había conseguido todo lo contrario. Puede que todas las personas fuésemos diferentes, pero las necesidades y miedos que tenía Lena entonces me servían para hacerme a la idea de las que tendría Olivia en ese momento. Me hacía sentir que estaba menos perdido, que estaba menos a oscuras atravesando ese túnel largo y sinuoso que iba a ser su recuperación.

—Queremos que te quedes con nosotros —dijo Lena, que estaba sentada justo a su lado.

Fue una declaración de intenciones que agradecí que Lena expusiera frente a todos nosotros. Las observé. Me habría encantado ser la persona que sujetaba su mano en ese momento, pero sabía que no era posible; me contentaba con verla a salvo junto a nosotros. Odiaba que hubiese tenido que pasar por ese dolor. Más adelante estaba seguro de que podría mostrarle lo mucho que la quería, pero ese momento no era entonces. Ni lo sería durante muchísimo tiempo.

—Tengo algo de dinero —dijo ella, alargando la mano para coger su mochila.

—No, Olivia. No queremos que nos des nada. Solo queremos que estés bien.

De nuevo, agradecí que fuese Lena la que lo dijese.

—Pero quiero hacer algo —respondió Olivia en voz baja, mirando hacia la mesa.

Se me apretó el corazón cuando las lágrimas asomaron en las comisuras de sus ojos. Estaba tan preocupada y se la veía tan perdida que dolía mirarla, pero es que era imposible que se sintiese de otra manera. Por lo que me había contado Lena en el coche mientras íbamos a buscarla, Olivia no tenía familia, o por lo menos no una que la ayudase. ¿Cómo te ibas a sentir si te encontrabas en una situación de indefensión y encima estabas sola en el mundo? Sabía que todavía no podía verlo, pero era una mujer increíblemente valiente por haber salido de ese pozo. Por haber dicho basta. Por haber tenido la fuerza para poner punto final. Tenía toda mi admiración, al igual que Lena hacía unos años.

—Puedes ayudarnos en la panadería-cafetería —ofrecí. Sabía que se sentiría más cómoda haciendo algo, por mucho que Lena y yo no lo quisiéramos ni lo necesitásemos.

Sus ojos se iluminaron durante una fracción de segundo con alegría, hasta que la vi fruncir el entrecejo y morderse el labio. Tardé unos instantes en interpretar su reacción, su gesto había sido demasiada distracción para mí. Necesitaba centrarme en el momento en el que estábamos. Cuando lo hice, comprendí que su reparo seguramente se debería a tener que estar con más gente desconocida.

—Podrías trabajar cuando la panadería esté cerrada, hay mucho que hacer —ofrecí, esbozando una sonrisa que pretendía ser alentadora.

—Eso me encantaría—respondió, mirándonos a Lena y a mí, aliviada. Me alegré de haber acertado con mi suposición—. En Madrid trabajaba en una biblioteca limpiando. Puedo hacer lo mismo aquí.

—No hace falta. Lo sabes, ¿verdad? —repetí para que comprendiese que era verdad.

—Quiero hacerlo —contestó al segundo siguiente.

—Perfecto —respondió Lena por los dos.

Ella mejor que nadie sabía que en ese momento Olivia necesitaba sentir que se estaba ganando su lugar. Sentir que lo que tenía era sólido y no algo que se le podía escurrir entre los dedos. Lena me lanzó una mirada esperanzada. Parecía que habíamos conseguido que por el momento Olivia se sintiera segura.

—Me apuesto lo que sea a que estás cansada —comentó Lena—. ¿Quieres ver cuál va a ser tu habitación? —le preguntó.

—Sí —respondió ella con un hilo de voz. Se notaba que estaba conteniendo las lágrimas.

No nos hizo falta hablar entre nosotros sobre dónde se iba a quedar Olivia, solo teníamos una habitación libre. La llevamos hasta ella. Era grande y luminosa, perfecta para que tuviera su intimidad. Las observé apoyado en el marco de la puerta mientras Lena sacaba unas sábanas nuevas y una colcha y hacían la cama. Después de que mi hermana le explicase dónde estaba todo lo básico en la casa, nos despedimos de Olivia. Antes de que nos marchásemos, volvió a agradecernos todo lo que habíamos hecho por ella.

Unas horas más tarde, mientras trabajaba en la panadería, no podía dejar de pensar en Olivia. No podía dejar de desear una y otra vez que estuviera bien.

OLIVIA

Había sido un día lleno de sensaciones y, aunque estaba agradecida por todo lo que habían hecho por mí, quería estar sola. Cuando Lena se marchó, me senté sobre la cama en silencio. Miré por la habitación sin ver, con una sensación de soledad y preocupación alojada en el centro de mi estómago. Quería ser capaz de hacerme entender a mí misma que estaba a salvo, que lo peor había pasado, pero me estaba costando. Tras vivir tanto tiempo con miedo, ahora no podía deshacerme de esa sensación que se había adherido a mi cuerpo como si fuese una segunda piel. Necesitaba descansar. Apagué la luz, aunque no cerré la persiana, quería que la claridad que entraba por la ventana me acompañase. No quería estar a oscuras.

A pesar de que sabía la respuesta, me pregunté por última vez antes de que el sueño me llevara por qué me había quedado tanto tiempo al lado de Marcos.

Capítulo 6

-PASADO-

OLIVIA

Llevaba saliendo un par de meses con Marcos cuando me propuso un plan con sus amigos. Al principio acepté encantada —me gustaba hacer cosas con él—, pero mi alegría se esfumó cuando descubrí que la idea era ir a una discoteca. No me gustaba salir de marcha. De hecho, nunca me había gustado. Había pasado demasiado tiempo durante mi infancia en bares, viendo a mis padres tomar sustancias ilegales y comportarse de manera negligente, como para que pudiera disfrutarlo. Solo accedí a acompañarlos después de que Marcos insistiese durante días. Íbamos a ir ese mismo sábado.

Cuando llegó el día, me preparé a conciencia; quería estar y sentirme guapa. Era un acontecimiento especial. Deseaba gustarles a los amigos de Marcos. Aunque mi armario, al igual que mi monedero, siempre había estado más bien vacío, trataba con mucho cuidado toda la ropa que tenía. Me puse el vestido más elegante que encontré y lo combiné con una chaqueta de punto a juego. Justo acababa de terminar de alisarme el pelo cuando Marcos me mandó un mensaje diciéndome que estaba esperándome abajo. Me apresuré para terminar de prepararme, cogí el bolso y descendí corriendo las escaleras. Cuando salí a la calle, vi que el coche de Marcos estaba en doble fila y caminé hasta él.

—Buenas noches, nena —me dijo, cuando me monté y cerré la puerta.

—Buenas noches —le respondí, antes de que se inclinase para besarme.

—¿Qué llevas puesto? —preguntó, metiendo la mano bajo mi falda.

—Un vestido —contesté incómoda, mirando hacia todos lados. No quería que nadie nos viese en una actitud cariñosa dentro del coche—. Para, que nos mira todo el mundo —le pedí, tirando de su mano para que la separase de mis piernas.

Me daba vergüenza.

—Estás muy *sexy* —dijo, mirándome con una sonrisa descarada—. No te quejes ahora, te has puesto así para que me vuelva loco. Te he echado mucho de menos todo el día —añadió cuando vio que sus palabras no me estaban haciendo mucha gracia.

—Yo también.

—¿Ves? Por eso deberíamos vivir juntos. Así podríamos estar siempre el uno al lado del otro y no tendríamos que extrañarnos.

Llevábamos unas semanas hablando sobre ello. Marcos no dejaba de decirme lo mucho que me añoraba cuando cada uno se iba a su casa. Él era muy cariñoso y yo… Yo estaba cansada de vivir con mis padres. Ellos casi nunca estaban y, cuando lo hacían, solía pensar que era mejor que no hubieran aparecido. Siempre habían sido muy irresponsables y desagradables. Todavía no habíamos dado el paso porque una parte de mí sabía que irnos a vivir juntos después de tan poco tiempo era imprudente, pero ¿qué era lo peor que podía pasar? Si al final no estábamos a gusto, siempre podía tratar de buscar algo por mí misma. Aunque estaba bastante segura de que no nos iba a ir mal; Marcos siempre estaba encima de mí, atento a cualquier cosa que pudiera necesitar.

Justo en ese momento comenzó a sonar su teléfono, sacándome de mis pensamientos. Lo

cogió del salpicadero y miró en el identificador quién era antes de descolgar.

—Enseguida llegamos, pesado —dijo nada más contestar, y acto seguido cortó la llamada—. ¿Vamos, nena? —me preguntó, antes de meter la marcha y salir de la calle.

La noche empezó bastante tranquila, mucho mejor de lo que esperaba. Había estado muy nerviosa por cómo me sentiría, ya que no conocía casi a los amigos de Marcos y el plan que habían hecho no me gustaba. Primero, fuimos a cenar a una pizzería y, luego, a un pequeño bar que regentaba uno de ellos. Jugamos al billar mientras los escuchaba hablar de coches, trabajo y un nuevo *pub* que habían abierto en el barrio joven de la ciudad. A eso de las dos de la madrugada, nos marchamos a la discoteca. Ahí fue cuando empecé a encontrarme a disgusto. Los amigos de Marcos estaban bebiendo bastante, cosa que siempre me incomodaba; odiaba ver a la gente descontrolada. Era consciente de que arrastraba demasiados traumas de mi infancia, por lo que evitaba esas situaciones a toda costa, así que me alejé un poco de ellos. Me había distanciado de la pista de baile y estaba apoyada en una columna cerca de la pared bebiendo de mi botellín de agua mientras observaba a Marcos, que seguía bailando con sus amigos.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó alguien en el oído, asustándome.

Me di la vuelta para ver quién me estaba hablando. Me quedé tranquila cuando descubrí que no era un extraño; era Rubén, uno de los chicos con los que habíamos ido.

—Estoy cansada —le dije gritando, intentando imponerme sobre la música.

—No te oigo —dijo, acercándose a mi oído para que pudiera escucharle mejor.

Antes de que procesara lo que estaba pasando, una figura se abalanzó sobre Rubén y lo alejó de mi lado. Empecé a ver puños en el aire impactando contra el chico. Me costó unos segundos darme cuenta de que era Marcos el que le estaba pegando. A nuestro alrededor empezó a amontonarse la gente.

—¿Qué coño haces ligando con mi chica, cabrón? —le dijo tan alto que pude escucharle por encima del estruendo. Yo y todo el mundo que estaba cerca.

Rubén le contestó dándole un puñetazo en la cara. Después de eso todo fueron gritos, golpes e insultos. Me hubiese gustado apartar la vista de la pelea, despegar los pies del suelo y salir corriendo de allí, pero estaba anclada en el sitio, sin capacidad de reacción. Siempre que había un conflicto delante de mí me bloqueaba, por lo que asistí a la lucha sintiéndome impotente hasta que por fin un par de amigos suyos se metieron en medio y los separaron.

—Vamos, joder. Que van a venir a echarnos —dijo alguien.

Justo después de eso, me vi arrastrada hacia la calle. Todo pasaba a mi alrededor de forma rápida y yo me dejaba llevar por la corriente. Odiaba la violencia, siempre lo había hecho y Marcos lo sabía. Por eso, cuando estuvimos en la calle, en la acera frente a la discoteca, bajo la luz de una farola y le vi con los botones de la camisa arrancados, la cara llena de heridas y los nudillos sangrando, sentí miedo. No quería esta clase de peleas en mi vida. Comencé a caminar hacia atrás para separarme de él. No quería tenerlo cerca. Cuando se tranquilizó y me miró, se dio cuenta de que estaba muy afectada y toda su cara cambió. Se alejó de sus amigos y avanzó hacia mí. Una vez a mi lado, me agarró del brazo para que dejase de andar.

—Olivia, nena. ¿Por qué estás tan preocupada? —preguntó, y agarró mis codos con las manos.

Me sentí incómoda, en esa posición apenas me podía mover. Traté de separarme de él. No quería tener nada que ver en esa clase de vida. Me había alejado de ello. Si salir con él significaba volver a estar sumergida en un ambiente de violencia y alcohol, prefería no hacerlo.

—No me ha gustado lo que ha pasado, sabes que detesto las peleas —expliqué a media voz. Se lo había dicho muchas veces. Las odiaba, me daban miedo, me hacían sentir insegura—. Creo

que lo mejor es que no estemos juntos. No nos gustan las mismas cosas.

Era en lo único que había podido pensar mientras salíamos a la calle, y lo tenía claro. No quería tener nada que ver con ese mundo de la noche. Comprendí que había muchas más cosas que no teníamos en común que las que sí teníamos.

Marcos me miró con los ojos como platos, como si no se pudiera creer que lo estuviera dejando. Como si le estuviera hablando en un idioma que él no comprendía.

—¡No, nena! No me digas eso —exclamó, apretando mi cuerpo más hacia el suyo y envolviéndome entre sus brazos—. No puedes dejarme. Estoy enamorado de ti. Estoy jodido, nena. Te necesito para poder ser una persona mejor. No sé lo que me ha ocurrido —empezó a explicarse, desesperado—. He visto que Rubén estaba tratando de ligar contigo y me he puesto malo. No puedo perderte, no puedo. Lo siento, lo siento. Perdóname —suplicó.

Su reacción me sorprendió muchísimo, nunca lo había visto tan agobiado. ¿Sería verdad que se había puesto nervioso? La realidad era que nunca se había comportado así.

—Tranquilo —le dije, porque no me gustaba estar causándole dolor.

No me gustaba dañar a nadie.

—Solo puedo estar tranquilo si prometes que me vas a dar una oportunidad —me aseguró, separándose un poco de mí y mirándome a la cara con los ojos llenos de esperanza.

Dudé durante una fracción de segundo. No me gustaban muchas de las actitudes que tenía, pero tampoco me parecía bien dejarlo cuando se había dado cuenta de que se había comportado mal, y menos si quería cambiar. Todo el mundo se merecía una segunda oportunidad.

—Está bien —le respondí—. Pero, si vuelve a pasar algo parecido, se acabó.

—No va a volver a suceder, nena —aseguró con una sonrisa—. Vamos a estar tan bien como hasta ahora. Vas a ver lo maravilloso que soy.

Durante el resto de la semana, Marcos vino todos los días a buscarme a mi casa con un pequeño regalo. Alegaba que era para compensarme por lo mal que había reaccionado. Por lo idiota que había sido. Por más que le dije que no hacía falta, que yo solo quería que se comportase normal, no paró de agasajarme.

Una semana después, mientras cenábamos en una hamburguesería, me pidió que me fuese a vivir con él. Para el fin de semana siguiente, compartíamos casa.

Noviembre

Capítulo 7

OLIVIA

No recordaba mucho de los primeros días. Solo la sensación tan desesperante de estar perdida. Me había alejado de mi mundo, que, aunque era una mierda, era todo lo que conocía. Sentía una opresión en el pecho que apenas me dejaba respirar. Tenía miedo, miedo de que esta nueva realidad se me escapase de las manos. Tenía tanto miedo que eso mismo era lo que me impedía disfrutar. Me daba la sensación de que, en el momento en el que me relajase, Marcos entraría por la puerta de la panadería y me obligaría a volver con él. Cada vez que ese pensamiento se cruzaba por mi cabeza, me hacía un ovillo y me obligaba a respirar.

Algunos días después de llegar al hogar de Lena y Aren, me dije que no podía seguir durante más tiempo sin aportar nada en su casa. Sin aportar nada en su negocio. Viviendo gracias a su buena voluntad, ya que se habían negado a que les diese dinero. Pero, deseándolo con todas mis fuerzas, no conseguí salir de mi cuarto ni hacer nada. Estaba demasiado asustada para ello. Hasta que una noche, cuando ellos dos se encontraban en sus habitaciones y yo había aprovechado ese momento para salir a hacer pis, abrí la puerta de mi habitación y me encontré con un libro electrónico en el suelo. Gracias a la nota pegada sobre el dispositivo, en la que se podía leer a la perfección mi nombre escrito con letra pulcra, supe que era para mí. Se me llenaron los ojos de lágrimas y el corazón se me encogió, emocionado. Casi no podía soportar que tuvieran otro detalle conmigo. Se estaban portando tan bien que quería poder hacer lo mismo por ellos. Demostrarles el valor que tenían para mí. Observé el aparato con emoción. Ese pequeño artefacto me abría la puerta a un montón de mundos.

Fue un momento de inflexión para mí, la vergüenza de no estar haciendo nada y las ganas de aportar empezaron a ganar la batalla al miedo que, hasta ese día, había sido el sentimiento imperante en mí. Pero ese gesto hecho con tanto cariño, de alguien que se había preocupado lo suficiente por mí y por mi bienestar como para darme lo que más feliz me podía hacer entonces, lo cambió todo.

Ese gesto consiguió que, al día siguiente, a la hora en la que Lena me había explicado que Aren empezaba a trabajar, antes de que la panadería se abriese al público, bajase las escaleras detrás de él. Estuve parada en lo alto durante unos minutos sin atreverme a dar el paso. Pero, después de muchos mensajes para automotivarme, terminé haciéndolo. Un escalón cada vez. Cuando estuve en la panadería, saludé a Aren, que no pareció muy sorprendido de verme, lo cual me hizo tranquilizarme, antes de ponerme a levantar las sillas y colocarlas sobre las mesas. Iba a empezar barriendo el suelo de la panadería-cafetería tal y como me había dicho Lena cuando le había preguntado cómo les podía ayudar. No me costó nada de trabajo encontrar las cosas, Lena me había mandado fotos del armario de la limpieza y de todos los enseres que iba a necesitar. Fue una sensación maravillosa volver a sentir que estaba haciendo algo, por muy pequeño que fuera.

Después de unos días realizando la misma rutina, me di cuenta de que me sentía a salvo al lado de Aren, que por eso había decidido bajar a la panadería cuando sabía que era él quien estaba.

AREN

Olivia bajó por primera vez a trabajar a la panadería unas semanas después de su llegada. Era de madrugada, tan pronto que ni siquiera estábamos todavía abiertos al público. Cuando la vi, a pesar de que el estómago me dio un vuelco de emoción, esperé paciente a que fuera ella la primera en saludar. Por mucho que me muriese de ganas de hablarle, sabía que necesitaba tener el control de sus interacciones. Cuando lo hizo, esbocé una pequeña sonrisa al devolverle el saludo. Luego, me obligué a apartar la vista y a cerrar la boca. Solo hablaría con ella cuando estuviese preparada y fuese lo que necesitaba. Sabía, por lo que había vivido con mi hermana, que lo primero que tenía que hacer era lamerse las heridas en solitario. Aceptar la situación. Ver a Lena vivir el proceso me enseñó que, una vez que se distanciaban de un maltratador, era cuando empezaban a darse cuenta de lo que realmente les había sucedido. Para poder avanzar, tenía que superarlo por sí misma. Aunque estuviéramos a su lado, era ella la que tenía que dar los pasos. Estaba impaciente, pero resistiría. Lo que más deseaba era ganarme su confianza lo suficiente como para que se sentase a mi lado y me contase lo que le había pasado. Me moría de ganas por saber cuál era su historia. Quería saberlo todo de ella, ir descubriendo todas sus capas. Anhelaba conocer cada uno de sus gestos. Desde que nos habíamos conocido el año pasado, éramos amigos, o lo más parecido a eso que había podido. Sabía que la química que había entre nosotros no era fruto de mi imaginación. No me refería a una química sexual, sino más bien a una conexión especial. Teníamos unos gustos muy parecidos, un humor que encajaba muy bien con el del otro.

Solo me hacía falta ser paciente. Sabía que ese momento llegaría.

Eventualmente llegaría.

Diciembre

Capítulo 8

OLIVIA

Había días en los que me encontraba mirando por la ventana de mi habitación, soñando con lo que habría al otro lado, soñando con salir y comenzar una vida. Eran momentos puntuales y, en el mismo segundo en que se me ocurría imaginar qué motivaba ese impulso, se me cerraba la garganta y me costaba respirar. Me daba pánico el exterior, salir más allá de las paredes de ese lugar en el que había empezado a sentirme segura. Pero también sentía curiosidad y muchas ganas de verlo. No hubiera sido capaz de precisar cuándo había empezado a sentirme así, solo sabía que un día el miedo había comenzado a remitir, para que fuesen otro montón de motivos diferentes los que me retenían dentro de ese espacio.

Tenía establecida una pequeña rutina que me hacía sentir que tenía las cosas algo más bajo control. Por las mañanas bajaba y limpiaba en la panadería mientras Aren cocía el pan, luego subía a casa antes de que abriesen al público y seguía realizando tareas en casa para entretenerme y sentir que aportaba algo a la convivencia. Solía recoger lo poco que había desordenado; los dos eran personas muy organizadas que estaban acostumbradas a mantener su espacio limpio, lo cual había sido otro enorme cambio al que no estaba acostumbrada. Cuando terminaba, dejaba preparada la comida y la cena. Las pocas veces que me había cruzado con Lena o con Aren me habían dicho que no hacía falta, pero me gustaba hacerlo, de alguna manera me estaba ganando mi derecho a estar allí. No quería que nadie tuviera que mantenerme. No quería que nadie pudiera pensar que por eso podía tener poder sobre mí. Aunque sabía que ni Aren ni Lena se aprovecharían de ello. Cuando terminaba de hacer todo, me daba una ducha —había descubierto que me encantaba el jabón con olor a lavanda— y luego me marchaba a mi habitación a leer. El libro electrónico que me habían dejado contenía un montón de novelas, ya que habían compartido sus libros conmigo. Cada vez que lo veía, me daban ganas de ponerme a llorar. Casi no podía creer que estuviera allí con ellos. Era lo mejor que me había pasado en mucho tiempo. Si solo fuese capaz de empezar a disfrutarlo en algún momento…

AREN

Era muy duro esperar. Mucho más duro de lo que había pensado. Algunos días me encontraba frente a la puerta de Olivia, con los nudillos levantados y mi mano a escasos centímetros de la madera. Quería llamar, quería que me dejase pasar. Quería convencerla de que en el mundo había muchas experiencias para ella. De que saliese conmigo, que no le soltaría la mano. Sin embargo, lo que hacía cada una de las veces era retroceder unos pasos, alejarme del todo de su habitación y caminar hasta mi despacho. Cuando llegaba allí, encendía el ordenador antes de sentarme en la silla. Siempre abría el documento y lo miraba con odio durante unos minutos antes de minimizarlo para que bajase a la barra de tareas. Luego hacía lo mismo de cada día: mirar imágenes, leer artículos sobre la incapacidad de escribir y tratar de encontrar inspiración en cualquier parte. Si antes había pensado que tenía un bloqueo, no era nada comparado con lo que me sucedía desde que había llegado Olivia. No había conseguido escribir una puñetera palabra. Estaba demasiado preocupado por ella, por que pudiese volver a brillar como para pensar en otra

cosa que no fuera en eso.

Enero

Capítulo 9

OLIVIA

Y, de repente, un día fue como si fuese capaz de volver a ver la luz, como si sintiese una especie de necesidad de vivir. Una corriente de electricidad que me empujaba a moverme, a hacer algo, a aprovechar la oportunidad que por fin había comprendido que tenía.

La dificultad estaba entonces en ser capaz de salir del caparazón en el que me encontraba. ¿Me aceptarían ahora Lena y Aren después de dos meses de interacción casi nula con ellos? ¿Después de dos meses en los que había vivido en su casa sin casi hacer nada?

En el momento en el que me di cuenta de que quería vivir y hacer cosas, empecé a librar otra batalla. El miedo fue retirándose a un lugar alejado desde el que solo me visitaba algunas horas a lo largo del día, la vergüenza y la inseguridad le tomaron el relevo.

Fue un martes cuando comprendí que estaba preparada para hacer algo más. Pues bien, hasta el jueves de la semana siguiente no me atreví a dar el paso. A salir de mi zona de confort. Del pequeño lugar seguro que había formado en la habitación de mi nuevo hogar.

Había pensado cientos de formas para comenzar a hablar con Lena y Aren, cientos de maneras de acercarme a ellos para decirles que me apetecía charlar, vivir. Quería salir y contarles que tenía que ir a comprar algunas cosas, pero aún no había sido capaz de hacerlo. Siempre encontraba una excusa para quedarme en la habitación. Por eso, un jueves a mediados de enero, me obligué a salir de mi cuarto cuando escuché que estaban comiendo en la cocina. No me di tiempo para procesarlo. Tenía que actuar sin pensar, porque si lo hacía terminaba acobardándome. Apreté los ojos con fuerza durante unos segundos antes de agarrar el pomo de la puerta con decisión y tirar de él. Para cuando fui consciente de lo que estaba haciendo, me encontraba en medio de la cocina con Aren y Lena mirándome. Cuando me vieron, su estupor duró unos segundos, después, los dos hablaron a la vez.

—Siéntate a comer con nosotros —ofreció Lena.

—¿Tienes hambre? —preguntó Aren.

Su interés sincero hacia mí —ambos me observaban con sendas miradas de esperanza en vez de con reproche— me hizo sentirme lo suficientemente segura como para aceptar su oferta. Estaban portándose muy bien conmigo y quería hacer lo mismo con ellos.

—Sí, gracias —respondí. Mi voz sonó rara, en desuso. Hacía bastante tiempo que no hablaba con nadie más allá de unos saludos.

Las interacciones más largas que había tenido habían sido por mensaje con Lena. Habían sido muy comprensivos y respetuosos dejándome mi espacio.

Cuando me senté, Aren se levantó a por un plato y unos cubiertos y los dejó frente a mí para que pudiera comer.

—Gracias —le dije, antes de alargar la mano y servirme las patatas con verdura que había cocinado esa mañana.

Al principio estuvimos en silencio, lo que me hizo sentir incómoda y, aunque me hubiese gustado decir algo, no tenía ni idea de qué, así que permanecí callada. Era una situación muy extraña, había estado hablando con ambos durante mucho tiempo por Internet, pero es que en ese momento me sentía perdida, muy alejada de ese yo que interactuaba con ellos.

—Mañana por la tarde van a venir a la panadería Martín, Fran, Diana y Nora —empezó a contar Lena—. Vamos a hablar sobre el primer libro de *Memorias de Idhún*. Es relectura, por supuesto —explicó, mirándome y haciendo una mueca divertida, como si fuese imposible que alguien no hubiera leído el libro—. ¿Os apuntáis? —preguntó, esperanzada.

—Claro, le voy a dar una vuelta a la novela esta noche, la leí hace tantos años que tengo mezclada en la cabeza la historia de los tres libros —respondió Aren con una pequeña risa—. ¿Te animas, Olivia? —me preguntó, mirándome directamente a los ojos, haciendo que todo mi cuerpo se pusiera en tensión y me resultase imposible contestar—. Recuerdo que te leíste la trilogía hace unos meses. No estuve en esa lectura conjunta, pero podemos compartirlo ahora —comentó, lleno de ilusión, con una sonrisa en la boca que me hacía pensar que le apetecía de verdad.

A mí también me hubiera encantado, pero no podía estar con tanta gente, tan expuesta. Hoy era el primer día que me atrevía a salir de la habitación, no me sentía con la energía suficiente como para estar con nadie nuevo mañana. Empezaron a temblarme un poco las manos y las escondí bajo la mesa. ¿Les parecería mal que me negase? Pero la realidad era que no quería hacerlo. Necesitaba ser honesta con ellos. Respondí a la pregunta, llena de miedo e incertidumbre:

—Quizás otro día, ahora me parece demasiado.

No quería seguir viviendo como antes. Había pasado demasiado tiempo dejando a un lado lo que me apetecía hacer, lo que yo quería, que casi había olvidado que podía tener deseos propios, que era algo normal, algo que tenía todo el mundo. Contuve el aliento a la espera de lo que diría Aren.

—Claro, el día que te apetezca lo comentamos. Podemos ser solo nosotros, además —me respondió con una sonrisa dulce que le llegó a los ojos, una sonrisa que me dijo que sabía cómo me sentía y que entendía mis necesidades, que me hacía pensar que no me iba a defraudar—. Sabes que nos puedes decir cualquier cosa que necesites o que quieras —añadió.

Dudé durante unas décimas de segundo. Sería tan sencillo callarme y después de la comida volver a mi habitación, a la zona conocida y segura… Pero si hacía eso estaría en la misma situación de los últimos dos meses. Estaría estancada y me había dado cuenta de que no era lo que quería. Quería mucho más.

—Necesito comprar un par de cosas —dije, y odié que sonase como una pregunta.

—¡Genial! —respondió Lena, llena de emoción—. ¿Qué te hace falta? —preguntó, inclinándose hacia adelante y poniendo los codos sobre la mesa, como si no quisiera perderse nada de lo que iba a decir.

Verla tan emocionada hizo que casi me marease. Me sentía un poco abrumada.

—Olivia —me llamó Aren, y desvié la mirada hacia él—. Podemos ir poco a poco, tranquila.

Asentí agradecida. Parecía que sabía leer muy bien mis necesidades, mis estados de ánimo. Cogí fuerzas y comencé a explicar.

—Necesito una tarjeta para el móvil. Aunque me puedo conectar al wifi que me disteis, al no tener tarjeta, tengo un montón de funciones restringidas —expliqué—. Me gustaría poder volver a la normalidad.

—Maravilloso —dijo Lena—. Hay una pequeña tienda de móviles en el pueblo y, si no nos sirve, podemos ir a la ciudad. ¿Algo más?

—También necesito comprar algo de ropa —añadí—. No tengo ni un pijama y me apetece estar más cómoda —comenté. No quería gastar dinero, pero lo necesitaba. No sabía cuándo

podría encontrar un trabajo, aunque esperaba que fuese pronto; me sentía mucho más entera y capaz.

Interactuar con ellos me estaba animando muchísimo. Hizo que sintiera que se me recargaban las pilas.

—¿Por qué no me has pedido uno? —preguntó Lena, preocupada—. Qué tonta soy, no se me había ocurrido ofrecértelo —comentó, dándose un golpe en la frente con la mano.

—No podías saberlo —le dije. No me gustaba que se agobiase por mi culpa.

—Tenía que haberlo pensado. Estamos aquí para ayudarte —dijo, y sus palabras me apretaron el corazón.

—Estamos aquí para todo lo que necesites —añadió Aren.

Me sentí abrumada. Feliz pero abrumada.

—No estoy acostumbrada a que la gente se preocupe por mí —dije, porque necesitaba sacarlo de dentro.

Su atención era una nueva sensación que no tenía muy claro cómo afrontar y a la que estaba segura de que podría acostumbrarme. Aunque me daba vértigo pensar que podía contar con ellos y luego perderlos. Supuse que esa era otra de las muchas cosas que tendría que aprender a gestionar.

Lena se levantó de la silla, la arrastró justo hasta mi lado y me miró.

—Eso va a cambiar ahora mismo. Te vas a cansar de que nos preocupemos por ti —dijo. Me envolvió en un abrazo y apoyó la cabeza en mi hombro.

Me tensé durante unos segundos, pero luego acepté el gesto con gusto. Di un pequeño respingo cuando una mano grande se posó sobre la mía, que estaba encima de la mesa. Mis ojos se desviaron hasta los de Aren, que me sonreía de forma tranquilizadora. No lo dudé, me sentía lo suficientemente segura y a gusto con los dos como para que, una vez pasada la primera impresión, su toque y consuelo me agradasen.

Después de unos minutos, nos separamos de nuestro abrazo y recogimos la mesa. Aren metió los platos en el lavavajillas mientras Lena hacía un café para ella y otro para mí; su hermano había dicho que no quería. Cuando me entregó una enorme taza caliente y humeante, no pude evitar darle un gran sorbo.

—Está delicioso —la alabé, saboreándolo.

—Gracias. Al fin y al cabo, es a lo que me dedico. La gente viene a la panadería por mi café, no por el pan que hace mi hermano —dijo, lanzándole una mirada traviesa a Aren, arrancándome una sonrisa. El humor divertido de Lena era contagioso.

—Me parece que eso es mucho decir —le respondió con una sonrisa de medio lado—. Quizás deberíamos hacer una encuesta a nuestros clientes para ver lo que opinan de verdad.

—Sabes que ganaría.

—Desde luego por simpatía sí —le respondió Aren—. ¿Os parece bien si me voy a echar una siesta hasta las cinco que abren las tiendas? —preguntó, alternando la mirada entre nosotras.

—Sí, descansa, que te levantas demasiado pronto —le contestó su hermana.

Yo asentí con la cabeza. Aren pareció pensárselo, no se lo veía muy convencido de marcharse.

—Venga, vete —le dijo Lena, haciendo un gesto con la mano hacia la puerta de la cocina.

—Vamos a estar bien —le aseguré.

Mis palabras terminaron de animarlo.

—Hasta dentro de un rato —se despidió, esbozando una sonrisa.

Miré su gran espalda mientras se alejaba por el pasillo y entraba a su habitación sin cerrar la

puerta. Como en más de una ocasión desde que había llegado a esa casa, me sentí muy afortunada.



Unas horas después, mientras bajábamos las escaleras hacia la panadería, empecé a ponerme nerviosa. Era la primera vez que iba a estar con más gente. Empujé la ansiedad que amenazaba con dominarme hacia el interior de mi cuerpo. Quería hacer esto. Necesitaba hacerlo para poder mejorar. Para empezar a tener una vida propia. Eso difícilmente iba a ser posible si no me atrevía a salir de casa. Conseguí atravesar el bullicio de la panadería sin que sucediese nada. Estaba exagerando. Casi respiré aliviada, hasta que, al atravesar la puerta y poner un pie sobre el empedrado antiguo de la calle, sentí que el mundo era demasiado grande. Me atravesó un rayo de pánico. No reconocía nada de lo que había a mi alrededor. Durante una fracción de segundo, me quedé paralizada. Sin ser capaz de pensar siquiera. Necesitaba apoyo para poder pasar por eso.

No tuve ni que pedirlo. Lena me dio la mano cuando notó que me temblaban las piernas. Hacía tanto tiempo que la brisa del exterior no me acariciaba la cara que hizo que me encogiese de angustia. Tuve que cerrar los ojos y dedicar unos segundos a respirar profundamente para tranquilizarme. No estaba sola. No me dejarían caer. Ninguno de los dos lo haría. En poco tiempo me habían demostrado más que ninguna de las personas que conocía. Sentí la figura grande y reconfortante de Aren colocarse al otro lado de mi cuerpo. Ellos eran las dos muletas que necesitaba en ese momento para empezar a andar después de tanto tiempo. Los soltaría cuando estuviera segura. Hoy no era ese día, pero sabía que tampoco duraría eternamente.

Después de unos minutos de pasear por la calle, empecé a relajarme. Era sencillo estar fuera arropada por ellos. Sabiendo que Marcos no tenía ni idea de dónde me encontraba. Sabiendo que aquí no podía alcanzarme y anularme.

Solo estuvimos en la calle el tiempo suficiente para ir a la tienda de móviles y un pequeño negocio de ropa que tenía pijamas muy bonitos y calentitos. Agradecí que no nos demoráramos en volver; había vivido tantas emociones ese día que, aunque no era tarde cuando llegamos a casa, me sentía exhausta.

Recuerdo que esa noche, cuando me metí en la cama, me sentí mucho más plena y esperanzada de lo que lo había hecho en años. Era como si de verdad mi vida se hubiera empezado a liberar de un montón de lastre y ahora estuviera empezando a flotar hacia la superficie. Estaba a punto de poder respirar.

AREN

Esa tarde, cuando llegamos a casa, me puse el pijama y me marché decidido al despacho. Ver a Olivia salir de su encierro, verla motivada, con ganas de mejorar, con ganas de encontrar la manera de empezar a cambiar su vida, fue una gran inspiración para mí. Ese día, cambié mi rutina. Me di cuenta de que la historia que había estado tratando de escribir no era para mí. Por lo menos, no en ese momento. Necesitaba hacer algo nuevo. Me daba igual el tiempo y el esfuerzo que llevaba dedicando a la otra; eso no significaba nada cuando no podía avanzar, cuando no conseguía conectar con la historia. ¿Cómo iba a ser capaz de transmitir a los demás si yo no

sentía nada mientras le daba forma? Si escribía sin pasión, el libro estaba abocado al fracaso incluso antes de existir.

Por eso, cuando me senté frente al ordenador, abrí el programa Scrivener y no dudé al pulsar sobre la opción de «Nuevo proyecto». Vacilé durante unos segundos con los dedos sobre el teclado antes de escribir el título, pero pronto tuve claro cómo lo quería llamar: *Proyecto ángeles*. Escribí las palabras con una enorme sonrisa en la cara. Hacía un tiempo que una idea me rondaba la cabeza. Una idea que tenía mucho que ver con cierta mujer que vivía en mi misma casa y que apenas me dejaba pensar en otra cosa que no fuera ella.

Una vez dentro del proyecto, dividí el documento en tres y abrí una nueva hoja para ir escribiendo todas las ideas que me pasasen por la cabeza. Esa era la parte más caótica: escribir todo lo que se me ocurría. Pero luego, no sabría describir cuándo, esas ideas inconexas empezarían a crecer y a crear algo más grande. Ese sería el momento de comenzar a organizarlo todo para que la escaleta comenzase a tomar forma.

Frente a la hoja del documento en blanco, mis dedos volaron sobre el teclado. Tenía un montón de escenas que habían ido apareciendo en mi cabeza y que en esta nueva novela encajaban a la perfección. Fue mágico poder escribir a gusto durante más de una hora seguida, teniendo cosas que decir. Pudiendo poner en palabras lo que sentía dentro de mí. Hacía ya un tiempo que no era capaz de ello y a veces, en los momentos más bajos, me preguntaba si realmente sería capaz de volver a lograrlo. Hoy había descubierto que sí y me sentía feliz. Sentía que era el comienzo de una nueva historia y puede que, si tenía muy buena suerte, fuese también el comienzo de una nueva vida para mí.

Febrero

Capítulo 10

OLIVIA

Empezamos a salir a pasear todas las tardes. Quería conocer el pueblo y ellos querían que me sintiera más tranquila, por lo que habíamos dado comienzo a una especie de rutina. Después de comer, Aren se echaba una siesta; se levantaba todos los días muy temprano para hacer el pan. Lena se tumbaba a ver Netflix en la sala —amaba las series— y yo me sentaba junto a ella en el sofá a leer. Estaba probando un montón de géneros y autores nuevos. Había descubierto que me gustaba mucho la fantasía, la ciencia ficción y la novela negra, pero mi género favorito seguía siendo sin lugar a duda el *urban fantasy*. Esa mezcla de elementos mágicos con la vida real tenía algo que me hacía sentir que todo era posible, me encantaba. El rato de lectura por la tarde no era muy productivo porque solía distraerme con las series que veía Lena, y a ella le encantaba contarme todo lo que sucedía. Gritaba y se agarraba a mí cuando la emoción podía con ella. Además, si pasaba algo que no le gustaba, lo vivía con más fuerza todavía. Era una persona muy divertida e intensa. Adoraba su forma de ser.

Aren solía levantarse a eso de las cinco de la tarde. Salía de su cuarto con el pelo revuelto y los ojos llenos de sueño. Siempre nos preguntaba si nos apetecía tomar un café y cada día le respondíamos lo mismo: que sí. Así que iba a la cocina a preparárnoslo y luego nos lo tomábamos en el salón mientras él se metía con lo que estuviera viendo su hermana. Me encantaba la relación que tenían, se querían muchísimo el uno al otro. Se apoyaban tanto que era maravilloso de ver. Me daba esperanzas de que tener una familia que te quisiera y que te protegiese era posible.

Después de nuestro café era cuando salíamos a pasear por el pueblo. Como ya llevábamos unas semanas haciéndolo, empezaba a conocer los caminos, lo que me hacía sentir más segura. Y sabía que eso era algo que necesitaba a montones. Seguridad. Una palabra que se daba por supuesto muy a menudo y que, cuando te faltaba o nunca la habías tenido, veías lo importante que era de verdad.

En nuestras excursiones solíamos atravesar el municipio y luego caminar, o bien por el borde de la playa, o bien por el monte. Me gustaba sentir la naturaleza, me hacía sentir tranquila, viva y en paz. Todavía seguía teniendo miedo, pero ahora podía aplastarlo para que me permitiese seguir siendo racional.

Cuando regresábamos a casa, cada uno se ponía a hacer sus cosas hasta la hora de cenar. Normalmente, Aren se marchaba a su oficina y se sentaba frente al ordenador a escribir. Lena hacía de todo. Algunos días se quedaba leyendo, otros bajaba a la panadería con unos amigos suyos a charlar y otras veces se dedicaba a dibujar, pero siempre estaba entretenida. Me fascinaba eso de ella, esa capacidad que tenía de hacer siempre cosas, de parecer siempre a gusto. Daba la sensación de que sabía lo que quería, lo que le gustaba. Era una cualidad envidiable. Algo que soñaba con llegar a alcanzar algún día.

Yo solía tumbarme en el salón, en el sofá de una plaza desde el que se podía vislumbrar el despacho de Aren, el sitio exacto en el que se le veía sentado frente al ordenador. No podía evitar ponerme allí; despertaba mucho mi curiosidad, me parecía fascinante que escribiera, que fuera capaz de crear historias de la nada. Muchas veces me encontraba con la cabeza levantada del

libro y observando lo que estaba haciendo. Siempre me forzaba a apartar la mirada, a seguir concentrada en la novela que tenía entre mis manos. Quizás algún día me atrevería a preguntarle qué estaba escribiendo para poder saciar mi curiosidad, pero desde luego ese día no estaba cerca.

Más o menos a las ocho de la tarde solía ponerme a cocinar. Hacía la cena todos los días. Me gustaba aportar algo en la convivencia. Aunque Lena y Aren se quejaban y terminaban haciéndola conmigo porque decían que no les parecía justo.

La rutina en la que habíamos caído me hacía sentir feliz y segura.

AREN

Debería ponerme nervioso que Olivia me observase, pero la realidad era que me hacía sentir vivo. Casi cada tarde, cuando regresábamos de dar el paseo por el pueblo que ya se había convertido en rutina —una rutina que me encantaba—, Olivia se tumbaba en el sofá de una plaza desde el que la podía ver leer. Me encantaba que estuviese allí sentada. Como podía verla por el rabillo del ojo, siempre que no estaba mirándome, la observaba yo a ella. Si mi nueva protagonista, que era la leche de *sexy* y luchadora, se parecía a Olivia, no era algo que pudiera evitar. Nunca en la vida había estado más emocionado con una historia. Estaba claro que para poder escribir una novela hacía falta constancia y tesón, pero que el estado de ánimo del escritor fuera el adecuado también era algo imprescindible. Me sentía inspirado como hacía mucho tiempo que no lo estaba.

OLIVIA

Esa tarde fuimos hasta el faro del pueblo. Caminamos esquivando charcos; había estado lloviendo durante el día. Como las calles en algunas zonas tenían un empedrado antiguo, el agua se quedaba retenida en todas las imperfecciones y desniveles.

Lena iba contándonos el argumento de la nueva serie que había empezado.

—Todavía no me he decidido por ninguna de las tres protagonistas —dijo, pensativa.

—Sabes que no tienes por qué elegir, ¿verdad? —le contestó Aren.

Lena se paró de golpe en mitad de la calle y se llevó la mano al pecho.

—No lo estás diciendo en serio, Aren —comentó como si su hermano acabase de decir una barbaridad.

Me reí divertida, procurando que la risa no fuese demasiado fuerte y desviasen su atención hacia mí.

—Lo estoy diciendo totalmente en serio. Estoy seguro de que todas ellas tienen algo que te gusta y algo que no lo hace. Como cualquier persona que conoces. Creo que en eso reside construir unos buenos personajes, en que tengan partes buenas y partes malas, en que se vea la zona gris en la que habitamos todos.

—Hombre, si lo explicas de esa manera, poco puedo decir sin que parezca que soy una niña superficial —comentó Lena riendo—. No vale que uses tus armas de escritor conmigo. Me gusta poder identificarme con alguien. Creo que en las series y en los libros pasa igual que en la vida real, que siempre hay personas con las que tienes más afinidad. No es tan malo que suceda eso. Además, no hace falta que los personajes que amo sean perfectos —le dijo, guiñándole un ojo.

Siguieron debatiendo durante todo el paseo. Me encantaba escucharlos hablar, siempre tenían unas conversaciones muy variopintas e interesantes. Me gustaba lo mucho que debatían sobre la vida, los sentimientos y todo lo que se les pasase por la cabeza. Todavía no había descubierto un

solo tema del que no se atreviesen a hablar.

El faro nos esperaba paciente en la distancia. Siempre lo había visto desde lejos, pero nunca habíamos ido hasta allí. Estaba emocionada, la playa era un lugar que me gustaba muchísimo. Un lugar que siempre me hacía sentir en paz y reflexionar. Apostaría lo que fuera a que las vistas desde allí serían impresionantes.

No me equivocaba.

La visión me dejó embelesada. Allí, en lo alto de esa barrera de piedra alzada en un lateral del mar, con la cabeza apoyada sobre los brazos y mirando al infinito, me pregunté quién era. Fue en ese momento exacto cuando comprendí que estaba perdida, que había vivido durante años en una relación que me había anulado. Comprendí que era tan joven cuando había empezado con él que apenas me había dado tiempo a descubrirme. Que no sabía lo que me gustaba, que no sabía lo que quería. Pero en ese momento también comprendí que ahora sí que estaba preparada para conocerme, para cuidar de mí misma; que no necesitaba a nadie en un plano sentimental. Que podía cuidarme y que las personas que tenía a mi lado estaban para apoyarme, no para decirme cómo tenía que vivir mi vida. Eran el bastón con el que podía recorrer el camino para estar más cómoda, más segura, pero no eran el camino en sí. Yo era ese camino. Esta era mi vida, era la única que tenía y debía empezar a aprovecharla.

Allí, al lado del faro, en un pueblo que no era el mío, mirando al mar bravo, comprendí que ese era el momento de tomar las riendas de mi vida. El estómago se me llenó de emoción, de un sentimiento de fuerza y poder. Sabía que no sería fácil, pero quería intentarlo. Me sentía arropada y apoyada.

No sabría decir si permanecimos allí durante horas o minutos. Pero sentí que cada segundo era una cura para mi alma. Algo que necesitaba. Era como volver a llenar los pulmones de aire después de estar mucho tiempo sin poder respirar.

Fue Lena la que rompió aquel silencio.

—¿Os apetece que vayamos a algún lado? —preguntó.

Dudé durante unos segundos antes de hablar, porque lo cierto era que sí que tenía ganas de ir a un sitio. Me costaba expresar en alto lo que quería —no me había traído muy buenas consecuencias en el pasado—, pero esta era una nueva vida y, si quería que todo lo de mi alrededor cambiase, la primera que tenía que cambiar era yo. Yo y mi mentalidad. Necesitaba volver a encontrar la voz que había perdido.

—Me gustaría ir a visitar la biblioteca —comenté.

—¡Ah, genial! —respondió Lena, emocionada—. Hay un par de libros que quiero mirar a ver si tienen.

Sabía que nunca me cansaría de que al resto de personas les interesasen mis necesidades. De que les importasen y les diesen valor. Era una sensación mágica que hacía que mi tímida autoestima creciese un poco más. Hacía que sintiera ganas de seguir probando a expresarme y a contarles lo que necesitaba y quería. No sabía si eran conscientes de lo mucho que estaban haciendo por mí. Pero lo que sí sabía era que, cuando estuviese preparada, se lo diría, porque necesitaban saber que me estaban ayudando a sanar mi alma.

—No hay nada como leer en papel —comentó Aren.

—Pienso lo mismo —le respondí, encantada—. Estoy feliz de poder leer tantos libros con el Kindle que me habéis dejado, pero ardo en deseos de acariciar y pasar hojas —dije riendo.

Me encantaba tener libros en físico. Los que había ido consiguiendo los había tenido que dejar atrás cuando me había marchado de Madrid y en ese momento no podía gastar dinero, así que ir

a la biblioteca era la solución perfecta.

Estaba tirando de los ahorros, pero no me durarían para siempre. Me vendría de maravilla tener un trabajo. No quería pedirles a Aren y Lena que me contratasen en su panadería, quería conseguir algo por mi cuenta. Había estado mirando anuncios las últimas semanas, pero todavía no había encontrado nada que se adecuase a lo que sabía hacer y que estuviera en el pueblo. Aún no me sentía lo suficientemente fuerte como para ir a trabajar todos los días fuera.

La biblioteca no estaba lejos de donde vivíamos. Se alzaba sobre unas escaleras de piedra grises en el centro de la calle principal del pueblo. No era muy grande, pero me resultó muy acogedora. Cuando entramos y caminamos por entre las filas de pasillos llenos de libros, me sentí en casa. Nos quedamos un buen rato dando vueltas y recorriéndola al completo, cada uno de nosotros absorto en sus cosas, pero estando juntos. Después de algún tiempo, todos teníamos nuestro botín. Lena y Aren habían cogido un par de libros y yo, tres. Nos acercamos al mostrador para poder retirarlos. Como era la primera vez que acudía, para hacerme la ficha tuve que darle todos mis datos a la bibliotecaria. La mujer, que rondaría los sesenta años y que era extremadamente amable, se interesó por mí, ya que no me conocía y, por lo que decía, sabía quién era todo el mundo en el pueblo. Cuando salimos de la biblioteca fuimos a casa, cenamos un sándwich rápido y cada uno de nosotros se puso a hacer sus cosas. Aren fue a su despacho, Lena se sentó a dibujar y yo me tumbé en el sofá a leer.

Podría acostumbrarme muy fácilmente a vivir así.



El libro *Trono de cristal*, que me había llevado en el bolso el día que me marché de Madrid, y que no era mío, me observaba desde la estantería de la habitación. Me observaba y me juzgaba. Era a la vez un recordatorio malo y uno bueno de una situación horrible, porque era esa misma situación horrible lo que me había llevado hasta ese momento. Esperaba alguna vez, con el tiempo y la distancia, recordarlo como algo bueno. Ahora, lo que sucedía cuando miraba el libro era que me sentía fatal y me avergonzaba por habérmelo llevado. ¿Qué iban a pensar de mí?

Un golpe en la puerta de mi habitación desvió mi atención. Me había acostumbrado a no cerrarla durante el día, ninguno de nosotros lo hacía, pero a pesar de eso nadie invadía tu intimidad sin pedir permiso primero. Me encantaba. Sonreí de forma tímida al ver a Aren apoyado contra el marco de la puerta, observándome.

—Puedes pasar —le dije.

—Gracias —respondió antes de dar un paso dentro de la habitación—. Vengo a preguntarte si te apetece acompañarme a hacer la compra. Voy a ir y he pensado que igual querías venir conmigo —comentó mirándome.

—Claro —le respondí—. Me gustaría mucho.

Se quedó mirando durante unos segundos la estantería a la que yo le había estado dedicando toda mi atención antes de que llegase y, por alguna extraña razón, contuve el aliento.

AREN

—¿Le pasa algo al libro? —le pregunté, lleno de curiosidad.

Ella dudó durante unos segundos antes de contestar. Pude verlo en su cara.

—La verdad es que lo alquilé en la biblioteca en la que trabajaba y no he tenido ocasión de devolverlo —me explicó.

No hacía falta ser muy observador para darse cuenta de que estaba avergonzada.

—¿Por qué no lo haces ahora? —le propuse.

No se sentía a gusto teniendo un libro que no le pertenecía. Era tan dulce… Sabía que estaba empeñada en hacer las cosas de la mejor manera.

—¿Quieres que compremos un sobre y lo devolvamos poniendo la dirección de la biblioteca? —añadí, para ver si de esa forma se animaba.

No le hacía ningún bien tenerlo en la estantería porque se sentiría mal cada vez que lo viera. Se le iluminaron los ojos con mis palabras, como si no se le hubiese ocurrido esa posibilidad.

—Sí, quiero hacerlo —respondió, levantándose de la cama de golpe y arrancándome una sonrisa.

Cogió el libro de la estantería y comenzó a caminar hacia la puerta. Cuando estuvo a punto de traspasar el umbral, se giró para mirarme.

—¿Vienes? —preguntó con una sonrisa divertida.

«Iría contigo al fin del mundo», pensé, pero lo que dije en alto fue:

—Por supuesto.

Lo primero que hicimos fue ir a un estanco a por un sobre, lo siguiente fue visitar la pequeña oficina de correos para enviar el paquete. Olivia escribió con letra pulcra la dirección de la biblioteca en la que había trabajado en Madrid. No puso remitente, entendía que no quisiera que supieran dónde estaba. A mí también me parecía lo mejor. Necesitaba vivir tranquila sin que nadie la estuviera acosando. Cuando enviamos el paquete e hicimos la compra, Olivia propuso pasar por la biblioteca antes de subir a casa. Dejamos las bolsas en la panadería y nos fuimos hacia allí. Me encantaba estar con ella.

Cuando llegamos al edificio, vimos que había un cartel gigante en la puerta que anunciaba que necesitaban una ayudante. Olivia se quedó quieta mirándolo. Sabía que estaba buscando trabajo; todos los días bajaba a la panadería para mirar los anuncios del periódico y ver si encontraba algo que le encajase. Este puesto era perfecto para ella.

—Olivia —la llamé cuando comprendí que se había quedado paralizada.

—Sí —respondió, desviando la vista del cartel y mirándome con la cara llena de dudas.

—Estás buscando trabajo, ¿verdad?

—Sí —volvió a contestar con timidez.

—Y ya has trabajado en una biblioteca —comenté en alto para infundirle valor.

—Sí.

—Sabes que eres capaz de conseguir cualquier cosa que te propongas, ¿no? —le recordé para que no se le olvidase, para que encontrase en su interior la fuerza y el valor necesarios para atreverse —. Si no le preguntas si el puesto sigue vacante y le dices que lo quieres, ella no lo va a saber.

—Tienes razón —dijo en un tono más alto—. Puedo hacer esto. —Cerró los ojos, armándose del valor necesario para hacerlo.

No pude evitar reírme. Era tan preciosa que me daban ganas de envolverla entre mis brazos y decirle lo maravillosa que me parecía. Me hubiese encantado transmitirle lo mucho que me gustaba. Si se viese a través de mis ojos, nunca más tendría una duda de lo impresionante que era.

Abrió la puerta y entró con paso decidido a la biblioteca. Me interné tras ella unos segundos

después y me quedé parado en uno de los pasillos, observando cómo iba hasta el mostrador donde estaba la bibliotecaria y comenzaba a hablar con ella. Las miré charlar durante un rato, hasta que traspasaron el mostrador hacia la parte donde estaba el archivo y las perdí de vista. Me pareció muy prometedor. Me forcé a alejarme. A dejar de mirarlas y centrarme en los libros. Necesitaba darle espacio a Olivia. Ella sabía que estaba allí para lo que pudiese necesitar. Me metí en el pasillo de los libros de fantasía; estaba seguro de que podría encontrar algo que me ayudase con mi propia novela.

Un buen rato después, sentí que alguien se ponía a mi lado. Cuando me giré, vi que era Olivia. Habló justo cuando estaba a punto de preguntarle si estaba bien.

—Tengo el trabajo. Me lo ha dado —dijo como si no se lo pudiese creer.

—Joder, Olivia, ¡eso es maravilloso! —exclamé.

Sin poder evitarlo, me agaché para quedar a su altura y la envolví entre mis brazos, elevándola un poco del suelo. Cuando me di cuenta de lo que había hecho, me tensé, a la espera de su reacción. Respiré aliviado cuando se agarró a mi cuello y comenzó a reírse. La emoción y la felicidad estallaron en mi interior. Después de unos segundos, me obligué a apartarme de ella. Iría poco a poco.

Capítulo 11

-PASADO-

OLIVIA

Una de las cosas que más me sorprendieron y gustaron al empezar a salir con Marcos fue lo mucho que se preocupaba por mí. Estaba atento a todo lo que necesitaba, siempre pendiente de mí. Cuando salía del trabajo, estaba ahí. Cuando tenía que ir a algún sitio, él siempre se ofrecía a llevarme. Fue muy diferente a lo que estaba acostumbrada. De niña, tenía suerte si mis padres se acordaban siquiera de que existía. Así que me llené con toda la atención que me prodigaba.



Hacía unos meses que Marcos y yo nos habíamos ido a vivir juntos. La convivencia era complicada, teníamos nuestras diferencias que hacían que algunas veces discutiésemos, pero ¿qué pareja no las tenía? Ya que habíamos dado ese paso, me esforzaba por entregar lo mejor de mí. Por poner todo de mi parte para que la relación siguiese adelante.

Una tarde de mayo, cuando Marcos vino a buscarme después del trabajo, lo acompañé a tomar algo con sus amigos. No solía divertirme mucho con ellos, pero me gustaba hacer cosas juntos. Estar todo el día del trabajo a casa era poco interesante. Lo más que hacía era salir a hacer la compra y a pasear, aunque Marcos siempre se quejaba de lo aburrido que era y de que se cansaba un montón, por lo que la mitad de las veces terminaba desistiendo.

Cuando llegamos al bar, pedí un café y él, una cerveza. Refrigerios en mano, fuimos a la mesa en la que siempre estaba alguno de sus colegas de cuadrilla. Ese día estaba Luis, su mejor amigo, entre otros. Trabajaban en la misma fábrica, pero en diferentes cadenas de montaje. Estuvieron despotricando de su empresa durante más de una hora mientras yo miraba el teléfono móvil. Hubiera preferido estar en casa, podría haber estado haciendo cualquier cosa para entretenerme. Por ejemplo, podría haber estado horneando un bizcocho de zanahoria y nueces que había visto en un vídeo de YouTube. Cuando pasaron a hablar del coche nuevo que se había comprado Marcos —y por el que pagaba una cantidad indecente de dinero—, levanté la vista y les presté atención. Llevaba un tiempo con una idea rondando en mi cabeza y quería decirla.

—He estado pensando que me voy a sacar el carné de conducir —comenté.

Marcos dejó de hablar y me miró con el ceño fruncido durante unos segundos, como si quisiera leer lo que estaba pasando dentro de mi cabeza.

—¿Para qué te vas a sacar el carné si ya me tienes a mí? —preguntó con un tono cargado de desconfianza que me puso los pelos de los brazos de punta—. Ni te imaginas la suerte que tienes conmigo. ¿Crees que el resto de los novios son tan maravillosos como yo y van a buscar a sus parejas todos los días cuando salen de trabajar? ¿Crees que las llevan a todos los sitios que se les antojan como hago yo contigo?

El ambiente se empezó a espesar entre nosotros, comenzó a cargarse con el enfado de Marcos. Su molestia consiguió impregnarlo todo hasta que lo único que importaba era lo que él sentía.

—No es eso lo que quería decir —comencé a hablar, tratando de explicarme—. Estoy muy agradecida por lo que haces, pero no quiero ser una carga. Quiero tener el carné para no ser una molestia para ti. Para ir por ahí cuando tú no puedas llevarme.

—No tienes que preocuparte por eso, yo siempre lo dejo todo para llevarte —dijo. Y, aunque la frase era bonita, las palabras estaban dichas con mucha rabia, como si lo hubiera decepcionado —. ¿Es que no te cuido bien? —preguntó, muy malhumorado.

—Me cuidas muy bien —le respondí para tranquilizarle.

No me apetecía tener una discusión con él. Y mucho menos me apetecía hacerlo delante de sus amigos. Después de ese intercambio, Marcos estuvo comportándose de manera molesta durante las siguientes horas. Lo que me hizo llegar a un acuerdo conmigo misma para no volver a sacar el tema del carné de conducir durante un tiempo. Quizás, cuando lo hiciera, deberíamos estar a solas. Pensé que igual había reaccionado tan mal al asunto porque sus amigos estaban delante y se había sentido menospreciado. Tomé nota mental de ello.

Después de un tiempo, se relajó. Supe cuándo se le había pasado el enfado porque puso su mano sobre mi pierna. Cuando hizo ese gesto, me calmé. Odiaba que discutiésemos.

La siguiente hora pasó sin más sobresaltos. Apenas los escuchaba hablar, no dejaba de pensar en las ganas que tenía de irme. Estaba distraída con mi teléfono móvil, hablando con mi madre por WhatsApp; me pedía que fuera a su casa y le hiciera la compra al día siguiente porque estaba enferma. En el momento en el que había aceptado, había empezado a enviarme mensajes para añadir todo el rato cosas a la lista que me había mandado, y que sabía que no me iba a pagar. Estaba tan absorta en la conversación que, cuando me quitaron el teléfono de la mano, me quedé descolocada durante unos segundos.

—¿Quién te está mandando tantos mensajes? —preguntó Marcos, móvil en mano.

—Oye —le dije, tratando de cogerlo, pero él lo alejó de mí para que no llegase.

Vi molesta cómo leía todos los mensajes del chat con mi madre y luego salía y revisaba los últimos que me habían mandado. Me crucé de brazos disgustada, pero no dije nada; no me apetecía volver a poner la atención de todos sobre nosotros.

—Mañana te llevo a hacer la compra —me dijo cuando me devolvió el teléfono, sin darle ninguna importancia a lo que había hecho.

Me molestó. Me había hecho sentir como una niña pequeña que necesita ser controlada porque no sabe lo que hace. Me levanté de la silla y fui al baño para tranquilizarme. Aproveché para hacer pis y salí cuando estaba más relajada. No veía el momento de largarme a casa.

—¿Os apetece ir a cenar unas *pizzas*? —le escuché preguntar a Luis justo cuando llegaba a la mesa.

—Claro, tío. Vamos a la pizzería esa del centro comercial que está de puta madre —le respondió Marcos sin preguntarme si me apetecía ir—. Llevamos mi coche y te dejo probarlo.

El enfado acudió de nuevo a mí como si nunca se hubiera marchado, pero no dije nada porque no quería generar una situación que fuera peor.

No veía el momento de que se acabase la tarde.

Unas cuantas horas después, cuando llegamos a casa y me metí en la cama, pensé mucho. Pensé en que al principio me había gustado que Marcos estuviera interesado en llevarme a los sitios, que se preocupase por mí, pero que también quería poder hacerlo por mi cuenta. Odiaba tener que estar siempre negociando con él para ir a cualquier sitio. Todos los planes que le

proponía le parecían aburridos, así que siempre terminábamos con sus amigos en el mismo bar.

A veces, sentía que en el único lugar en el que podía respirar era el trabajo. El único lugar en el que podía ser yo misma, ser una persona individual capaz de tomar sus propias decisiones.

Últimamente me costaba irme cuando terminaba mi turno. Había empezado a sentir una fuerte opresión en el pecho mientras me quitaba el uniforme y lo colgaba en mi taquilla para sacar el abrigo antes de irme.

Lo que al principio me había parecido una muestra de amor ahora se me antojaba una cárcel.

Marzo

Capítulo 12

OLIVIA

Ese día por fin empezaba a trabajar. Estaba nerviosa, emocionada, con miedo y feliz. Todo a la vez. Era incapaz de quedarme con solo una sensación. Me desperté a las siete de la mañana, una hora antes de tener que ir la biblioteca. Me sentía un poco cansada porque me había costado dormirme y había estado leyendo hasta las tantas de la madrugada con la esperanza de que el sueño me atrapase en algún momento.

Me retiré la colcha de encima y me levanté. Fui directa al baño. Tenía un nudo en el estómago lleno de nervios, quería estar a la altura. Estaba muy agradecida con María, la bibliotecaria, por haber confiado en mí dándome el empleo y no quería defraudarla. Agradecí encontrarme sola en la casa, ya que tanto Aren como Lena habían bajado a la panadería. No me sentía con muchas ganas de hablar con nadie, estaba demasiado alterada.

Cuando salí del baño, me preparé un café y me lo tomé mirando desde el balcón de la cocina a la plaza del ayuntamiento. Me encantaba la tranquilidad y la paz que se respiraba en ese sitio. No tenía nada que ver con el ajetreo, las colas y las aglomeraciones a las que estaba acostumbrada en Madrid. Me había dado cuenta de que prefería mil veces vivir en un pueblo que en la ciudad.

Después de apurar la taza, demasiado nerviosa como para meterle más alimento al cuerpo, me duché y me vestí. Bajé a la panadería y me metí al obrador para despedirme de Aren y luego lo hice con Lena, que estaba haciendo café, antes de ir a la biblioteca.

Cuando puse un pie en la calle, justo en ese mismo momento, me di cuenta de que esa era la primera vez que salía sola desde que había llegado. Lejos de ponerme nerviosa —bastante tenía con la preocupación por el primer día de trabajo—, me emocioné por haberlo hecho con tantísima normalidad. Me gustó caminar sola y segura por la calle, conocía muy bien el pueblo por los paseos diarios que había dado con Lena y Aren. Vivíamos tan cerca de la biblioteca que no tardé nada en llegar. Entré sin pararme a pensar ni un solo segundo. Caminé hasta el mostrador, donde María estaba mirando el ordenador.

—Buenos días, Olivia —me saludó con un tono afable que me hizo sentirme cómoda al segundo—. Has llegado pronto.

—Sí —le respondí—, tenía muchas ganas de empezar y de que me lo enseñaras todo.

En la cara de María se dibujó una sonrisa que hizo que en la mía sucediese lo mismo.

—Pues vamos a ponernos manos a la obra —dijo, haciendo un gesto con la mano para que fuese hasta donde estaba ella—. Lo primero que te voy a contar es dónde tienes la taquilla para que puedas dejar tus cosas.

Pasamos por detrás del mostrador y atravesamos el registro para acceder a una puerta sobre la que se podía leer un cartel de «Prohibido el paso». Dejé las cosas en una de las taquillas y la seguí hacia la biblioteca de nuevo. Después de eso, la mañana se me pasó volando. Había tantísimas cosas que aprender que no dejaba de tomar notas en mi cuaderno. Estaba muy emocionada, este trabajo era mucho mejor que el que tenía limpiando en Madrid. La esperanza y la felicidad se hicieron hueco en mi cuerpo, iluminándolo todo.

Aunque había pasado una mañana increíble, al acabar mi turno tuve unos segundos de pánico. Me daba la impresión de que Marcos me estaría esperando cuando cruzase la puerta. Respiré

hondo un par de veces antes de agarrar el pomo y tirar de él. Cuando salí, no había nadie ni en lo alto de las escaleras ni en la calle de enfrente. Fue una sensación maravillosa, una sensación de liberación.

Al llegar a casa, Aren y Lena ya no estaban en la panadería. Se me había hecho muy tarde porque había querido dejar todos los libros de mi carro organizados antes de salir. Subí las escaleras muy contenta, con muchas ganas de compartir el primer día de trabajo con ellos.

Según abrí la puerta, se escucharon unos pasos y Lena llegó corriendo hasta mí.

—¿Qué tal el día? ¿Estás bien? Cuéntamelo todo —empezó a preguntarme.

Su gran entusiasmo me hizo reír. Miré hacia la puerta de la cocina, donde Aren se había asomado y nos miraba a las dos como si fuésemos una maravilla que habían puesto en el pasillo de su apartamento.

—Deberías dejar que por lo menos se cambie de zapatillas primero —comentó riendo.

Lena hizo como que se lo pensaba durante unos segundos.

—Está bien, pero mientras comemos quiero todos los detalles.

—Claro, te lo prometo —respondí, dándole un beso en la mejilla antes de marcharme a mi habitación.

Me sorprendió mi propia reacción. Fue un gesto que me salió natural y que hice sin pensar, pero que me gustó. Lena me hacía sentir contenta, segura y a gusto a su lado. Le había cogido muchísimo cariño y había necesitado expresarlo hacia fuera.

Cuando regresé del cuarto con las zapatillas de casa y ropa cómoda, empezamos a comer y a hablar. Era muy fácil estar con ellos. Me di cuenta de que era feliz. Después de comer nos quedamos un rato de sobremesa charlando de todo y de nada.

—Deberíamos hacer un calendario para repartir las tareas de casa —propuso Aren.

Desvié la mirada del frigorífico donde Lena estaba guardando las sobras de la comida y lo observé. No pude evitar que una pequeña sonrisa se dibujase en mis labios. Aren tenía una capacidad de hacerme sentir integrada que no hacía más que sorprenderme.

—Estoy de acuerdo, hermanito —respondió Lena, mientras se sentaba a la mesa a nuestro lado.

—Voy a por un cuaderno —dijo Aren.

Se levantó de la mesa y lo observé mientras se alejaba por el pasillo y entraba en su despacho. Unos segundos después, regresó con una libreta de anillas en las manos.

—Vamos a organizarnos, porque hoy empieza una nueva vida para todos —comentó, y a mí se me llenó el corazón de felicidad.

Nunca podría agradecerles lo muchísimo que me estaban apoyando. Sin ellos, todo hubiera sido mucho más difícil.

AREN

Cuando Olivia regresó de su primer día de trabajo, estaba radiante. Tenía una preciosa sonrisa en los labios. Una sonrisa que me hacía pensar que estaba llena de esperanza, que para ella ese paso de encontrar trabajo, de valerse por sí misma, era gigantesco. Supuse que, para alguien que se encontraba en un entorno de mierda, esa sensación era cuando menos liberadora. No me podía hacer a la idea de lo que era tener una familia que no se preocupase por ti. Mis padres habían sido el mayor apoyo que había tenido en la vida. Todavía seguía doliendo como el infierno cada vez que pensaba en ellos, cada vez que pensaba en lo que había perdido. Pero, por lo menos,

siempre me había sentido seguro de que alguien me cuidaría, de que era importante para ellos. Incluso cuando murieron siempre había estado Lena. No hacía falta que nadie me dijese lo afortunado que era, lo sabía de sobra. En ese momento lo que más deseaba era que nosotros fuésemos ese apoyo para Olivia.

OLIVIA

Una noche, me desperté de golpe durante la madrugada con el pijama y el pelo empapados. No recordaba lo que había estado soñando, pero tenía una sensación muy desagradable en el cuerpo. Al principio traté de relajarme para volver a dormir, pero, después de cinco minutos de angustia, de darle vueltas a la cabeza, me di cuenta de que era una batalla perdida. Lo que fuera que me había despertado no iba a dejar que me durmiese de nuevo tan fácilmente. Aparté las mantas de mi cuerpo y me giré en la cama para coger el libro electrónico de la mesilla de noche. Me había quedado en un punto muy interesante; si seguía leyendo, me saltaría los plazos de la lectura conjunta, pero no importaba, apuntaría por la mañana mis impresiones para poder comentar con los demás y no hacer ningún *spoiler*. Además, estaba segura de que, en el momento en el que me concentrase en la lectura y me relajase, el sueño volvería a alcanzarme. Menos de diez minutos después, fue muy evidente que mis esperanzas eran ridículas. Tenía mucha sed y ganas de hacer pis, por lo que comprendí que no podría alargar la situación durante más tiempo. Dejé el dispositivo apoyado contra la almohada y me senté en la cama. Si salía de la habitación y tenía mucho cuidado, no tenía por qué molestar ni a Aren ni a Lena. Caminé de puntillas hasta mi puerta y la abrí con suavidad. La dejé abierta y fui primero al baño. Hice mis necesidades y, cuando tiré de la cadena, esperé a que la cisterna dejase de hacer ruido antes de volver a abrir. Me dirigí a la cocina. Entré en silencio y fui directa al armario sobre el fregadero para llenar un vaso con agua y llevármelo a la cama. Mientras lo hacía, un movimiento que capté con el rabillo del ojo llamó mi atención. Miré en dirección a la terraza y estuve a punto de gritar cuando vi a una persona en el suelo. El grito se me quedó atascado en la garganta cuando reconocí la figura.

Era Aren.

Estaba allí sentado mirando hacia la plaza. El miedo inicial dejó paso al interés en una fracción de segundo. A pesar de no haber gritado, algo debió alertarlo de mi presencia, ya que giró la cabeza y pronunció mi nombre.

—¿Olivia?

—Hola —le dije, y caminé hacia él.

Sentí demasiada curiosidad por lo que estaba haciendo como para irme sin averiguarlo. Me acerqué hasta la terraza y miré hacia el suelo, observándolo. Se encontraba sobre unos cojines. Tenía un bolígrafo en la mano y un cuaderno frente a su pie descalzo. Una de sus piernas estaba flexionada y la otra, estirada por completo. Su postura me pareció muy inspiradora.

—Hola —dijo—. ¿Por qué no estás durmiendo? —preguntó en voz baja, pero lo suficientemente clara como para que pudiese escucharle.

—No tengo muy claro lo que me ha despertado —le respondí, encogiéndome de hombros—. Y tú, ¿cuál es tu excusa?

—No podía dormir. He estado dando vueltas en la cama hasta que he decidido que, ya que no iba a volver a coger el sueño, bien podía sentarme a ver si se me ocurría algo interesante para el nuevo libro —dijo, señalando con la cabeza hacia el cuaderno.

—¿Y has tenido suerte? —le pregunté, llena de curiosidad. Me parecía increíble que

escribiera, aquello era como un mundo nuevo para mí, como tener al alcance de la mano algo que me fascinaba.

—Sí, se me ha ocurrido la forma de empezar la novela—respondió.

—Guau, eso es impresionante —alabé, emocionada.

Aren se quedó mirándome durante unos segundos en silencio, segundos que traté de descifrar qué estaría pasando por su cabeza.

—Hoy, cuando has vuelto del trabajo, te he visto muy feliz. Me has recordado a la persona que conocía —comentó con una sonrisa y la voz cargada de cariño.

Sus palabras me llenaron de miedo. Me hicieron sentir que tenía unas expectativas muy altas puestas en mí, demasiado, y yo no quería, ni podía, estar a la altura de ellas.

—No conoces la persona que soy —le dije, tratando de meterme detrás de mi escudo.

Prefería advertírselo antes de que él se diese cuenta por sí mismo y me rechazase.

—Tengo todo el tiempo del mundo para hacerlo ahora —dijo, dejándome sin palabras y con el corazón apretado—. Y estoy deseando descubrir esa parte de ti que me falta —añadió con una enorme sonrisa que le hizo parecer casi un niño.

Me quedé de pie delante de él sin saber muy bien qué decir, con todo el cuerpo temblándome a partes iguales entre el miedo y la emoción. ¿Cómo podía estar siempre experimentando sentimientos tan opuestos a la vez? A veces, tenía la sensación de que iba a volverme loca. Una cosa tenía clara: Aren no dejaba de sorprenderme una y otra vez.

AREN

Si no hubiera sabido que lo había dicho para alejarme, sus palabras me habrían dolido. A pesar de eso, ella era demasiado importante para mí como para que no me afectasen. Había sido un buen intento, pero no iba a poder librarse de mí tan fácilmente.

Mientras la miraba de pie frente a mí en la terraza, tan hermosa con su pijama que me dolía el pecho, comprendí que, pese a tenerla tan cerca, estaba a años luz de distancia. Necesitaba que dejase caer la barrera que había alzado entre nosotros, la barrera que había alzado contra el mundo. Necesitaba demostrarle que podía confiar en mí, que estaba ahí para ella. Y sabía cuál era la mejor forma de hacerlo. No pensaba rendirme. Era yo el que tenía que dar el primer paso.

Abrí la boca y las palabras salieron con naturalidad, pese a que lo que le iba a contar era muy duro para mí. Aun así, quería compartirlo con ella.

OLIVIA

—Creo que la mejor manera de demostrarte que no pasa nada por abrirte es que lo haga yo primero —dijo como si aquello fuese lo más normal del mundo. Su interés por mí era abrumador —. Te voy a contar lo peor que me ha pasado nunca: la muerte de nuestros padres.

Cuando escuché lo que acababa de decirme, me quedé quieta, con miedo a hacer algún movimiento que lo llevase a echarse atrás, porque lo cierto era que quería que lo compartiese conmigo. Quería conocerlo. Cuando comprendí en la determinación de su mirada que no iba a arrepentirse, me senté a su lado, con las piernas cruzadas y el cuerpo girado hacia él.

—Tenía veinticuatro años y Lena, diecinueve cuando nuestros padres murieron en un accidente de coche. Cada uno llevó sus muertes a su manera. Ella se alejó de todo el mundo que conocía, empezó a salir y a hacer malas amistades. Yo me cerré en mí mismo y empecé a tener ataques de ansiedad, depresiones, dejé de querer estar con gente. —Posó su mirada sobre mí, que

hasta ese momento se encontraba perdida tras la cristalera del balcón, y el dolor que vi allí me estrujó el corazón. Sentí deseos de alargar la mano y consolarlo de alguna manera, pero antes de que pudiera reaccionar siguió hablando—: Un año después, Lena se fue a vivir a Valencia y yo me quedé atendiendo la panadería. Pensé que podría ser bueno para ella cambiar de aires, que la ayudaría a sanar —dijo, y suspiró—. Estuvo bien durante unos meses, conoció a un chico que parecía hacerla feliz —dijo con apenas un hilo de voz. Colocó las manos sobre sus rodillas y las cerró en puños—. Estaba equivocado. Unos meses después, me llamó para decirme que la estaba maltratando.

Emití un ruido de angustia cuando lo escuché. Las lágrimas comenzaron a acumularse tras mis ojos. Me dolía que Lena hubiese pasado por eso también.

—Tendría que haberme dado cuenta de que algo estaba mal —dijo con la voz cargada de arrepentimiento.

—Tú no tienes la culpa, Aren —le contesté, alargando la mano y colocándola sobre una de las suyas.

Tenía que saberlo, no quería que sufriese. Aren era una de las mejores personas que había conocido nunca.

—Me siento mal por reconocer que el día que la traje de nuevo a casa fue cuando empecé a respirar, cuando pude dejar de lado los miedos. Me costó mucho volver a vivir sin pensar en que todo puede cambiar en un segundo, que la gente que queremos nos deja sin que podamos hacer nada. Cuando te das cuenta de lo inevitable de la muerte, es imposible levantarse cada día sin tener eso grabado a fuego en tu cerebro.

—Quizás no haya que tratar de vivir como si no fuese así, quizás lo que hay que hacer es aprender a hacerlo incluso sabiendo que puede pasar. No creo que sea posible volver atrás cuando se descubre algo. No puedes apreciar las cosas bajo el prisma anterior.

Era algo triste, pero real. Aren me observó lleno de intensidad, con los ojos brillantes cargados de emoción. Le sonreí porque no quería que pasase por un mal momento recordando aquellas situaciones.

—¿Es mucho pedir un abrazo? —preguntó, girando el cuerpo en mi dirección.

—No lo es —le respondí. Y, antes de que tuviese oportunidad de moverse, me incliné hacia él y le pasé los brazos alrededor del cuello.

Aren me apretó con fuerza contra él. Nos quedamos así durante unos minutos, apoyándonos el uno en el otro.

—Gracias —me dijo al separarnos.

—Gracias a ti —le respondí—. Tengo curiosidad, ¿sigues teniendo ataques de ansiedad?

—No, hace muchos años que no me pasa —respondió, mirándome con interés.

—¿Cómo hiciste para que mejorase? —le pregunté.

—Corriendo. Matándome a correr —explicó—. También ayudó con el insomnio.

—Pues no parece haber mejorado —le respondí bromeando.

—Estaba mejor, pero haberte visto mal me ha revuelto.

—Lo siento.

—No tienes que sentirlo, estoy feliz de que estés aquí, a salvo. Lo que no me deja dormir es saber todo el tiempo que has estado en peligro.

Habló con tanta intensidad que sentí como casi me ahogaba de emoción.

AREN

Después de la noche anterior, me sentía mucho más unido a Olivia de lo que lo había hecho nunca. Parecía que habíamos vuelto a conectar y, por la forma en la que me había estado hablando durante todo el día, estaba seguro de que ella notaba algo parecido. Era como si hubiésemos traspasado la línea invisible que nos había mantenido lejos los meses anteriores. Estaba preocupado por que esa frontera volviera a dibujarse. Era tiempo de actuar. Me levanté de la silla frente al ordenador, después de haber estado mirándola durante mucho rato cuando no me veía, y me acerqué a ella.

—¿Puedes ayudarme con una cosa de la novela? —le pregunté.

Según esas palabras salieron de mi boca, el corazón se me aceleró en el pecho. Podía escucharlo golpeando con fuerza en mis oídos. Me daba pánico mostrarle nada de lo que había escrito, me sentía muy desnudo, como si le estuviese enseñando mi alma, pero a la vez quería compartirlo con ella. Había llegado a la conclusión de que, si miraba tanto hacia la oficina mientras escribía, era porque que despertaba su curiosidad.

—Me encantaría —dijo, levantando la cabeza del libro que estaba leyendo y mirándome con una sonrisa enorme.

Caminamos en silencio hasta la oficina.

—Mira —le dije, señalando el ordenador—, esta es la escena que se me ocurrió ayer por la noche.

Olivia se acercó hasta el ordenador y se inclinó sobre la pantalla.

—¿Puedo leerla? —preguntó.

Agradecí que fuese tan respetuosa con mi intimidad, pero la realidad era que quería enseñárselo.

—Claro, siéntate —le ofrecí. Las manos me temblaron al sacar un poco la silla para que le resultase más fácil.

Cuando se sentó y empezó a leerlo, me faltó muy poco para ponerme a pasear nervioso por todo el despacho. Estaba histérico. Quería que le gustase. Dios, lo quería tanto. Tenía la sensación de que, si era capaz de llegarle con mi escritura, sería capaz de llegarle como persona.

—Madre mía, Aren —dijo de pronto, apartando la vista de la pantalla del ordenador y posándola sobre mí—. Esto es una pasada. Me encanta cómo escribes. Me has dejado alucinada —se quedó mirándome como si me viera por primera vez, con la curiosidad y la sorpresa mezcladas en su preciosa cara—, es una presentación de personajes increíble, no había leído nunca nada más original.

Juro que estuve a punto de ponerme a gritar de la emoción. Toda la tensión que se había ido acumulando en mi pecho se deshinchó.

Estuvimos debatiendo sobre los protagonistas, sobre lo que le habían transmitido al conocerlos y aluciné con la cantidad de matices que había captado. También estuvo tratando de sonsacarme cómo continuaba la historia, pero le dije que tendría que esperar a que la escribiese para saberlo. Le ofrecí ir dejándole leer los capítulos según los terminase y ella aceptó encantada. Me hizo feliz. Poder compartir con otra persona página a página lo que iba escribiendo se me antojaba un sueño. Si encima ella era esa persona, superaba cualquier imaginación que hubiera tenido nunca.

—Puedes quedarte en el sofá de aquí —le ofrecí cuando terminamos de desgranar la escena al completo con la esperanza de que dijera que sí.

Llevaba días queriendo dar el paso y ofrecerle que se sentase en la oficina para leer. Ese era el mejor momento para hacerlo.

—Me gustaría mucho —respondió sonriendo, provocando que mi corazón aletease acelerado

en mi pecho—. Voy a por el libro y ahora vuelvo.

Cuando regresó y se tumbó en el sofá, de manera que me veía perfectamente mientras leía, cada uno se centró en sus actividades. No podía estar más a gusto. Era algo que había deseado desde hacía muchísimo tiempo. En el despacho solo se escuchaba el sonido de mis dedos sobre las teclas y el ruido de nuestras respiraciones. Si el mundo se hubiese acabado en ese momento, hubiera muerto feliz teniendo a Olivia a mi lado.

—He estado pensando en lo que me dijiste ayer —dijo de pronto, rompiendo el silencio, haciendo que toda mi atención se centrase en ella.

—¿El qué? —Habíamos hablado de un montón de cosas.

—De lo de que correr te ayudó a mantener la ansiedad a raya.

Asentí con la cabeza recordando el momento exacto. Nuestro encuentro en la terraza había significado muchísimo para mí.

—Sí, por eso salgo todos los días.

—Quiero probar —dijo—. ¿Te gustaría venir conmigo a intentarlo? ¿Enseñarme? —preguntó con la voz impregnada de un poco de duda, mientras se estrujaba los dedos como si pedírmelo le diera vergüenza.

No existía la más mínima posibilidad de que me negase. Solo con que me lo propusiera, me hacía feliz.

—Me encantaría acompañarte —le respondí, sin poder evitar que en la cara se me dibujase una enorme sonrisa de felicidad—. Voy a buscar en Internet, sé que hay planes de entreno para empezar a correr, hay que ir poco a poco —le comenté, emocionado.

—Menos mal, no creo que aguante mucho —dijo riendo.

—Cuando empecé, me costaba mantener el ritmo más de un minuto seguido. Era duro de narices.

—Me estás animando —dijo ella riendo.

—Pero merece la pena, te lo aseguro —añadí con una sonrisa de disculpa.

Tecleé sobre la barra del buscador para encontrar un plan para iniciarse, lleno de emoción porque pudiéramos compartir también eso.

—Gracias —dijo Olivia con la voz cargada de cariño.

Su forma tan preciosa de hablarme hizo que me explotase el corazón.

Capítulo 13

OLIVIA

—¿Seguro que no te importa volver a correr? —le pregunté a Aren cuando llegamos a la orilla de la playa.

Habíamos decidido empezar por el paseo de piedra que rodeaba el mar. Era un lugar precioso que pensaba que me iba a motivar. Me encantaba el olor del salitre llenando mis pulmones. La vista no podía ser más hermosa.

—Por supuesto que no. Esto es como dar un paseo. Por lo que he estado leyendo y por lo que recuerdo de cuando empecé yo, puedes sentirte satisfecha si aguantas más de dos minutos seguidos corriendo —me explicó.

Lo miré para ver si estaba bromeando, pero, por la cara de concentración que tenía, deduje que no lo hacía.

—No sé si eso me anima mucho, ¿eh? —comenté.

Aren levantó la cabeza del teléfono y me observó con una enorme y preciosa sonrisa.

—No lo he dicho para desanimarte, es lo más normal al iniciarse. Hay que acostumbrar al cuerpo, por eso se empieza con intervalos —explicó contento—. Te aseguro que cuando lo pruebes y experimentes lo bien que te hace sentir, solo le vas a ver el lado bueno —dijo, antes de devolver la atención al móvil.

Me acerqué a él para poder verlo yo también. Lo primero que percibí fue lo bien que olía, a loción de afeitar; muy parecido al mar. Tuve que contenerme para no respirar profundo tratando de llenar mis pulmones. Abrí los ojos cuando me di cuenta de que los había cerrado y me centré en lo que estábamos haciendo. ¿Qué me estaba pasando?

—Aquí lo tengo —dijo—. Vamos a empezar un programa de ocho semanas para conseguir correr cinco kilómetros o media hora seguida, lo que se haga antes.

—Cinco kilómetros suena a muchos kilómetros —le dije, sorprendida. Nunca me había planteado lo que corría la gente.

Aren echó la cabeza para atrás y soltó una carcajada.

—Venga, que te cuento lo que nos toca hacer hoy: vamos a andar rápido dos minutos, luego correr uno y después vuelta a empezar. Repetiremos esa serie hasta que terminemos corriendo cinco minutos en total.

—Vale —le dije emocionada—. Creo que puedo hacerlo.

—Pues vamos —me animó, pulsando la tecla de su reloj de pulsera para que empezase a cronometrarnos.

Comenzamos a andar y, luego, a correr.

No llevaba ni treinta segundos cuando me di cuenta de que iba a ser muy difícil. Si ya de por sí me resultaba todo un reto mantener el ritmo un minuto seguido, no me quería ni imaginar cómo sería correr media hora. Aren estaba loco. Mucho tenían que mejorar las cosas para que fuese capaz.



Esa noche, cuando me metí en la cama, estaba exhausta. No me podía creer que por haber corrido cinco minutos —que encima no habían sido seguidos— me hubiera cansado tanto. En cuanto apoyé la cabeza sobre la almohada, me dormí, ni siquiera se me pasó por la cabeza ponerme a leer.

Esa fue la primera de muchas tardes. Salíamos a correr en días alternos, tres o cuatro veces a la semana. Después de medio mes, había empezado a cogerle el gusto. Era un esfuerzo enorme, pero estaba empezando a ver los frutos. Me sentía mucho más fuerte y segura. Tras una sesión, sentía que era capaz de hacer cualquier cosa. Estaba fascinada por este nuevo descubrimiento.

La segunda semana, cuando Aren me comentó que ese día tocaba correr diez minutos seguidos, estuve a punto de reírme en su cara.

—No lo estás diciendo en serio —le dije.

Aren me observó con una ceja levantada, como si estuviera esperando a que me diese cuenta por mí misma que sí que era verdad.

—Lo estoy haciendo.

—Enséñamelo —le pedí, acercándome a él para que me mostrase el teléfono.

En la pantalla ponía en letras muy claras: «Caminar cinco minutos a paso rápido y diez minutos de carrera». Levanté la vista, preocupada, y la posé en su cara.

—Voy a morir —le dije, arrancándole una carcajada.

—Estoy seguro de que no. Puedes hacerlo —aseguró todavía riendo—. ¿Vamos? —preguntó.

—Qué remedio —acepté, encogiéndome de hombros.



Aren tenía razón, ese día pude correr diez minutos seguidos. Cuando terminamos, me sentía plena, feliz y llena de energía. Acababa de superar un nuevo reto y no quería parar nunca de hacerlo.

AREN

Olivia y yo teníamos una rutina que me hacía feliz: yo le ayudaba con el ejercicio y ella, a mí con la escritura. Hacíamos un gran equipo. Cada dos días salíamos a correr y luego, cuando volvíamos a casa, después de la ducha, íbamos a mi despacho. Yo me sentaba a escribir y ella se tumbaba a leer. No había sido más feliz en la vida. Sabía, sin necesidad de que pasase el tiempo, que estaba viviendo una de las mejores épocas de mi existencia. Todo el anhelo que sentía antes, cuando la tenía lejos, ahora se había transformado en felicidad. Por supuesto que me hubiera gustado poder disfrutar de ella de una forma más carnal, me volvía loco, pero, por el momento, y hasta que estuviera preparada y pudiese saber si también estaba interesada en mí en ese sentido, me conformaba con ser su amigo. Bueno, no es que me conformase, pero disfrutaba cada uno de los segundos.

Ese día me estaba resultando difícil escribir. Tenía la escaleta entera de la novela planificada, pero había un capítulo en el que no tenía cerrado lo que sucedía y era incapaz de que se me ocurriese una escena para poder llegar al punto que quería. La gente solía decir que planificar las novelas mataba tu parte creativa, pero yo no estaba de acuerdo. Con la planificación sabía el camino por el que tenía que ir, pero no cómo hacerlo. Además, siempre me divertía muchísimo inventando toda la historia.

—¿Estás bien? —preguntó Olivia, sacándome de mis pensamientos.

Me sorprendió y me agradó que se diese cuenta de que estaba inquieto.

—Sí, tranquila. Es que estoy dándole muchas vueltas a la cabeza. Hay algo que necesito que pase en este capítulo, pero no se me ocurre cómo llegar ahí —le expliqué.

—¿Qué es lo que quieres contar? Quizás pueda ayudarte.

Me encantó que se preocupase y que quisiera participar en la novela. Pasamos muchas horas hablando sobre ella. Olivia me aportó un montón de ideas que me encantaron y me di cuenta de que ese tipo de conversaciones con ella me activaban la creatividad. Escribir era algo que se hacía mucho mejor estando feliz y con ganas. Olivia había entrado en mi mundo iluminando cada hueco con su preciosa luz, haciendo que todo lo que me rodeaba fuese mucho mejor. Estaba totalmente enamorado de ella. De cada uno de sus huecos, de cada uno de sus pliegues, de cada una de las heridas que me había dejado ver desde que la conocía.



«Esos pantalones van a ser mi muerte» fue lo primero que pensé cuando Olivia salió de su habitación vestida para correr. El día anterior había ido con mi hermana a un centro comercial cercano para pasar la tarde juntas. Por supuesto, no me dejaron acompañarlas. Aunque me hubiese gustado mucho compartir tiempo con ellas, me encantaba que se llevasen tan bien. Me hacía feliz que los tres nos hubiésemos convertido en una especie de familia. Durante la cena las había escuchado hablar de las cosas que se habían comprado, pero en ningún momento mencionaron ropa de deporte.

No pude apartar los ojos de las piernas de Olivia mientras caminaba hacia mí. Nunca en la vida había visto unos muslos tan bien formados como los suyos. Cuando se puso delante de mí y se aclaró la garganta, caí en la cuenta de que debía salir de mi cabeza y empezar a comportarme como una persona normal. Levanté la mirada y vi que estaba sonriendo divertida. Era una sonrisa tímida, no abierta del todo, pero una sonrisa, a fin de cuentas. Una sonrisa que conseguía iluminar todo el mundo. Una sonrisa que conseguía iluminar mi mundo.

OLIVIA

Las semanas fueron pasando entre carreras y literatura. Leer a Aren, escuchar sus ideas, ver sus procesos creativos, sus explosiones de inspiración, era maravilloso. Hubiera firmado donde hiciera falta para que el resto de mis días fuesen así. Sentía que tenía una nueva vida. Había veces incluso en las que apenas recordaba cómo era todo antes de llegar allí.

Para el último día del mes, ya corría quince minutos seguidos. No podía sentirme más orgullosa por todo lo que había avanzado. Estaba en la mitad del recorrido para llegar a la meta

que habíamos fijado, pero tenía la impresión de que ya había avanzado una parte muy importante.

Esa tarde empezó como otra cualquiera: Aren y yo salimos de casa y caminamos hasta la playa a paso rápido compartiendo con el otro lo que habíamos hecho durante el día. Hablábamos sin parar; siempre teníamos algo que decirnos, algo que debatir. Cuando no charlábamos sobre nuestras lecturas o de cómo se había dado la mañana, comentábamos el libro que estaba escribiendo Aren y que sentía que también era, en cierta parte, mío. Corrimos los quince minutos que tocaban y decidimos volver a casa justo después. Había algunos días en los que nos quedábamos un rato en el muro del paseo de la playa mirando cómo el agua se mecía hasta que el anochecer nos encontraba allí sentados.

Cuando cruzamos la carretera que separaba la playa del pueblo, una caja de cartón de tamaño mediano que estaba en la cuneta llamó mi atención. Quizás fue un presentimiento lo que me hizo caminar directa hacia ella. Debido a la diferencia de altura, pude ver el interior antes de llegar. Dentro había un pequeño perrito color canela acurrucado en una esquina. Estaba temblando. Se me partió el corazón al verlo allí solo. ¿Quién podría ser capaz de abandonar a un ser indefenso? Corrí hacia la caja.

—Joder —dijo Aren justo cuando me estaba agachando y metiendo las manos dentro para coger al pequeño cachorro.

—No podemos dejarlo aquí —le dije a Aren.

—Por supuesto que no podemos —respondió él, alargando la mano para acariciar la cabeza del perrito, que me olisqueaba lleno de interés—. Vamos —dijo Aren, abriendo el paso en dirección a casa.

Sonreí encantada. Me llenaba de felicidad no tener que dejarlo allí, porque hacerlo me parecía de no tener corazón. Me puse a la altura de Aren caminando a paso rápido. No podía apartar la vista del cachorro. Abrí la cremallera de la chaqueta que llevaba puesta y lo arropé con ella apretando contra mi cuerpo, por si estaba temblando de frío.

—Tenemos que llevarlo al veterinario para ver si está bien —dijo de pronto Aren.

—No se me había ocurrido —le contesté, apretando al cachorro todavía más contra mí.

—Voy a llamar a Lena para que nos acompañe si quiere —dijo, sacando su teléfono de la fina riñonera que llevaba para correr.

—¿Hay un veterinario en el pueblo? —pregunté, porque la verdad era que no lo sabía, nunca habíamos tenido que visitar uno.

—Sí, está en la calle principal, unos edificios más lejos de la biblioteca, delante de la farmacia —explicó.

—Ya sé dónde me dices —respondí, asintiendo con la cabeza.

Me encaminé hacia el lugar mientras lo escuchaba hablar con Lena. No tardamos mucho en llegar. La clínica veterinaria era discreta, de ahí que no hubiese reparado en ella antes. La puerta estaba cerrada. Las cristaleras teñidas de blanco dejaban pasar la luz, pero no permitían ver el interior. Giré la cabeza y encontré un timbre. Llamé. Justo cuando nos estaban abriendo la puerta, Aren acabó la llamada. Entramos al recibidor.

—Buenas tardes —nos saludó una chica vestida de azul con un traje semejante al de una enfermera, sentada detrás del mostrador—. ¿Tenéis cita? —preguntó.

—No —le respondí sin dudar. Decidí tomar las riendas de la situación, no quería que el pobre cachorro se quedase desatendido—, pero nos acabamos de encontrar a este pequeñín abandonado y necesitamos saber si está bien —expliqué.

—En ese caso, sentaos allí —dijo, señalando una fila de sillas pegadas contra la pared—. Enseguida os atiende la veterinaria.

—Gracias —le respondió Aren.

Nos acercamos a donde nos indicó y nos sentamos el uno al lado del otro. Miré el bulto que tenía entre los brazos y sonreí al ver que se había quedado dormido.

—Parece que está bien. No te preocupes —dijo Aren, alargando la mano y apartándome un mechón de pelo que se me había salido de la coleta.

Aguanté la respiración y levanté la vista para encontrarme con la suya. Aren me observaba con intensidad. No sabía muy bien qué decir, solo sabía que su cercanía me hacía sentir segura. Justo cuando él estaba abriendo la boca para hablar, la puerta de la consulta frente a nosotros se abrió y la veterinaria salió, invitándonos a entrar.

Algo más tarde, salíamos de la clínica con el cachorro revisado, vacunado y con la seguridad de que estaba perfectamente.



Horas después, Aren, Lena, el perrito que habíamos adoptado hoy y yo estábamos tumbados en diferentes sofás de la sala decidiendo el nombre del nuevo habitante de la casa. El cachorro, después de haber superado el miedo sufrido en el veterinario y tras haber llenado la barriga, paseaba contento por los cojines entre nosotras. Se subía encima de una y de otra y luego nos chupaba la cara, contento. Quería comérmelo de lo bonito que era.

—No debería ser tan difícil encontrar un nombre —dijo Lena—. Con todos los libros que leemos, creo que tenemos material de sobra como para elegir uno bonito.

—Ese es el problema —contestó Aren—, hay tantos que me gustaría ponerle que no puedo decidirme por ninguno.

Volvimos a quedarnos callados. Llevábamos ya un rato pensando y, a pesar de que estaba super a gusto, quería que el cachorro tuviera nombre. Me obligué a pensar muy fuerte.

—Mientras estábamos esperando en la consulta, he leído que lo mejor es ponerles nombres cortos, que los entienden mejor. Cuantas menos sílabas, más fácil será para él —comenté.

—Entonces, deberíamos descartar todos los que tengan más de una sílaba —dijo Aren.

Me encantó que siguiese mi recomendación.

Me gustaba que me tuviera en cuenta a mí y a mis opiniones; era algo a lo que no estaba acostumbrada y sin lo que ya no sabría vivir. Nos quedamos de nuevo en silencio mientras no dejaba de pensar en nombres de una sílaba. De pronto uno me vino a la cabeza y me pareció perfecto.

—Luk —dije—. Podemos llamarlo Luk.

Tanto Aren como Lena giraron la cabeza para mirarme. Vi en sus caras como sopesaban lo que les acababa de proponer. Lena fue la primera en hablar:

—Es perfecto, Olivia. ¡Perfecto! —dijo, abalanzándose sobre mí y agarrándome del cuello para besarme.

—Me encanta —dijo Aren, levantándose del sofá de una plaza en el que estaba sentado y acercándose a nosotras.

El estómago me hizo una pirueta cuando pensé que iba a hacer lo mismo que su hermana y besarme. No sentí miedo, ni una pizca. Me invadió una sensación que era a la vez agradable e intensa. Lo observé sin poder apartar los ojos de él cuando se acercó a nosotras y cogió al pequeño cachorro con cuidado. Lo levantó y lo puso a la altura de sus ojos.

—Hola, pequeño Luk. Bienvenido a la familia.

Los ojos se me llenaron de lágrimas por la emoción. Estaba orgullosa y feliz de estar yo también en esa familia. Aren era todo lo que estaba bien en el mundo, al igual que Lena. Cada día que pasaba me daba más cuenta de lo afortunada que era por haberlos conocido, por haber tenido la suerte de cruzarme con ellos en el camino de la vida. Eran, con mucha diferencia, lo mejor que me había pasado nunca.

Abril

Capítulo 14

OLIVIA

Después de cenar sacamos a Luk a dar un paseo. Fuimos Aren y yo solos, ya que Lena estaba cansada y quería quedarse en casa leyendo tranquila. Me encantaba caminar de noche por el pueblo, amaba la quietud que lo bañaba todo. Solía sentirme plena mientras recorríamos las calles, con todas las obligaciones del día realizadas y en la mejor compañía del mundo. Hacía unos días que me había dado cuenta de que estar al lado de Aren me tranquilizaba y alteraba a la vez, pero, sobre todo, me hacía sentir muy a gusto.

Los tres bajamos las cuestas serpenteantes de asfalto desigual bajo la luz dorada de las farolas. Luk correteaba de un lado a otro y a nuestro alrededor formando círculos, como si fuera él el que nos estaba dirigiendo a nosotros en vez de al revés. Cuando giramos la última esquina y vi el mar a lo lejos, me sentí plena. Llena de fuerza y en calma. Era maravilloso ser capaz de volver a experimentar esas sensaciones, era maravilloso poder volver a estar tranquila. Quizás fuera ese el motivo por el que las siguientes palabras salieron de mi boca:

—Esta noche seré yo la que te cuente algo de mí, ¿quieres? —le pregunté sonriendo, cogiendo a Aren completamente por sorpresa. Lo noté por lo mucho que abrió los ojos antes de esbozar una sonrisa enorme y feliz.

El estómago se me apretó de emoción, aún no me había acostumbrado a que se preocupase por mí. Quería hacer algo por él, devolverle un poco de todas las maravillosas sensaciones que me había dado. Todavía recordaba lo mucho que me gustó cuando compartió la muerte de sus padres conmigo, lo que le había pasado a Lena, lo que había sentido él. Noté que ese día nos volvíamos mucho más cercanos, como si la pequeña barrera que nos estaba separando hubiera desaparecido de golpe.

—Es lo que más deseo en la vida —respondió, haciéndome ver que le importaba de verdad, demostrándomelo una vez más.

Asentí con la cabeza.

Cerré los ojos con fuerza durante unos segundos, armándome de valor. No me gustaba lo que le iba a contar, pero necesitaba sacarlo de dentro, compartirlo con él, aligerar mi carga.

—Cuando conocí a Marcos, tenía diecinueve años. Fue explosivo. Me avasalló, me hizo creer que era lo que más le importaba en el mundo. La verdad es que vi en él mi salvación, sentí que me ayudaría a alejarme de un hogar en el que no me querían y donde nunca se habían molestado en ocultarlo. Es gracioso, porque, creyendo huir de un sitio malo, me metí en uno peor —dije, dejando escapar una carcajada sin fuerza—. Me hubiera gustado ser consciente en ese momento de que para salir de un lugar tienes que hacerlo por ti misma. —Antes de que Aren pudiera decir nada, lo interrumpí—. Sé que es importante apoyarse en los demás, ahora lo tengo claro, pero no volcar sobre ellos esa responsabilidad.

»Eso es dar demasiado poder sobre ti a alguien, es ponerte en un estado de vulnerabilidad extremo, es negarte a crecer por ti mismo, a ver tu propia fuerza. ¿Sabes? Creo que una de las cosas más importantes de esta vida es trabajar tu autoestima, tu valía, la imagen que tienes de ti mismo. Tu amor propio. Es algo que me ha costado comprender; leer me ha ayudado muchísimo. Y arriesgarme a empezar de cero —añadí—. Me hubiera gustado saber todas estas cosas antes,

pero supongo que nunca es tarde. No cuando todo lo que he vivido me ha llevado a este momento.

—Olivia —dijo Aren con voz emocionada, parándose y agarrando mi mano, haciendo que tragase saliva, llena de emoción.

El tacto de su mano más grande agarrando la mía hizo que me sintiese segura de golpe. Que me sintiese importante y valorada. Apoyada.

—No te puedes imaginar lo agradecida que estoy —dije, porque necesitaba que lo supiera, que lo escuchara de mi propia boca.

—Lo que te ha pasado no debería sucederle a nadie, pero no puedo estar más feliz de que estés con nosotros —dijo, mirándome a los ojos, haciendo que mi corazón comenzase a latir desbocado.

—Y yo estoy feliz de estar aquí —le contesté, empezando a ponerme nerviosa por la intensidad del momento—. Hay tantas cosas que me gustaría haber hecho de otra forma… —confesé.

—Eso no es lo importante, lo importante es cómo estás ahora —me dijo Aren, esbozando una sonrisa gigante que se me contagió al segundo. Ayudándome a aligerar cada gramo de preocupación que tenía en el cuerpo.

—Ahora mismo estoy trabajando en ser feliz, en sanar todas las heridas que tengo. Hay un montón de cosas que quiero hacer, de hecho, no sé ni por dónde empezar —comenté riendo.

Mi cabeza era un hervidero de ideas, de nuevas sensaciones que experimentar.

—Eso es maravilloso —me dijo sonriendo, apretándome la mano.

Nos quedamos ahí de pie, mirándonos, sin decir nada, mientras una especie de electricidad parecía fluir entre nosotros. De pronto, Aren se aclaró la garganta, consiguiendo que saliese de la especie de trance en el que me había sumido mirándole. Luk empezó a ladrar y a dar saltos para que le hiciéramos caso.

—Creo que quiere que sigamos paseando —dije riendo, mirando hacia abajo y acariciando su cabecita.

—Por supuesto que es eso lo que quiere este pequeño, quiere ser el centro de atención —dijo con la misma voz con la que se le hablaría a un niño, mientras se agachaba para cogerlo en brazos y darle un beso.

Luk se quedó embelesado con los mimos de Aren. Los observé encantada, pocas cosas me gustaban y emocionaban más que verlos jugar.

Después de unas cuantas carantoñas, Aren dejó a Luk en el suelo y comenzamos a andar de nuevo, esta vez en silencio. Empecé a hablar después de un rato.

—He estado pensando que quiero apuntarme a clases, ¿sabes? Solo tengo los estudios obligatorios y es una cosa que siempre he querido cambiar. Me da pena haberlos abandonado. Me hubiese gustado estudiar más, pero la vida no era fácil en mi casa y tuve que ponerme a trabajar pronto para que no me faltasen las cosas más básicas. Mis padres no son los mejores del mundo —confesé, avergonzada, pero ya puestos a contarle todo, no pensaba dejarme nada— y luego, cuando estuve fuera de casa con un sueldo, no me sentía lo suficientemente segura como para estudiar sin que se riesen de mí. Sé que es una tontería dejar de hacer algo que quieres por lo que piensen los demás, pero lo sé ahora, no antes. Antes, no tenía ni la mitad de fuerza y valor del que tengo hoy en día.

—No hace falta que te lo diga, pero no tienes que avergonzarte de no haber seguido estudiando, debes sentirte orgullosa por ser tan maravillosa como eres —dijo, sorprendiéndome.

Siempre me hacía sentirme valiosa, pero nunca había llegado a verbalizarlo de aquella manera, por lo que sentí cómo las mejillas se me calentaban y agradecí que fuera de noche para que no pudiera verlo—. Ahora es tu momento, tienes la estabilidad, la tranquilidad y nuestro apoyo. Creo recordar que en el pueblo hay un instituto de educación para adultos —dijo, mirando hacia arriba como si estuviera tratando de hacer memoria.

—Sí, lo hay —aseguré, atrayendo de nuevo su atención—. Esta mañana he visto en la biblioteca que han hecho un pedido del instituto y lo he estado investigando. Las solicitudes para empezar en septiembre están abiertas ahora —expliqué.

No es que necesitase su apoyo para tomar la decisión, la realidad era que ya la había tomado esa misma mañana, aunque no hubiera sido consciente de ello; pero era tan bonito tenerlo a mi lado apoyándome. Tenerlo para contárselo.

—Si te apetece, mañana podríamos ir a verlo antes o después de correr —propuso alegremente, haciendo que mi nivel de emoción aumentase todavía más.

—Me encantaría —respondí, esbozando una sonrisa enorme.

—Pues parece que tenemos una misión —dijo, devolviéndome el gesto.

Cuando terminé de hablar, seguimos caminando en silencio, pero fue un silencio cómodo. Sentí… Sentí como si se hubiera retirado de mis hombros una pequeña carga de la mochila que llevaba a la espalda. De cierta manera, al compartirlo con Aren, él me ayudaba a llevarla ahora. Había dejado de ser algo solo mío, mi problema, para convertirse en uno nuestro.

AREN

Mientras escuchaba a Olivia, lo único en lo que era capaz de pensar era en que quería matar a ese hijo de puta, a ese maltratador de mierda. ¿Cómo podía una persona tratar así a otro ser humano? Era una escoria. Necesitaba calmarme, no quería que Olivia me viese enfadado, no quería que tuviese malos recuerdos por nada del mundo.

Durante todo el paseo me centré en relajarme y en escuchar todo lo que me quería decir; estaba inmensamente agradecido de que estuviera compartiendo su vida conmigo, de que me hablase de sus anhelos. Me hacía sentir muy cerca de ella, me hacía sentir que era importante en su vida y que podíamos tener algo más profundo que una amistad. Me inundó la esperanza.

Cuando volvimos a casa, nos quedamos sentados en la terraza de la cocina a oscuras durante un buen rato. Mirábamos hacia la calle. Luk iba de uno a otro pidiendo mimos a mordiscos y lametones. Con lo precioso y cariñoso que era, podía hacer cualquier cosa con nosotros, y él lo sabía. No había otro lugar en el mundo en el que hubiera preferido estar que con ella en esa terraza. Lo único que necesitaba para sentirme pleno y feliz era su compañía y su bienestar. Ojalá pudiese vivir el resto de mi vida a su lado.

Capítulo 15

OLIVIA

—Deberías elaborar una lista con todas las cosas que quieres hacer —dijo de pronto Aren, rompiendo el silencio en el que llevábamos inmersos las últimas horas.

Levanté la cabeza del libro *Ciudad Medialuna* que estaba leyendo tumbada en el sofá de su oficina y la posé sobre él.

—¿Qué? —le pregunté, porque no lo había entendido.

—Digo que deberías elaborar una lista donde apuntar todas las cosas que quieres hacer para que no se te olvide ninguna y también para obligarte a hacerlo. Todo parece más a nuestro alcance cuando lo sacamos de dentro y lo convertimos en palpable. Ayer me dijiste que no sabías por dónde empezar; creo que eso te podría ayudar.

—No suena mal lo que propones —le dije, después de sopesarlo durante unos segundos.

—Cuando la hagas, prometo ayudarte a cumplir todas las cosas —me prometió, consiguiendo que la balanza se decantase todavía más a favor de llevarla a cabo.

—Eso me parece algo arriesgado —le contesté riendo.

Me gustaba mucho que quisiera ayudarme. Mucho mucho. Nos quedamos mirándonos durante unos segundos a los ojos, sonriendo, sin que ninguno de los dos dijese nada. Cuando el corazón se me empezó a acelerar y una especie de electricidad comenzó a recorrerme el cuerpo, aparté los ojos de él. Bajé la cabeza y miré el libro sin ver realmente lo que ponía, luchando contra el calor que sentía en las mejillas. Sabía que me estaba poniendo roja y quería evitarlo a toda costa. Era algo que me sucedía frecuentemente a su alrededor. Me obligué a concentrarme en la lectura y poco a poco empecé a relajarme, pero seguía sin poder quitarme de la cabeza lo que me había propuesto. Después de meditarlo durante un par de minutos, cogí la libreta que tenía a mi lado, me la puse sobre las piernas y pensé durante unos segundos con el boli agarrado con fuerza, frente a la hoja en blanco, luego escribí:

Lista de cosas que quiero hacer.

No era el título más original del mundo, pero era exactamente lo que quería que fuera.

—Voy a ello —le anuncié a Aren, levantando la vista de la libreta para mirarlo.

«Aprender a hacer pan», escribí sin dudar. Había visto a Aren hacerlo un montón de veces y parecía muy divertido. Además, siempre me había gustado cocinar, me resultaba muy relajante.

—Me gustaría que me enseñases a hacer pan —dije en alto.

Giró la cabeza y me miró lleno de sorpresa. Poco a poco, empezó a formarse una enorme sonrisa en su cara.

—Tú solo dime cuándo. Me encantaría —ofreció.

—Cuanto antes, mejor —respondí.

Ya que habíamos hablado de ello, me moría de ganas por aprender.

—¿Quieres que vayamos ahora? —propuso, haciéndome reír.

—¿Ahora?

—Sí —contestó, asintiendo con la cabeza.

—¿No tienes que escribir? —le pregunté—. No quiero que por mi culpa no te dé tiempo a llegar a la meta que tienes planificada para hoy.

A Aren le gustaba organizar las cosas y cumplir los objetivos. Se frustraba cuando no los alcanzaba. Era un hombre muy tenaz.

—¿Sabes qué? Hoy me voy a tomar el día libre de escribir —anunció, levantándose de la silla y acercándose al sofá donde yo estaba tumbada—. Voy a disfrutar de la vida —dijo, tendiéndome la mano para ayudarme a levantarme—. ¿Me acompañas?

Aquella era una propuesta que no podía rechazar. Hubiera ido al fin del mundo con Aren. Me retiré el ordenador de las piernas y no dudé ni un segundo en coger la mano que me había ofrecido.

AREN

Ver a Olivia en el obrador conmigo hacía que todo el cuerpo me hormiguease, lleno de emoción. No había nada que me gustase más en el mundo que compartir aficiones con ella. Que ella quisiera compartirlas conmigo.

Llevábamos un rato preparando los ingredientes. Cuando teníamos todo dispuesto sobre la mesa y hecho una montaña con la harina, se colocó delante de mí, muy cerca, para que pudiera enseñarle a amasar; el olor a flores de su pelo llenó mis fosas nasales. Tuve que cerrar los ojos para poder disfrutarlo. Me volvía loco tenerla tan cerca.

—Tienes que hacerlo así —le expliqué, inclinándome sobre ella para llegar a la masa que tenía delante.

Metí los dedos y empecé a amasar, haciendo los movimientos necesarios para que todos los ingredientes fuesen juntándose. No tardé en darme cuenta de que mi idea de ponerme cerca de ella era a la vez un placer y una tortura. Era embriagador, pero me hacía desear cosas que no podía darle. También me di cuenta de algo que no decían en las películas ni en los libros cuando narraban estas preciosas escenas: mi chica se estaba emocionando y estaba empezando a crecer entre mis piernas por tenerla tan cerca. Cada vez que nuestras manos se rozaban y su risa llegaba a mis oídos, me emocionaba aún más. No podía evitar excitarme teniéndola pegada, con el calor de su cuerpo entibiando el mío; pero no pensaba prescindir de esos momentos tan maravillosos a su lado, por lo que decidí retirar la cintura lejos de ella para que no pudiese descubrir el efecto que tenía en mí y se asustase, y me centré en disfrutar del momento.

OLIVIA

Estábamos hechos un desastre, pero había sido muy divertido. Que me enseñase a hacer pan resultó ser una gran decisión. Me gustaba disfrutar de mi tiempo junto a él. Estaba muy feliz porque parecía que él también se lo había pasado bien. Compartíamos muchos más gustos de los que nunca había pensado que se podía compartir con alguien.

Cuando terminamos, Aren se quitó el delantal y no pude evitar reparar en cómo se hinchaban sus músculos cada vez que se movía. Ahora que me había fijado, que todo ese enorme cuerpo había aparecido frente a mí, no era capaz de ver otra cosa. Era como cuando una verdad permanece oculta a tus ojos hasta que la descubres y luego ya no puedes ignorarla, solo que mucho más carnal. Se me escapó una carcajada cuando ese tonto pensamiento cruzó por mi cabeza.

—¿Estás bien? —preguntó, divertido, Aren, haciendo que me pusiera roja como un tomate.

Tuve el miedo injustificado de que fuese capaz de saber lo que estaba pensando.

—Todo perfecto —respondí, elevando un poco la voz y dejando claro de que no lo estaba.

No sabía lo que me pasaba, pero no podía dejar de reír. En general, no podía dejar de hacerlo cuando lo tenía cerca. Solo él conseguía pintarme una sonrisa perpetua en la cara.

—Estoy deseando probar mañana a ver qué tal han quedado las delicias que hemos preparado —me dijo bromeando.

—Si no fuera porque estabas conmigo, dudo que ninguna de ellas fuera comestible. Hornear pan es mucho más difícil de lo que parece —dije, haciéndole reír.

—Te las hubieras apañado, eres una manitas.

Me reí.

—No lo soy, me miras con demasiado buenos ojos.

Seguimos diciendo tonterías mientras terminábamos de recoger el obrador. Cuando finalizamos, apagamos la luz y salimos. Habíamos quedado en tomar un café tranquilos al acabar.

—¿Qué es lo siguiente de tu lista? —preguntó Aren cuando nos sentamos a disfrutar de nuestro café.

—Todavía no he escrito nada más —respondí, nerviosa.

Aren lanzó una carcajada.

—Reformularé la pregunta —dijo con una sonrisa traviesa—. ¿Qué es lo siguiente que quieres hacer?

Dudé durante unos segundos, no porque no lo supiera, sino porque estuve sopesando si me sentía preparada o no para hacerlo. Aren y yo nos miramos a los ojos durante unos segundos en silencio, justo hasta el momento exacto en el que encontré el valor para expresarlo en alto.

—Quedarme a tomar algo con vuestros amigos.

Aren esbozó una sonrisa gigantesca cuando lo dije. Me apoyaba de una manera tan fuerte que casi no me lo podía creer. Solo sabía que quería que no parase nunca.

—Mañana voy a llamarlos para ver si pueden venir mañana a la tarde —comentó con la sonrisa aún intacta.

Tragué saliva, nerviosa, pero me dije que tenía que lanzarme. Puede que nunca estuviese preparada del todo para afrontar las cosas, algunas veces habría que empezar aun con miedo.

—Está bien. Gracias, Aren.

—No hace falta que me agradezcas nada, Olivia. Es un placer estar contigo, poder ver cómo eres un poco más feliz cada día.

Juro que en ese momento el corazón se me paró, lleno de amor. Un amor tan profundo que dolía.



La tarde siguiente llegó más tarde de lo que me hubiera gustado. Estaba tan nerviosa esperando el momento de que llegasen los amigos de Aren que tenía que obligarme a no retorcer las manos todo el rato. No me ayudaba a relajarme el hecho de que no pudiese moverme del sitio en el que estábamos sentados, al menos, sin parecer una loca.

—Buenas tardes —dijo Manolo, cuando llegó a nuestro lado. Era un chico de gafas con aspecto de tener diez carreras universitarias.

Poco a poco, las cuatro personas a las que esperábamos fueron llegando y saludándonos. Aren me presentó a todos. Menos de una hora después, estaba relajada. Los chicos eran encantadores y, como todas las conversaciones giraban en torno a los libros, estaba completamente en mi salsa, con un montón de cosas que aportar. Sentí por primera vez que había conocido a la clase de gente que conectaba conmigo. Congeniaba mejor con ellos después de un pequeño rato que con cualquiera de los amigos de Marcos tras unos años. Al poco tiempo de estar todos juntos, la conversación empezó a enfocarse en la escritura, lo que hizo que la atención se centrara sobre Aren, que era el único que dedicaba su tiempo a eso de todos los presentes. Lena empezó a vacilarlo por lo cabezón que era poniéndose objetivos y cumpliéndolos. Todo lo que creaba siempre le parecía poco. Sus amigos también se unieron a las bromas.

—Si os parece que es testarudo, tendríais que verlo cuando casi se da cabezazos contra la mesa del despacho, pero aún sigue escribiendo. Es increíble —dije, divertida, dejándome llevar por el momento cómico que estábamos viviendo.

Cuando esas palabras salieron de mi boca, me callé al segundo, asustada por lo que acababa de decir. ¿Habría molestado a Aren?

Eché un vistazo hacia la derecha para tratar de leer en su cara lo que le habían parecido, pero estaba bromeando con su amigo sobre lo frustrado que se le veía a él cuando estaba en la carrera y no era capaz de aprenderse los tochos que tenía que estudiar. Me sentí algo aliviada de que no pareciese haberle dado importancia a mi broma, pero no conseguí relajarme del todo. Seguimos hablando durante un montón de horas más, incluso nos comimos entre todos lo que no habían vendido ese día, pero no volví a sentirme tan cómoda como al principio. Odié con todas mis fuerzas sentirme así.

Cuando los amigos de Aren y Lena se marcharon, hacía ya un par de horas que estaba cerrada la panadería. Aren los acompañó hasta la puerta para despedirse de ellos y yo me quedé colocando las sillas dadas la vuelta sobre la mesa para que Lena pudiese barrer el suelo y tener todo preparado para el día siguiente. Si los tres hacíamos un poco, acabaríamos antes. Mi ansiedad comenzó a crecer a medida que se acercaba el momento de que nos quedásemos a solas.

Detestaba sentirme como si hubiera hecho algo para ofender a Aren. La parte racional de mi persona sabía que no era así, que él tenía la suficiente autoestima y era lo suficientemente inteligente como para que una broma a su costa no hiciera más que divertirle. También sabía que cualquier persona normal no vería ni maldad ni molestia en mis palabras, pero la parte de mí a la que habían dañado tenía ese miedo tan arraigado en su interior que me costaba un esfuerzo tremendo desprenderme de esa sensación de peligro constante cuando me relacionaba con otras personas, cuando estaba cerca de un hombre. Era una parte de mí que quería sanar, que iba a conseguir sanar.

Cuando los escuché marcharse, cerré los ojos y los apreté durante unos segundos para tranquilizarme. Estaba exagerando, no pasaba nada, todo estaba bien. Me sorprendió cuando sentí que Aren se acercaba directamente a mí. Podía notar su presencia a mi espalda.

—Me muero de ganas por saber qué tal ha ido. ¿Has estado a gusto? —preguntó, colocándose frente a mí, con la mesa entre nosotros, mientras agarraba una silla para ayudarme a subirla.

Lo miré antes de responder, quería leer en su cara su estado de ánimo. Sin necesidad de que mis ojos se encontrasen con su sonrisa, sabía que estaba esbozando una, lo había notado en su voz. Mirarlo para asegurarme era una vieja costumbre que odiaba, pero era la única forma que había tenido de protegerme mientras me encontraba en un entorno hostil y tóxico.

—Mucho, son todos superagradables —respondí, esbozando una sonrisa, reflejo de la suya.

Aunque la mía era más de alivio que de esperanza.

—Y tú, ¿cómo has estado? —le pregunté para asegurarme de que todo andaba bien.

Muy a mi pesar, lo necesitaba escuchar de su boca. Sabía que llegaría el día en que no necesitase una confirmación. Estaba trabajando en ello, en fortalecer mi autoestima, en aprender las reglas reales del mundo y de las relaciones. Entendía que lo que había vivido con Marcos estaba completamente errado. Pero hoy no era ese día. No quería torturarme por ello. Iba a quererme y a valorarme, a darme los tiempos que fuesen necesarios siempre y cuando siguiese trabajando en ello.

—He estado de maravilla —respondió, esbozando una sonrisa preciosa—, y mucho más sabiendo que tú también. Eso es cuanto necesito —dijo, y la emoción me embargó hasta el punto de que la garganta se me cerró y tuve que contener las lágrimas—. Además, tengo claro que ellos han estado muy a gusto, hacía mucho tiempo que no se quedaban tanto rato —añadió como si no acabase de decirme unas palabras tan hermosas que todavía no había sido capaz de procesar.

Estaba acostumbrándome a que se preocupasen por mí, pero todavía no había sido capaz de interiorizarlo del todo. Es que encima las personas que me habían tocado eran increíbles. Dudaba de que se pudiese caer en mejores manos.

—No sabes lo mucho que significan estas experiencias para mí, Aren.

—Eres parte de nuestra familia ahora —dijo, y alargó la mano para poder posarla sobre la mía y darme un pequeño apretón—. Que sepas que estoy deseando repetir.

—Yo también —respondí, sintiendo cada una de las palabras—. Vamos a ayudar a Lena antes de que se dé cuenta de que estamos sin hacer nada y nos mate —le dije, porque necesitaba romper el momento demasiado intenso en el que nos habíamos sumido.

—Claro, vamos.

Capítulo 16

-PASADO-

OLIVIA

Ese día estaba muy contenta. Llevaba un tiempo queriendo dejar el trabajo limpiando platos en el restaurante. No era que lo odiase, pero no me hacía sentir satisfecha. Quería hacer algo diferente con mi vida, por mucho que Marcos siempre me dijese que tenía demasiados pájaros en la cabeza, demasiadas aspiraciones. Supuse que quería añadir «para lo poco que valía». Esa frase estaba implícita en sus palabras, aunque nunca lo hubiera dicho en alto. Pero sí que me observaba como si sintiese pena de mí. Odiaba que me mirase de esa manera. Odiaba muchas cosas.

Un día, mientras estaba mirando el periódico en un bar, aburrida, encontré el anuncio de un puesto para limpiar en una biblioteca. No sabría decir el motivo por el que me quedé mirándolo durante tanto tiempo, dudando de si era una pérdida de tiempo o no, pero esa decisión cambió el resto de mi vida. Por un lado, me apetecía muchísimo intentarlo; siempre me habían gustado las bibliotecas. Cuando era pequeña, me encantaba leer, evadirme a otros mundos en los que era feliz, salir de la realidad en la que vivía. Dejé la lectura a medida que me iba haciendo mayor y debía encargarme de demasiadas obligaciones en casa, ya que mis padres no las asumían, y tampoco tenía dinero como para poder permitírmelo. Por otro lado, me daba miedo solicitar ese empleo porque no quería fracasar; pero tampoco quería que el hecho de que no supiera hacer otra cosa que fregar platos se volviera real. Después de pensarlo durante mucho rato, me decidí a intentarlo. Tampoco había tanto que perder. Si nadie se enteraba, el golpe del rechazo no sería tan fuerte.

Al día siguiente, cuando me levanté, mientras Marcos no estaba, aproveché para llamar a la biblioteca y preguntar si seguían necesitando a alguien. No quería contárselo hasta que no supiera si existía una posibilidad o no de conseguir el trabajo, no me apetecía que estuviese machacándome durante meses o sacando el tema cada vez que pudiese en el caso de que no lo lograse. Me emocioné cuando, al responder al teléfono, me dijeron que el puesto todavía seguía vacante y que, además, tenían tiempo esa misma mañana para hacerme la entrevista.

Me vestí con mis mejores galas y fui emocionada a la cita. Cuando puse un pie dentro de la biblioteca, me sentí cómoda al instante. Me gustaba el sitio; era seguro, precioso, limpio y acogedor. Estaba lleno de silencio y tranquilidad. Era todo lo que necesitaba. Además, los libros me llamaban desde las estanterías. Fui hasta el mostrador para avisar de que había llegado con un nudo de nervios en el estómago. Me pasaron al despacho unos pocos minutos después.

La entrevista fue muy bien. La mujer que estaba al otro lado del escritorio era encantadora y por alguna especie de milagro yo también le gusté.

Media hora después, salía por la puerta de la biblioteca con una nueva profesión. Estaba tan feliz que apenas podía creérmelo. Tenía miedo de contarlo, por si se me escapaba de las manos. Pasé el resto del día como en una nube, emocionada. Comí y me marché a trabajar.

Esa noche, cuando salí del restaurante, Marcos estaba esperándome fuera como todos los días. Me subí al coche, me incliné para darle un beso y me até el cinturón. Nos saludamos, pero no nos

contamos nada. Llevábamos una temporada en la que no hablábamos mucho entre nosotros, las cosas estaban un poco incómodas. Yo no hacía más que molestarle. Sabía que esa noche no iba a ser diferente. No me preguntó si me apetecía ir al bar, lo dio por hecho y condujo hacia allí. Últimamente pasábamos todo el tiempo en aquel tugurio.

—He conseguido un nuevo trabajo —le dije, justo cuando aparcó fuera.

Necesitaba contárselo. Empezaba la semana siguiente, pero prefería hacerlo ahora que sabía que no querría montar un escándalo tan cerca de sus amigos.

—¿Qué? —preguntó él, girando la cabeza en mi dirección con rapidez, como si no se pudiese creer lo que acababa de escuchar—. ¿Qué dices de que tienes un trabajo nuevo? ¿Cuándo? ¿Cómo? —quiso saber, completamente desconcertado.

—Hoy he ido a hacer la entrevista —expliqué.

Marcos me miró apretando la mandíbula. Respiró fuerte, tanto que las aletas de la nariz se le hincharon y me hicieron temblar.

—¿Dónde la has hecho? —preguntó, conteniéndose para no explotar.

—En la biblioteca del barrio, me han contratado para limpiar.

Un golpe en el cristal, al lado de su cabeza, nos interrumpió. Di un respingo sobresaltada.

—Qué pasa, tío —dijo Marcos, levantando la mano para saludar a su amigo—. Luego hablamos cuando vayamos a casa —añadió más bajo para que solo yo pudiera oírlo. No le gustaba discutir delante de la gente y mucho menos si eran sus amigos.

Marcos se bajó del coche. Salí detrás de él y lo seguí.

A medida que la noche pasaba, Marcos se iba relajando, y yo con él. Sus amigos lo estaban distrayendo, no dejaban de hablar de coches. A él le encantaban, era su mayor pasión. Le gustaba conducir y, sobre todo, las carreras. Llevaban un rato vacilándose los unos a los otros cuando le tocó el turno a Marcos. Se estaban metiendo con él por lo mucho que adoraba su vehículo. Le estaban diciendo que era como su hijo. Me hizo gracia. Ese fue el motivo por el que se me ocurrió hablar.

—Marcos está enamorado de su coche —comenté riendo, siguiendo con las bromas que habían empezado sus colegas.

En el momento en el que esas palabras salieron de mi boca, supe que me había equivocado. Me fulminó con la mirada y me hizo temblar. Marcos siguió molesto durante el resto de la tarde. Ni sus amigos lograron que se animase. Eso solo hizo que la tensión que sentía dentro creciese. Estaba preocupada.

Cuando salimos del bar hacia el coche, empecé a ponerme nerviosa. Sabía que Marcos estaba enfadado, sabía que le había sentado mal lo que había dicho. Era tan sensible que siempre tenía miedo de dar un paso en falso y que se enfadase. Nos sentamos en el vehículo en silencio. Marcos arrancó el motor y empezó a conducir.

—¿Estás bien? —le pregunté, aun sabiendo que su respuesta iba a ser negativa.

Verlo estallar era mucho mejor que vivir en esa calma irreal en la que no sabía nunca cuándo iba a explotar. Si por lo menos yo provocaba que dijese algo, tenía una pequeña sensación de control.

—¡Cómo voy a estar bien! —gritó tan fuerte que me dejó asustada.

Esperaba una reacción de este tipo, pero no tan de golpe.

Dio un volantazo al coche y se metió en el arcén para apartarse de la carretera. Me encogí asustada en el asiento por la fuerza de su reacción.

—A ver, Olivia. ¿Cómo coño crees que voy a estar bien cuando mi novia se dedica a

vacilarme delante de mis amigos? Cuando consigue un trabajo sin consultarme —empezó a gritar y a acercarse mucho a mí, tanto que levanté las manos para cubrirme por instinto.

Me quedé callada, incapaz de reaccionar.

—Dime algo, joder —exclamó zarandeándome, lo que solo consiguió que me pusiera todavía más nerviosa, temblando acurrucada contra el asiento.

Sin previo aviso, Marcos se separó de mí y sacó el coche del arcén en el que lo había metido. Empecé a relajarme un poco cuando vi que me había dejado en paz, pero seguía teniendo el corazón desbocado y el miedo clavado en mí.

—Estoy hasta los cojones de que encima me hagas parecer a mí el malo —dijo en un tono duro después de un buen rato.

—Lo siento —le contesté por instinto.

Solo quería que parase. Que volviese a ser una persona normal como era la mayoría del tiempo. Solo quería dejar de tener miedo.

Capítulo 17

OLIVIA

Siempre había sabido que Aren era guapo. Quiero decir, lo había notado desde el primer momento. Nadie podría pasar por alto una belleza tan imponente como la suya. Con esa cara de ángulos cincelados, con esos preciosos y expresivos ojos azules, con esa mata de pelo negro y desordenado. Pero lo que no me había planteado hasta ese momento era que me gustaba. Sentía como si un buen día me hubiese levantado y hubiese empezado a apreciar su belleza, o por lo menos hubiese empezado a importarme que fuese guapo. Parecía que antes no había tenido la capacidad de apreciarlo. Pero todo había cambiado. Desde hacía unas semanas, cada vez que sonreía, me quedaba embobada mirándolo. Tenía algo mágico en la sonrisa, algo que hacía que el corazón se me calentase y el pulso se me acelerase.

Lo único que quería era dejar de pensar en Aren de esa forma para la que todavía no estaba preparada. Necesitaba centrarme y seguir avanzando en mi vida y en mi recuperación.

Llevaba un tiempo queriendo compartir con Lena y Aren que quería sacarme el carné de conducir, pero lo cierto era que tenía una especie de trauma con ello. Cada vez que lo había hablado en el pasado, había terminado teniendo una bronca.

Una parte de mí sabía que temer ahora por ello era una tontería. No me encontraba en la misma situación. Mi vida había cambiado de forma radical. Aren y Lena se preocupaban por mí, pero dándome mi espacio. Me apoyaban dejando que fuera yo la que tomaba las decisiones en mi vida, acompañándome sin guiarme. Gracias a su comportamiento, había descubierto lo que ya sospechaba de antes: que la gente te puede querer sin estar todo el día encima de ti. Que te pueden querer y seguir teniendo la libertad de ser tú misma. Que querer y preocuparse por alguien no es asfixiar.

Una parte de mí sabía que se iban a alegrar, pero otra parte, a la que me hubiera gustado poder acallar para siempre, tenía miedo. Tenía miedo de que todo lo que había vivido hasta ese momento no fuese más que un espejismo. Que toda la maravilla que se había construido a mi alrededor se derrumbase. Pero me di cuenta de que no quería seguir durante más tiempo con la incertidumbre. De que era el momento de ser valiente. De que estaba cambiando mi vida y cambiándome a mí misma desde que llegué aquí. De que estaba sanando mis heridas. No podía quedarme parada si de verdad quería lograrlo.

—Ya tengo escrito lo siguiente que quiero en mi lista —dije una noche, mientras estábamos tumbados los tres en el sofá de la sala, tapados bajo la manta viendo una película.

Lena, que estaba con la cabeza apoyada en mi hombro, pausó la televisión.

—¿Qué lista? —preguntó, llena de curiosidad, sentándose para poder verme mejor.

—Hace unas semanas estaba algo agobiada con la cantidad de cosas que quería hacer y que no sabía cómo poner en orden. Aquí tu hermano me propuso que hiciera una lista para aclararme —le conté sonriendo, había sido una idea maravillosa.

—¿Soy o no soy el mejor? —preguntó Aren, subiendo y bajando las cejas de forma divertida mientras nos miraba con falsa soberbia.

—Alguna cosa buena sí que tienes —le respondió su hermana, dándole un empujón cariñoso con la mano antes de girarse para mirarme—. Necesito saber qué hay en esa lista —dijo,

emocionada, dando palmaditas.

—Hasta ahora solo había escrito: uno, aprender a hacer pan —enumeré, levantando un dedo en alto—, y dos, atreverme a quedarme a tomar café con vuestros amigos —expliqué, poniéndome roja por la vergüenza. No parecían ideas demasiado importantes.

—¿Y qué has añadido? —preguntó Lena, llena de emoción, como si las cosas que había apuntado fueran maravillosas.

Su reacción me hizo sentir la suficiente seguridad como para seguir hablando.

—Que quiero sacarme el carné de conducir —dije, y no pude evitar contener el aliento a la espera de su reacción.

Aren fue el primero en contestar.

—Es una idea maravillosa. ¿Sabes toda la libertad que te da tenerlo? —preguntó, echándose hacia adelante en el sofá, lleno de interés y alegría.

Casi parecía como si fuese él quien iba a sacárselo.

—Hay una autoescuela muy buena en el pueblo. Si quieres, vamos mañana a preguntar cuando acabemos de trabajar —propuso Lena.

—Me encantaría —le respondí, sonriendo y conteniendo las lágrimas.

Todas y cada una de las veces en las que sentía que los ponía a prueba se comportaban de una manera maravillosa. Estaba feliz por haberlos conocido. Me encontraba en el camino de ser una mujer independiente, pero era un placer tenerlos cerca mientras lo alcanzaba.

AREN

Podía volverme adicto a ver a Olivia descalza, con los pies apoyados sobre el respaldo del sofá de mi despacho mientras escribía. O quizás ya lo fuese. Tenerla allí hacía que me sintiera pleno. Me encantaba verla concentrada, estudiando para la autoescuela. Era una persona muy determinada. No había desistido ni un solo día en su empeño por sacarse el carné desde que se había decidido. Me parecía que su actitud hacia la vida era digna de admiración. Sabía que sería capaz de conseguir cualquier cosa que se propusiese. Me había contagiado con su coraje y sus ganas de vivir. Estaba consiguiendo avanzar muchísimo en mi novela y, por primera vez en años, sentía que estaba conectando con la historia. Me gustaban los personajes y el mundo que había construido y me estaba divirtiendo mogollón en el proceso. Puede que gran parte de la culpa de esa emoción la tuviera el poder hablar con Olivia de cada tema con el que me atascaba, de cada escena que se me ocurría. Era algo mágico.

Había escrito más novelas antes, pero siempre había sido un trabajo muy solitario en el que millones de dudas me asaltaban a diario, prácticamente en todas las frases de la escritura. Tardaba meses en poder tener algo que enseñar a mi hermana, pero esta vez me había lanzado con Olivia y había sido todo un acierto.

Sin que pudiese evitarlo, mi mirada se deslizó de la pantalla, donde estaba escribiendo una escena de mucha tensión sexual entre los dos protagonistas, concretamente un casi beso, buscando la figura de Olivia. No es que necesitase mirarla para poder evocar dentro de mí los sentimientos que mi personaje estaría experimentando en ese momento. Me bastaba con pensar en tenerla cerca de mí, a un solo paso de distancia entre nuestros cuerpos, pero la miré porque me gustaba mucho más así. Me encantaba poder disfrutar de todo lo que me hacía sentir. Ese cosquilleo en el estómago, esa sensación de vértigo, ese anhelo, esas ganas, esa necesidad. Todo mi cuerpo se incendió observándola. Cuando comprendí que iba a morir de tanto desearla, aparté

la vista y me centré en la historia. Sí, tenía material más que suficiente para entender perfectamente a mi protagonista.



Poco más de un mes después, Olivia aprobó el examen teórico de conducir. A ninguno nos sorprendió que lo hiciera a la primera, había estado estudiando siempre que tenía un hueco libre, por lo que solo era cuestión de tiempo que lo consiguiese.

Estaba preparándome un café cuando entró a casa para contármelo.

—Aren —llamó, alterada.

Me di la vuelta asustado para observarla, tratando de ver si le pasaba algo. Cuando la miré estaba jadeando, tenía las manos apoyadas sobre las rodillas y respiraba fuerte, intentando recuperar el aire. Al segundo siguiente de verla estaba encima de ella.

—¿Estás bien? —le pregunté, agarrándola de los hombros para descubrir con el tacto qué le sucedía.

—He aprobado, Aren. He aprobado —me contó en tono bajo, casi como si no se lo pudiera creer, con la voz cargada de emoción, antes de abrazarme.

—No tenía ninguna duda de ello —le dije, estrechándola contra mi cuerpo, lleno de emoción.

Sentí que estaba llorando de alivio o emoción, no sabría decirlo. Por algún motivo, sacarse el carné de conducir era muy importante para ella, casi como si hubiese conseguido un nuevo hito en su vida. No pude evitar conmoverme por su reacción, por su forma tan bonita de ser. Si tuviera la opción de cambiar algo de ella, no tocaría ni una sola cosa. Era más que perfecta tal y como era.

La sostuve entre mis brazos todo el tiempo que lo necesitó mientras le acariciaba el pelo. Era muy suave y olía de maravilla. Estaba en el paraíso con ella tan cerca de mí. Minutos u horas después se separó un poco y me miró con los ojos llenos de lágrimas. Podía ver sus pestañas salpicadas de pequeñas gotas y sus mejillas sonrosadas.

—Estoy tan emocionada, Aren —expresó por fin, un poco más recuperada.

—Lo sé. Pero estaba claro que lo ibas a lograr. Eso y todo lo que te propongas —le dije, lleno de emoción, sintiendo cada una de las palabras.

Mi cuerpo estaba al límite, me sentía casi flotando de necesidad. La tenía tan cerca y tan emocionada que en lo único que podía pensar era en inclinarme y besar sus labios. ¿Se asustaría si lo hiciera? Probablemente. Sentía que cualquier distancia entre nosotros era demasiada. Necesitaba más contacto para poder expresar todo lo que la amaba y lo feliz que estaba por su nuevo logro. Uno de tantos que había conseguido. Uno de muchos que estaban por llegar.

—Gracias —dijo, antes de volver a enterrar la cara en mi pecho.

Tuve miedo de que notase lo rápido que me latía el corazón, pero no podía evitarlo. Tampoco es que quisiera esconder cuánto la amaba. Deseaba que ella lo supiera para que tomase la decisión de si quería estar conmigo cuando estuviese preparada. Pero hoy no era ese día. Tenía una idea para hacerla feliz y que no era tan peligrosa para mi cordura como la situación en la que nos encontrábamos.

—¿Sabes cómo deberíamos celebrarlo? —le pregunté, feliz, sabiendo que lo que estaba a

punto de decirle le encantaría.

—¿Cómo? —preguntó ella, apartando la cara de mi pecho para mirarme llena de curiosidad y emoción.

—Yendo a conducir —le respondí con una sonrisa.

Olivia abrió la boca con sorpresa, como si no se hubiera esperado esa respuesta.

—¿Lo dices de verdad? —preguntó, ilusionada.

—Claro —le respondí con una carcajada—, ¿te apetece que te imparta tu primera clase práctica? —le pregunté, divertido, subiendo y bajando las cejas.

Pero, cuando las palabras salieron de mi boca, me dio la sensación de que habían sonado mucho más sugerentes dichas en alto de lo que me había parecido en mi cabeza. Sentí que me estaba poniendo rojo. No recordaba que me hubiera sucedido ninguna vez. Cuando estaba a punto de empezar a sentirme martirizado, Olivia respondió:

—No hay nadie con quien quisiera hacerlo más que contigo.

Su respuesta me dejó sin habla y mucho más que emocionado. De hecho, había logrado que mi excitación, que hasta ese momento se había mantenido a raya aun teniéndola entre mis brazos, se disparase de golpe. Tuve que separar la parte inferior de mi cuerpo del suyo para que no viera lo mucho que me había emocionado. Me aclaré la garganta y la solté.

—¿Vamos? —le pregunté con la voz ligeramente ronca.

—¡Sí! —respondió, emocionada, dando un salto de alegría.

Antes de marcharnos de casa, nos tomamos un café. Le di a Olivia el que había preparado para mí e hice otro. Nos gustaba de la misma forma. Era otra de las muchas cosas que compartíamos.

Salimos de la cafetería y nos montamos en el coche. Ella iba prácticamente saltando de la emoción en el asiento. Fuimos hasta el polígono industrial en el que iba a enseñarle a conducir. Solo por ver el brillo y la emoción que había en su cara, iría cada día de mi vida. Todo merecía la pena por verla feliz.

—Estoy muy emocionada —dijo cuando se sentó detrás del volante—, aunque también estoy muerta de miedo. No es tan difícil, ¿verdad?

—No tenemos prisa y eres capaz de hacer esto y mucho más —le aseguré.

—Vale —respondió asintiendo con la cabeza, convenciéndose a sí misma de que podía con ese nuevo reto—. ¿Qué es lo primero que tengo que hacer, maestro? —preguntó de broma, arrancándome una carcajada.

—Eso es fácil —contesté con una sonrisa—. Arrancar el coche.

—No seas tonto —me dijo, poniendo los ojos en blanco mientras se reía.

—Venga, ahora en serio. Antes de arrancar, tienes que comprobar que la palanca de cambios esté en punto muerto para que el coche no pegue un tirón hacia adelante y se cale —expliqué.

—Eso no suena nada esperanzador, Aren —me reprochó.

—Es mucho más fácil de lo que crees. Aunque el coche se cale, no pasa nada, solo que da un pequeño tirón desagradable, pero no va a ningún lado.

—Ah, bueno, vale —dijo riendo—. Si solo es eso, no está tan mal.

—Mira, pon la mano sobre la palanca de cambios —le indiqué.

Ella lo hizo al segundo. Coloqué mi mano sobre la suya y la electricidad que hasta ese momento había estado cargando el ambiente, sobrevolando sobre nosotros, impactó de golpe contra nuestras palmas unidas.

No tenía muy claro que fuese a sobrevivir a más clases de conducción con ella. Puede que no consiguiese sobrevivir ni a la primera. Pero no me quejaba, sería una muerte dulce y feliz.

—Ahora, solo tienes que comprobar moviéndola hacia los lados que esté en el carril central —expliqué, haciendo el gesto junto con ella—. ¿Ves?

—Sí —respondió, emocionada.

—Vale, ahora que ya sabes que no hay ninguna marcha metida, pisa el embrague —le dije, señalando el pedal que era— y gira la llave.

—Puedo con esto —dijo, agarrando el volante antes de hacer lo que le había explicado, arrancándome una sonrisa.

—Sin ninguna duda.

—Gracias, Aren. Gracias por todo —me dijo cuando el coche cobró vida.

—Es un placer poder estar a tu lado mientras te conviertes en la mujer que quieres ser.

Sin previo aviso, Olivia se inclinó hacia la derecha y se colgó de mi cuello, abrazándome, haciendo que el resto del mundo dejase de existir. Todo lo que necesitaba estaba dentro de ese coche. Hundí la nariz en su pelo, respirando su maravilloso aroma a flores. Noté el corazón hinchado en el pecho. El cuerpo caliente. Me encontraba pleno y feliz. Si no me hubiese dado cuenta ya hace tiempo de que estaba enamorado de ella, la forma en la que me sentí al sujetarla entre mis brazos me habría hecho descubrirlo de golpe. La besé cerca de la comisura de la boca cuando nos separamos. Me hubiese gustado poder hacerlo sobre sus preciosos labios rojos, pero todavía no era el momento. Esperaría el tiempo que hiciera falta a que estuviera preparada.

Dedicamos el resto de la tarde a conducir a trompicones por el polígono industrial. No había mejor forma de pasar el día que estando a su lado.

Junio

Capítulo 18

OLIVIA

Fue curioso cómo, una vez que empecé a sanar por dentro, cuando empezaron a cicatrizar las heridas que tenía abiertas, que otras personas y yo misma me habíamos infligido, empecé a ser capaz de ver más allá de mí. Empecé a fijarme en los demás y en sus necesidades. Empecé a darme cuenta de lo que tenía a mi lado.

Por una parte, estaba Lena. Ella era graciosa, divertida y llena de vida; era una amiga excepcional con la que me divertía estar y con la que podía hablar de cualquier cosa siempre que no fuese demasiado profunda. No le gustaba mucho hablar de sí misma, esa era una línea que había trazado desde el principio. No me molestaba, era algo que hacía con todo el mundo. Incluso con su hermano, al que adoraba.

Y luego estaba Aren. Él era… Aren. Era todo lo que estaba bien en el mundo. Era un hombre tranquilo, divertido, inteligente. Un hombre al que podías contarle tus miedos, que siempre estaba dispuesto a ayudarte. Tenerlo cerca me hacía sentirme segura. Despertaba mi mente y mi cuerpo a partes iguales.

Aren era bueno con todo el mundo, aunque también era firme cuando tenía que serlo. Pero la cuestión era que notaba que conmigo tenía un trato especial. Si bien al resto de personas las trataba de manera amable, conmigo siempre iba un paso más allá. Se preocupaba por mí sin agobiarme, me apoyaba en todo lo que se me ocurría intentar, me hacía reír, me hacía esforzarme, lo hacía todo.

Me había enamorado de él.

Fue curioso cómo, desde el instante en que empecé a verlo a través de los ojos del amor, no fui capaz de volver a hacerlo desde la perspectiva anterior.

Estaba asustada.

Nos encontrábamos en la cocina preparando unos bocadillos para merendar cuando me di cuenta de que me había enamorado de él. Sucedió de la forma más tonta. Estaba sentada sobre la encimera, leyendo en voz alta el libro de una de las lecturas conjuntas que compartíamos en ese momento. La novela en cuestión era *El imperio final,* de Brandon Sanderson, uno de sus autores favoritos, y, en su caso, se trataba de una relectura. Iba por la tercera página cuando un movimiento extraño llamó mi atención. Levanté la vista del libro.

—¡Oye! —le dije cuando lo vi meterse una loncha de jamón york en la boca—. Se supone que estás haciendo los bocadillos, no comiéndotelos —lo acusé entre risas.

—Eso lo dices porque tienes envidia. Toma —dijo, y se dirigió hacia mí, loncha en mano.

Cuando estuvo justo delante, abrí las piernas por instinto para que pudiese acercarse más. Levantó la loncha y la llevó hasta mi boca. La abrí y me la comí con el corazón desbocado. Su presencia me había puesto nerviosa. Me quedé callada viendo cómo se alejaba de nuevo y seguía preparando los bocadillos. Lo observé, pero lo observé de verdad. Acababa de ducharse porque habíamos vuelto de correr y llevaba unos pantalones cortos negros de deporte; en la parte superior vestía una simple camiseta blanca que se pegaba a su pecho cuando se movía. Estaba descalzo y tenía el pelo ligeramente mojado.

Era impresionante.

Y a mí se me aceleró el corazón mirándolo, y me empecé a plantear lo que sentía por él. Esa necesidad de tenerlo cerca, esas ganas de hablar con él, esa risa tonta que me atacaba cuando estábamos juntos. Esa ansia, esas ganas de vivir que me despertaba. Entonces comprendí que lo que sentía por él no solo era amistad, que había más, mucho más. Que me había enamorado de su manera de ser hacía mucho tiempo, pero no estaba preparada para verlo. Ahora sí que podía, pero no me sentía lista para hacer nada al respecto.

—Olivia, eooo —llamó mi atención Aren, sonriendo mientras movía una mano frente a mí.

Comprendí que me había quedado ensimismada y que, seguramente, llevaba un tiempo llamándome.

—¿Qué? —pregunté, un poco agobiada porque lo que estaba sintiendo se viera de alguna manera reflejado en mi cara.

—Que si puedes seguir leyendo —pidió—. Me encanta la parte en la que nos hemos quedado —añadió con una sonrisa divertida—, aunque reconozco que me gusta el libro entero. No puedo ser neutral con Brandon.

—Sí, claro —respondí demasiado alto, aliviada porque no se hubiese dado cuenta de mi descubrimiento.

Continué leyendo en voz alta y traté de actuar como si nada hubiera cambiado, pero lo cierto era que lo había hecho. Mi percepción se había transformado y con ella, mi mundo.

Esa tarde, cuando me di cuenta de que lo que sentía era amor, me asusté. No estaba preparada para ello, aunque sabía que Aren no me haría daño. Él nunca haría nada que me hiciera sufrir. Nunca diría nada que me pudiese afectar. Con esa convicción anidada muy fuerte en el fondo de mi corazón, me relajé un poco. Luego comprendí que no todo dependía de la persona de la que te enamoraras, sino también de ti misma. Yo nunca volvería a permitirme estar en la misma situación en la que me había visto envuelta con Marcos. Cuando empecé con él, era joven e inexperta y me dejé atrapar por la tela de araña que había ido tejiendo a mi alrededor, a la vez que minaba mi ya de por sí pobre autoestima; pero ahora era una persona completamente diferente. No es que pudiese enfrentarme a un hombre como Marcos, era que había aprendido a detectarlos y no volvería a estar frente a uno. No me dejaría arrastrar por sus engaños. Prefería vivir el resto de mi vida sin poder disfrutar del amor a que existiese la más mínima posibilidad de volver a pasar por lo mismo. Sabía que Aren era diferente, lo sabía con cada célula de mi cuerpo, pero no estaba preparada para tener una relación, dejando aparte que Aren quisiera intentar nada conmigo. Pero sí que quería disfrutar de su compañía, de su calor, de su cariño; quería disfrutar de él, pero eso podía hacerlo siendo amigos. No hacía falta complicar las cosas, enredarlas.

Terminamos de merendar mientras comentábamos el libro. No es que ocurriese gran cosa, pero cada momento que pasaba a su lado me sentía tranquila, segura y, a la vez, estimulada.

Recogimos las migas de la mesa y nos marchamos como cada tarde al despacho de Aren. Estuve concentrada en el libro que estaba leyendo media hora como mucho; después, mis ojos se fueron una y otra vez a la ventana de la habitación. Eso cuando no se posaban sobre Aren. No podía dejar de mirar la calle porque hacía una preciosa tarde de verano y me apetecía salir, disfrutar del sol, de la luz, de la vida…

Me levanté del sofá de golpe. Aren desvió la mirada hacia mí cuando vio que me movía. Sus ojos, atentos a mis movimientos, clavados sobre mí, hicieron que el estómago comenzase a revolucionárseme. Me acerqué a su lado despacio, disfrutando del tacto del suelo de madera bajo mis pies descalzos. Cuando estuve cerca de su silla, se giró para que quedásemos el uno frente al otro. Los dedos de mis pies tocaron los suyos y sentí una descarga eléctrica que estuvo a punto

de quitarme el sentido. El brillo de sus ojos me hizo pensar que él también lo había notado. ¿Cómo podía un simple roce de piel tan inocente despertar todo mi cuerpo? La respuesta acudió a mi mente tan rápido como lo había hecho la pregunta: porque era él.

—Me apetece dar un paseo —comenté para romper la extraña tensión que se había formado entre nosotros—. ¿Te apuntas?

—Por supuesto—respondió, aclarándose la garganta. La voz le había salido rara, estrangulada.

Mi cuerpo se llenó de alegría, tensión y nervios. El ambiente dentro del despacho se había vuelto más espeso, me hacía tener ganas de acercarme todavía más a Aren. Inspiré hondo para calmarme.

—Me pongo unas zapatillas y nos vamos —le dije, dándome la vuelta para alejarme de la influencia de su cuerpo.

Me separé a grandes zancadas y me fui sin mirar atrás, no me sentía capaz de controlarme. Tenía miedo de que, si me dejaba llevar, terminara pasando los dedos por entre los mechones de su pelo tal y como me había imaginado cuando lo tenía cerca. Moví la cabeza hacia los lados para quitarme ese pensamiento que había hecho que las manos comenzasen a picarme, llenas de ganas. No era el momento para eso y puede que no lo fuese nunca.



Media hora después, salíamos por la puerta de la panadería con Luk saltando a nuestros pies, lleno de emoción. Aren me había propuesto ir a un lugar cerca del pueblo desde el que decía que había unas vistas increíbles que me iban a encantar. Nadie en su sano juicio se negaría a una propuesta así.

Cuando llegamos al coche, Aren me tendió las llaves para que fuese yo la que condujese. ¿Sería consciente de lo mucho que sus gestos me gustaban y me ayudaban a sanar? La confianza que tenía en mí hacía que sintiera que podía enfrentarme a cualquier cosa.

Entramos al coche, con Luk metido en la rejilla que Aren había comprado para que pudiese viajar seguro, y arranqué el motor. Agarré el volante con fuerza y me concentré con todas mis fuerzas. Todavía me costaba conducir, necesitaba tener todos los sentidos puestos en lo que estaba haciendo. Me hacían falta horas de vuelo para empezar a dominarlo.

Después de un rato, cuando ya habíamos salido del pueblo y había comenzado a relajarme —ya que la carretera era recta y no hacía falta que estuviera tan atenta—, Aren llamó mi atención. Su postura lo hizo, más bien. Lo captaba realizando movimientos extraños con la visión periférica.

—¿Tienes miedo de cómo conduzco? —le pregunté, divertida. Esa era la conclusión a la que había llegado tras examinarlo de reojo.

Aren movía mucho los brazos. Se agarraba a los lados, se pasaba la mano por la cara e incluso lo había visto mover el pie hacia adelante como si tratara de frenar.

—Un poco —respondió, y se me escapó una carcajada.

Me encantaba que fuese sincero. Esa era una de las cosas que más me gustaban de él, que se podía hablar de verdad, que no iba a decirte algo que no le parecía para engañarte, pero tampoco te lo iba a soltar de forma que te hiciera daño. La realidad era que conducía muy torpe. Era

consciente, pero también sabía que, si no practicaba, nunca iba a conseguir dominarlo.

—Te prometo que te voy a llevar sano y salvo —le aseguré.

—No tengo ninguna duda de ello, pero mi sentido de supervivencia no me permite estar cien por cien relajado —comentó, arrancándome otra carcajada.

—Me encanta que seas tan sincero —le comenté.

Aren giró la cabeza para mirarme y yo hice lo mismo. No sé lo que hubiera dicho si no llego a salirme ligeramente al arcén.

—Cuidado, Olivia —exclamó, haciendo que girase la cabeza, volviese a mirar al frente y recolocase el coche en el carril.

—Mejor voy a centrarme en la carretera hasta que lleguemos —dije, y no pude evitar que una risa divertida se escapase de mi pecho.

Aren me volvía loca.

AREN

Habíamos subido a lo alto de la colina. Las vistas desde el prado donde estábamos tumbados eran espectaculares, más hermosas de lo que nadie pudiera imaginar. Desde allí se podía ver el mar, azul y hermoso, brillando con el reflejo del sol. A nuestro alrededor había un centenar de diminutas margaritas y hierba verde. El lugar era como el paraíso, impresionante, pero yo solo tenía ojos para ella.

Olivia se levantó y la seguí con la mirada, deseoso de bañarme en su belleza. Estaba de pie frente a mí, jugando con Luk. El pequeño cachorro, que estaba creciendo una barbaridad, corría a sus pies y ladraba encantado mientras ella jugaba a lanzarle el palo. Era la mujer más hermosa que había visto en la vida. Su pelo tostado se escapaba de la coleta baja que llevaba, cayendo por su cara, salpicándola de reflejos dorados. Me moría por levantarme, agarrarla de la cintura y besarla hasta que ambos perdiésemos el sentido, hasta que no recordásemos ni siquiera nuestros nombres. Tenía el estómago lleno de nervios; el cuerpo, de deseo y tensión. Quería hacer algo, acariciarla, besarla, decirle cuánto la amaba, pero sabía que no podía. Sabía que la asustaría. Olivia eligió el momento en el que estaba luchando contra el anhelo para girar la cara y mirarme. Lucía una sonrisa enorme y deslumbrante de dientes perfectos. Se quedó paralizada mientras me observaba, no con miedo, sino con algún otro pensamiento. Supe, cuando vi su reacción, que mi cara debía de reflejar algo de mi lucha interna, de mi necesidad, porque apartó los ojos, ruborizándose. El estómago me dio una pirueta. La escruté para saber si se había asustado por la forma en la que la había estado mirando, pero, para mi alivio y alegría, no vi ni una gota de miedo. Si no era ella la que me frenaba, no tenía ni idea de durante cuánto tiempo más sería capaz de contenerme. La amaba. Si tenía la más mínima esperanza de que ella pudiera llegar a sentir una milésima parte de lo que yo sentía por ella, si ella quería tener una relación conmigo, me lanzaría de cabeza, sin miedo a que abajo del todo solo estuviera el suelo. Porque la quería y el riesgo merecía la pena.

Julio

Capítulo 19

OLIVIA

Estaba de vacaciones y era feliz. Aren y Lena se habían cogido tres días libres esa semana para que pudiéramos hacer algo especial. Habíamos planificado todo con mucha antelación. El viernes teníamos pensado pasar el día en la playa del pueblo. El sábado íbamos a ir al parque natural de Cabárceno, porque a mí me encantaban los animales; nunca lo había visitado y estaba muy cerca, más o menos a una media hora. Y el domingo íbamos a pasar el día descansando, algo que ellos no solían hacer a menudo y que les venía de maravilla.



Cuando por fin llegó el viernes, me puse el despertador muy pronto para sorprenderlos cocinando algo para llevar y que pudiésemos comer en la playa. Estaba empezando a pelar las patatas para hacer una tortilla cuando Aren entró a la cocina con cara de sueño, frotándose los ojos.

—Buenos días —saludó con voz soñolienta, que me hizo sonreír como una tonta.

Lo observé mientras se movía por la cocina haciendo un café para los dos. Ni siquiera me preguntó, lo hizo porque que le gustaba cuidarme, me había dado cuenta de ello hacía mucho tiempo.

Nos tomamos el café mientras él me ayudaba a hacer la tortilla. Para cuando Lena se levantó, ya teníamos todo organizado. Sacamos a Luk a pasear y nos marchamos a la playa.

Encontramos un sitio cerca de las rocas en el que no había demasiada gente. Cuando Aren se quitó la camiseta para disfrutar del sol, me quedé mirándolo con la boca abierta. Tenía los pectorales enormes, salpicados de vello, que solo le daban un toque más *sexy* y unos abdominales que parecía que alguien había esculpido a mano. La única palabra que me vino a la cabeza fue «perfección». Parecía un modelo sacado de una revista. Un millón de cuestiones se me pasaron por la mente en ese momento. La primera y más importante fue la siguiente: ¿cómo era posible que, después de tantos meses viviendo con él, nunca lo hubiera visto sin camiseta? La segunda fue: ¿cómo era posible que bajo la ropa hubiera semejante cuerpo y que no se le notase? Y la tercera y más importante: ¿cómo era posible que no fuese un idiota presumido con la figura que tenía? Nunca lo había visto hacer un comentario jactándose de ello.

Me obligué a apartar los ojos y a centrarme en otra cosa que no fuera él. Agradecería cualquier tipo de distracción. Paseé la vista por la playa y me di cuenta de que no era la única persona que se había dado cuenta de que teníamos a un dios griego desvistiéndose entre nosotros. Un montón de personas lo observaban siendo mucho menos discretas que yo.

—¿Me puedes echar crema en la espalda? —me preguntó, haciendo que mis pómulos se llenasen de calor. Agradecí que no me estuviera mirando para que no viera la cara que debía de estar poniendo en ese momento.

Iba a morir, estaba segura de ello. Pero no iba a perder la oportunidad de acariciarlo, ni

tampoco iba a negarle la ayuda que había pedido como si no lograse llenarme de deseo con su visión.

Le extendí la crema acariciando cada uno de los músculos de su espalda, cada subida y cada bajada, haciendo que, con solo ese gesto, me sintiese más excitada que en toda mi vida. Cuando me di cuenta de que estaba sobándolo en vez de dándole crema, aparté la mano, avergonzada.

Supe que iba a ser un día muy largo.



El sábado, los amigos de Aren y Lena vinieron a desayunar a la cafetería antes de que nos marchásemos a Cabárceno. Me gustó muchísimo llevar a Luk con nosotros. El día anterior no habíamos podido hacerlo, ya que en temporada alta estaba prohibida la entrada de perros en la playa.

Íbamos a ir hasta el parque natural en un par de coches. Cuando llegamos hasta donde estaba aparcado el de Aren, me tendió las llaves.

—¿Te apetece conducir? —me preguntó con una sonrisa preciosa.

—No, gracias —le respondí—. Prefiero que vayas tranquilo —bromeé, guiñándole un ojo.

Aren echó la cabeza hacia atrás y emitió una sonora carcajada que me llenó de felicidad.

—No me he quejado nunca —me dijo, levantando las manos y enseñándomelas en señal de inocencia.

—No hacía falta que lo hicieras, me daba cuenta yo sola por lo fuerte que te agarrabas del asidero del coche cuando te llevaba a algún sitio —le acusé con sorna.

—Es que eras un peligro —me dijo él, divertido, haciéndome reír—, pero la verdad es que ahora conduces muchísimo mejor —comentó, feliz.

—Y estoy orgullosa de haberlo sido —me jacté de broma—. Ya sabes lo que dice el refrán: la práctica hace al maestro —dije, moviendo las manos hacia los lados en el aire como si las letras estuvieran saliendo de ellas, y le guiñé un ojo antes de darle un golpe juguetón sobre el pecho, aunque, por algún extraño motivo, mi palma se quedó parada sobre su pectoral.

Tragué saliva cuando Aren elevó la suya y la colocó sobre la mía como si no quisiera que la retirase de allí. El corazón comenzó a latirme desbocado. Pum, pum, pum. El momento que hasta entonces había sido divertido se transformó en uno tenso en un segundo. Con el simple roce de nuestras pieles. Había esperado que mi gesto y broma hicieran reír a Aren, pero había sucedido todo lo contrario. Antes de que pudiera decir una sola palabra o que pudiera pensar acerca de lo que estaba pasando, alguien se aclaró la garganta cerca de nosotros, desviando de golpe nuestra atención.

—Siento interrumpir vuestro momento, chicos —dijo Manuel—. Pero el otro coche se ha ido hace unos minutos y lo mismo se están preguntando dónde estamos.

Me puse roja como un tomate. Me alejé de Aren sin volver a establecer contacto visual y fui a meterme en la fila de atrás. Quería hacerme invisible, pero, para cuando me fui a meter en el vehículo, el único asiento que quedaba libre en el coche era el del copiloto. Genial. ¿Se podía pasar más vergüenza?

Cuando me senté en el coche, mientras miraba hacia la carretera tratando de fijarme en el

paisaje para distraerme y no en el hombre que iba sentado a mi lado conduciendo, me di cuenta de que la tensión entre nosotros había ido creciendo durante todo el fin de semana de una manera increíble. Era incapaz de mirar a Aren a la cara sin que me saliese una sonrisa estúpida que no podía borrar. Cometí la equivocación de echarle un vistazo mientras conducía. Sus brazos morenos y sus grandes manos agarraban el volante con fuerza y seguridad, pero, a la vez, daba la sensación de que estaba relajado. Era imposible fijarse en sus antebrazos y no quedarse embobado con su vigor, con la forma en la que los músculos se le endurecían. Seguí subiendo la mirada desde sus brazos a su cuello, largo y fuerte, hasta que mis ojos se quedaron atascados en su boca, en sus labios rojos y perfectos, que eran el pecado. Nunca unos labios me habían parecido más sugerentes. Mientras lo observaba, empecé a sentir que me acaloraba y que las regiones íntimas de mi cuerpo se iban despertando. Cuando comprendí que lo que me pasaba era que me estaba excitando mirándole, aparté la vista de golpe. Oh, Dios. ¿Qué iba a hacer con esos sentimientos que Aren estaba despertando en mí? Comencé a mirar hacia la carretera sin poder centrarme en uno solo de los pensamientos que me pasaban por la cabeza. Estaba tan alterada que no era capaz de prestar atención a nada.

Por un lado, tenía miedo de lo que estaba sintiendo, no sabía si estaba preparada para abrirme a desear a nadie; y, por otro lado, me sentía tonta por no haberme dado cuenta antes de lo que Aren despertaba en mí. Era normal que estuviera colada por él teniendo en cuenta lo maravilloso que era en todos los aspectos. Que encima fuese tan guapo y *sexy* era la guinda perfecta para un ya de por sí increíble pastel.



Pasamos toda la mañana paseando por Cabárceno de una zona a otra viendo los diferentes animales. El parque era mágico, lleno de naturaleza y vida. Los sitios estaban tan lejos los unos de los otros que nos teníamos que desplazar en coche, pero era muy divertido. Aren conducía despacio y, al tener las ventanillas bajadas, casi daba la sensación de que íbamos caminando. Cuando llegamos a uno de los merenderos —en el que íbamos a comer todos juntos sentados en la hierba—, mis ojos se desviaron hacia una de las líneas de teleféricos que nos sobrevolaba. Llevaba llamándome la atención toda la mañana, pero, a la vez que me parecía maravillosa la idea de ver el parque desde el cielo, también me daba mucho miedo.

—¿Quieres que nos montemos? —preguntó Aren, sorprendiéndome al seguir mi línea de visión.

Algunas veces sentía que podía leer mis pensamientos. Eso no me asustaba; de hecho, me hacía sentirme muy bien y valiosa para él. Sopesé su pregunta.

—Sí —le respondí, pero no se perdió la duda en mi voz.

—Vamos, antes de que te arrepientas —me dijo, agarrándome de la mano y tirando de mí para ayudarme a levantarme del suelo.

Caminamos con nuestros dedos enlazados hasta el teleférico. No me resultó incómodo ni tenso hacerlo, lo sentí como algo natural. Un gesto que me encantaba y que me llenaba de valor. Pasamos por el torno y accedimos a la plataforma en la que se esperaba a que llegara tu compartimento. Tenía el estómago lleno de nervios. No sabía si había sido muy buena idea. La

cuadrilla anterior se subió a la cabina y, en ese momento, mirando más allá de la plataforma en la que estábamos subidos aguardando nuestro turno, sobre la llanura, se volvió demasiado real que íbamos a montar en uno de esos cacharros a metros de altura del suelo. Me removí nerviosa, bailando sobre mis propios pies.

—¿Necesitas que te distraiga? —ofreció Aren, susurrándome al oído.

—Necesito irme de aquí —le contesté; estaba bromeando, pero una pequeña parte de mí no lo hacía, deseaba salir corriendo de allí.

Me forcé a que una pequeña risa saliese de mi garganta. Traté de imaginarme subida al vagón pudiendo verlo todo. Traté de imaginarme disfrutando para darme la fuerza necesaria de vencer al miedo, pero aun así me costó quedarme allí de pie esperando el poco tiempo que tardaba en llegar el siguiente vagón. Había comprobado ya unas cuantas veces que el miedo nos impedía disfrutar y yo me había propuesto hacía meses que eso no me volvería a suceder. No quería vivir así, tenía que lanzarme.

Cuando llegó nuestro vagón, agarré la mano de Aren y, sin pararme a pensarlo, entré dentro. Agradecí que fuésemos los únicos en la cabina, no quería tener que compartir la experiencia con nadie desconocido. Que solo estuviésemos nosotros dos me hacía sentir más relajada y feliz.

—Esto es una pasada —dijo Aren, sentándose junto a mí.

—Lo es —respondí mientras miraba hacia los lados con un poco de preocupación, haciendo que Aren se riera.

El vagón, que había estado en movimiento desde el mismo momento en el que nos habíamos montado, cogió velocidad cuando salió del andén. Un segundo estábamos levitando a pocos centímetros del suelo y, al segundo siguiente, volábamos sobre el aire sujetos por una fina cuerda. Tenía que dejar de pensar así. Cuando la cabina se estabilizó, haciendo que me pareciese menos peligroso, empecé a relajarme un poco.

—Mira —dijo Aren, señalando el lateral izquierdo, con la voz cargada de ilusión.

Miré a donde me indicaba y me quedé maravillada. Bajo nosotros se extendía una zona preciosa llena de rocas, hierba y un lago. Junto a él había un montón de osos y oseznos jugando. Era una estampa preciosa, mágica de ver. Me relajé un poco más y empecé a disfrutar del viaje. Llegamos a la zona final del recorrido, lugar donde teníamos que dar la vuelta para regresar al andén, y comprendí, con un solo vistazo, que las cosas se iban a complicar. El camino de regreso era cuesta abajo. Me puse tensa esperando a que comenzásemos el descenso.

—¡AHH! —grité cuando la cabina se inclinó hacia adelante. La bajada no era lo mismo que la subida. La bajada daba un vértigo desorbitado—. Ahora sí que sería un buen momento para que me distrajeses —le pedí a Aren, pegándome a su cuerpo, casi subiéndome encima de él mientras lo agarraba del brazo.

Su risa llegó hasta mis oídos. Giré la cabeza para mirarlo y, cuando sus hermosos iris cargados de cariño se posaron sobre los míos, se me olvidó respirar, se me olvidó el miedo. Se me olvidó todo.

—Cierra los ojos —me pidió con la voz cargada de algo que no supe identificar, pero que hizo que el vello de los brazos se me pusiera de punta.

No le hice caso, no podía dejar de mirarlo. Me alegré de no haberlo hecho cuando vi cómo se empezaba a inclinar sobre mí. Cada vez más cerca, mis ojos se fueron hasta sus labios, que estaban entreabiertos y muy cerca de mí. Muy muy cerca. Tanto que casi podía saborear su gusto. Me incliné hacia adelante y recorrí los escasos centímetros que nos separaban. Fue como una explosión, como una descarga eléctrica que iluminó cada célula de mi cuerpo. Sus labios

firmes acariciaron los míos, haciendo que perdiese la noción del tiempo, haciendo que solo pudiese sentir. Me besó suave al principio, hasta que noté que su lengua se acercaba a mis labios y abrí la boca. Al contacto de nuestras lenguas sedosas se me escapó un ruido de placer y deseé más, mucho más. Me sentía mareada y muy necesitada. Tenía el estómago en un nudo de nervios que nada tenía que ver con lo que nos rodeaba y todo que ver con el hombre que me sujetaba contra su cuerpo y me estaba haciendo perder la cabeza.

Se separó de mí y me sorprendí. De golpe, regresé a la realidad. Acabábamos de entrar en el andén. Abrí la boca para comentar algo, pero la cerré de inmediato al darme cuenta de que no tenía ni idea de qué decir. Aren me había dejado sin palabras. Me dio la mano cuando llegamos a la plataforma. Nuestro viaje había acabado. Cuando bajamos del vagón, me temblaban las piernas, pero no por haber estado suspendida a metros del suelo sin nada que pudiera evitar que nos precipitásemos imparables contra él; me temblaba el cuerpo por el beso de Aren. Un beso que me había parecido eterno y a la vez no lo suficientemente largo. Ninguno de los dos dijo nada mientras caminábamos fuera de la cola habilitada para el teleférico. Mis pensamientos estaban todos demasiado agolpados en mi cabeza como para ser capaz de decir nada. Solo sabía una cosa: deseaba repetir ese beso.

—Quiero volver a montarme —dije de pronto, pero me di cuenta de que ya habíamos llegado junto a nuestros amigos.

Aren me miró con una sonrisa enorme en la cara, pero, antes de que pudiera abrir la boca para decir algo, su hermana se le adelantó.

—Ahora, voy yo con Olivia.

Vaya.

AREN

Me temblaba cada músculo del cuerpo. Todavía no tenía muy claro cómo me había atrevido a besarla. Bueno, eso no era verdad, lo había hecho porque el deseo que sentía por ella se estaba volviendo insoportable. Estaba enamorado hasta los huesos. No conocía a una mujer mejor, más valiente, más divertida, más guapa. Pero había sido un jodido error. ¿Cómo iba a sobrevivir ahora que había probado el sabor de sus labios? ¿Cómo iba a seguir levantándome cada día teniéndola a mi lado y sabiendo lo que se sentía sin poder repetirlo? Estaba tan cerca y, a la vez, tan lejos de mí. Y, sobre todo, ¿cómo pelotas iba a conseguir bajar esta pedazo de erección que me había provocado?

Girándome un poco para que nadie me viese, me llevé la mano a la entrepierna y me ajusté antes de seguirlos de camino hacia al coche.

Para poder montarnos en la otra línea de teleférico, teníamos que ir hasta la zona donde estaban los elefantes. Me monté en el asiento del copiloto y apenas escuché las alegres conversaciones que se sucedían a mi alrededor. Solo podía pensar una y otra vez en la suavidad de los labios de Olivia, en su sabor a caramelo de regaliz. Me di cuenta de que en los próximos veinte años no volvería a ser capaz de cerrar los ojos y no recordar ese beso. Ojalá que pronto estuviese preparada. Ojalá que cuando lo estuviera me quisiese. Desde luego, ella ya tenía mi corazón y mi cuerpo. Lo había tenido desde el principio.

Capítulo 20

OLIVIA

Tenía que dejar de pensar en el beso que me había dado Aren el día anterior y tenía que hacerlo ya. Además de eso, también tenía que dejar de pasear por mi habitación sin atreverme a salir y, sobre todo, dejar de hablar conmigo misma. Me detuve a mitad de un paso y me obligué a tomar aire para relajarme. Ya era hora de comportarme como la mujer adulta que era. ¿Qué más daba que el hombre más *sexy* y maravilloso del mundo me hubiera dado el mejor beso de mi vida? Maldije, era por esa clase de pensamientos por lo que estaba tan agobiada. Me estaba poniendo las expectativas demasiado altas. Tenía que tranquilizarme y poner el beso en el lugar que le correspondía. Solo había sido una distracción para que no me agobiase. Aren no lo había hecho porque tuviese ninguna intención de salir conmigo, ni tampoco creo que quisiera hacer papilla mi cuerpo y mandarme de golpe a la luna, pero había sucedido. Para que todo quedase olvidado, tenía que actuar con normalidad y no como una loca miedica. Y, para conseguirlo, debía salir de la habitación y volver junto a ellos.

Me armé de valor y abandoné el cuarto.

Supe que Aren y Lena estaban en la cocina antes de llegar allí, porque se escuchaban los ruidos del desayuno que estaban preparando y sus voces bajas.

—Hola —saludé entrando a la cocina, tratando sin conseguirlo que mi tono de voz sonase casual.

—Buenos días —respondieron los dos hermanos a la vez, haciendo que los tres nos riésemos.

Pero la tensión que sentía dentro de mí ni quisiera se diluyó un poco. Y todavía lo hizo menos cuando Aren se me quedó mirando con la cabeza girada mientras cocinaba algo en una sartén sobre el fuego.

—¿Te hemos despertado? —preguntó con una sonrisa de disculpa.

—¿Qué? No —respondí con la voz estrangulada. Dios, ¿por qué tenía que sonar como una loca?—. Llevo un rato despierta, pero he estado leyendo hasta que me ha entrado el hambre.

—A todos nos ha pasado lo mismo —comentó Lena riendo.

—Huele de maravilla —dije, poniéndome tensa a su lado.

Sentía el cuerpo rígido. Estaba actuando de una forma tan rara que Aren no dejaba de lanzarme miradas llenas de curiosidad, como si tratase de descubrir qué era lo que me sucedía, haciendo que mis nervios se multiplicasen. Estaba tan alterada que, mientras ayudaba a Lena a poner la mesa para comer las tortitas que estaba preparando, tiré sin querer un vaso de agua justo en el momento en el que Aren se acercaba, con tan mala suerte que mojé la parte delantera de su pantalón. Actué antes de pensar. Cogí una de las servilletas que estaban colocadas sobre la mesa y me lancé hacia la mancha de agua para secarla. Tardé unas décimas de segundo en comprender que el bulto que estaba tocando era su miembro. Estuve a punto de soltar la servilleta, sin embargo la separé con cuidado y se la tendí para que pudiese hacerlo él mismo.

—Toma —le dije, ofreciéndosela mientras mi cara se volvía del tono rojo más oscuro que una persona era capaz de tener.

Aren la cogió y comenzó a limpiarse mientras se moría de la risa y yo, de la vergüenza.

—No tiene gracia —le dije riendo un poco cuando sin querer me contagié.

—Sí la tiene, deberías haberte visto la cara —dijo entre carcajadas—, parecía que te querías morir cuando te has dado cuenta de lo que estabas haciendo.

Y así como así, de la forma más rara posible, fue como empecé a sentirme tranquila a su lado de nuevo. Él seguía pareciendo la misma persona de siempre y yo podía seguir viviendo con que fuéramos amigos. Además, tampoco era que estuviera preparada para otra cosa. Podía conformarme con ser su amiga siempre y cuando pudiese estar con él.

Después de ese momento en el que había pasado de querer esconderme en un agujero para que nadie me viese nunca a sentirme a gusto al lado de Aren, desayunamos todos juntos. Dedicamos la mañana a hacer limpieza y luego los tres, acompañados por Luk, fuimos a comer un bocadillo a la plaza del pueblo. Cuando terminamos, Lena propuso dar un paseo y comer un helado.

AREN

Recorrimos las calles del pueblo entre risas. Pasear con mi hermana, Olivia y Luk hacía que me sintiese de nuevo tan feliz y emocionado como cuando era un niño y pasaba los veranos disfrutando de jugar con mis amigos por esas mismas calles. Hacía que todo me pareciese emocionante y mucho más divertido de lo que recordaba que era. Tenía el estómago lleno de nervios y anticipación, pero eran unos nervios tan buenos que me hubiera gustado mantenerlos ahí atrapados para siempre. Sabía que la culpable de mi felicidad, de que hubiera empezado a ver la vida con más brillo, era Olivia. Solo esperaba haber conseguido pintar la suya con la mitad de los colores que ella había usado en la mía. Noté que Olivia y yo íbamos caminando muy cerca el uno del otro. Casi siempre nos pasaba eso cuando estábamos juntos, era como si tuviéramos una especie de imán que hacía que terminásemos rozándonos. Tenía que controlarme para no agarrar su mano cada vez que se tocaba con la mía por accidente. Siempre que eso sucedía, una descarga eléctrica me recorría el brazo por completo. Tenerla cerca me hacía sentir vivo.

Cuando llegamos al paseo de la playa, cogí una rama del suelo y se la tiré a Luk. Me encantaba verlo correr emocionado tras de ella, me encantaba verlo regresar una y otra vez para que se la volviese a lanzar siempre igual de ilusionado. Casi sin darnos cuenta, los tres empezamos a jugar con él y todo a nuestro alrededor se llenó de risas, carreras y diversión. Después de un rato, nos sentamos a los pies de la montaña que estaba al lado de la playa, mirando a la gente bañarse mientras hablábamos y comíamos un helado.

—Me parece que lo vamos a tener que llevar a casa en brazos —les comenté mientras observaba a Luk dormir sobre mi regazo.

Se había hecho una bola y estaba casi roncando. Se lo veía muy a gusto.

—No me puedo creer que hayamos cansado a un perro —dijo Lena riéndose.

—Es la cosa más adorable del mundo —añadió Olivia, alargando la mano que tenía libre y acariciando el lomo de Luk.

Contuve el aliento, estaba demasiado cerca de mi cuerpo como para que pudiese mantenerme tranquilo.

—¿Tienes ganas de empezar el curso? —le pregunté a Olivia para distraerme.

Llevaba días queriendo comentárselo. No lo había hecho antes para no ponerla nerviosa, pero la realidad era que cada vez quedaba menos tiempo y quería que supiese que, si lo necesitaba, podía hablar conmigo.

—Tengo una mezcla de miedo y ganas —respondió con una sonrisa preciosa.

—Esa es la mejor combinación de sentimientos para hacer cualquier cosa —le dije, porque era

cierto.

—Coincido. Me parece una maravilla que vayas a retomar los estudios —dijo Lena, apoyando la cabeza sobre el hombro de Olivia.

Las observé durante un rato en silencio, deleitándome en lo maravillosa que era su relación. Me encantaba que se llevasen bien. Ellas dos junto a Luk eran lo que más quería en el mundo. Lo eran todo para mí. No podía ser más afortunado de tenerlas en mi vida.

Septiembre

Capítulo 21

OLIVIA

La vida me parecía tan buena, tan sencilla y relajada, que apenas me podía creer que fuese real. No tenía que preocuparme por que nadie me tratase mal, no tenía que estar todo el día en tensión; solo tenía que esforzarme al máximo y los resultados y las mejoras iban llegando. No me parecía que fuese la misma vida. Todo a mi alrededor había cambiado, y yo con ello. O puede que fuese al revés, que todo hubiera cambiado porque yo lo había hecho antes.



Era mi primer día de clase y estaba muy alterada. Tenía el estómago lleno de nudos. No era tan bonito como cuando tenía cerca a Aren y lo invadían las mariposas, no. Esto era completamente diferente, estos eran nervios malos.

El día había empezado como siempre: me había levantado y había desayunado en el obrador junto a Aren antes de ir a trabajar. A la vuelta habíamos comido juntos, echado una siesta e ido a correr. Después me había tumbado en el despacho a leer mientras Aren escribía con Luk sobre mis piernas. Había estado en el paraíso, pero mi nivel de tensión había ido de mal en peor.

—¿Estás bien? —preguntó de pronto Aren, sacándome de mis pensamientos.

Dudé durante unos segundos sobre qué responder, pero enseguida me di cuenta de que quería ser sincera. Le había contado cosas mucho peores y seguía aquí, a mi lado. Que tuviera preocupación por ir a clases no iba a asustarlo.

—La verdad es que estoy muy nerviosa por empezar hoy el curso. No sé qué me voy a encontrar, no sé si voy a estar a gusto —dije, siendo del todo honesta.

—Normal, yo me sentiría igual —respondió Aren, sorprendiéndome. Me gustó que no tratase de endulzar la situación, me gustó que comprendiese a la perfección cómo me sentía y que no le restase valor—. Pero estoy seguro de que podemos hacer algo para que esos nervios sean más llevaderos.

«Podrías volver a besarme», pensé, pero por supuesto no lo dije en alto. Si lo hiciera, tenía claro que cualquier otro pensamiento que tuviera en la cabeza que no fuera relacionado con Aren se esfumaría al segundo siguiente en el que nuestros labios se rozasen. Pero también sabía que eso no iba a suceder.

—¿Qué propones? —le pregunté, por el contrario.

—¿Te apetece que Luk y yo te acompañemos hasta allí cuando terminemos de cenar? —preguntó Aren con mucha delicadeza, dejando claro con sus palabras que era un ofrecimiento que yo tenía que decidir si aceptaba o no.

Había elegido el turno de noche para estudiar, porque no quería prescindir del tiempo que pasaba con Aren y Lena por las tardes. Solo tenía clases un par de horas al día. De esta forma, también podía aprovechar para estudiar.

Después de cenar me acompañaron hasta el colegio, tal y como me habían prometido. Me

sentí mucho más tranquila con ellos a mi lado. Luk me distraía jugando y con su felicidad, y Aren me hacía sentirme segura y arropada con su presencia. Cuando nos paramos delante de las puertas del instituto, me pareció mucho menos intimidante. Me despedí de ellos y entré emocionada, sabiendo que con ese gesto me acercaba un poco más a la persona que quería llegar a ser.

AREN

«Solo por ver esa cara de felicidad, cualquier cosa que tuviera que hacer merecería la pena», pensé cuando Olivia me miró con los ojos llenos de alegría. Con una sonrisa cálida, agradecida y confiada. Que me mirase así me hacía sentir importante para ella. Me hacía sentir que era un apoyo y no había nada que desease más en el mundo.

Observé la espalda de Olivia mientras se perdía en el interior del edificio, sintiendo una mezcla de orgullo y nervios. Sabía que todo iría bien, pero era incapaz de deshacerme de la preocupación por completo. Suponía que estaba intranquilo por no poder estar a su lado en esa nueva vivencia, pero ella tenía que encontrar su propia personalidad, sus propios amigos, sus propios gustos y baches, al igual que yo lo había hecho. Se merecía ser dueña de su vida y esta decisión de estudiar era un paso gigantesco para conseguirlo. Se merecía tener su propia identidad. El muy cabrón, al que no pensaba siquiera nombrar, la había tenido bajo su yugo durante tanto tiempo que le había impedido florecer como persona.

Luk ladró a mi lado mirando hacia el edificio, sacándome de la línea de pensamiento en la que me había sumido.

—Lo sé, chico —le dije, acariciándole la cabeza—. Yo también la quiero, pero no te preocupes porque va a estar bien. Antes de que nos demos cuenta, estará de vuelta con nosotros.

Dicho eso, me di la vuelta y regresé a casa, lleno de emoción y amor.

OLIVIA

Era feliz. Era feliz a pesar de que apenas tenía tiempo libre entre semana. A pesar de que me pasaba las horas entre libros de texto; a pesar de que mis días se habían llenado de trabajo, ejercicio y estudio. Era feliz porque por primera vez estaba haciendo lo que quería. Era dueña de mis decisiones. Había tomado las riendas de mi vida. No había sensación más satisfactoria en el mundo. Sentirme así hacía que pudiera con el cansancio, con las dudas, con el miedo; hacía que pudiese con todo. No había mejor sensación que la de mirarse en el espejo y saber que estás siendo fiel a ti mismo. Que estás trabajando en amarte y en crecer. Que te estás enfocando en lo que quieres y que, pese a que hay muchas personas a tu lado que te han apoyado, a la que más tienes que agradecer el lugar en el que te encuentras es a ti mismo. No hay nada más importante que respetarse, amarse y cuidarse.

Los días se sucedieron casi sin que me diera cuenta. Empecé a quedar algunas tardes con unas amigas que había conocido en el instituto. Eran un par de chicas con las que había congeniado casi desde el primer día. Se llamaban Alba y Laura. Las dos tenían unos cuantos años más que yo y también habían retomado los estudios; una, después de ser madre y la otra, tras romper una relación tóxica. Parecía que muchas nos dábamos cuenta de todo lo que queríamos hacer con nuestras vidas cuando nos deshacíamos de la gente que teníamos a nuestro lado o, en el caso de Alba, después de traer al mundo a una pequeña personita que te hacía querer ser mejor.

Esa tarde había quedado en el parque con ambas para hablar un rato mientras la hija de Alba

jugaba en los columpios. Casi sin ser consciente de lo que hacía, le había propuesto a Aren que me acompañase. Una parte enorme de mí quería que conociese a mis nuevas amigas. Y, a pesar de la emoción de que mis dos realidades se juntasen, estaba nerviosa. Me daba miedo que las criticase o no le gustasen. Era estúpido sentirme así, lo sabía, pero era incapaz de quitarme el miedo de encima. Todo lo que había vivido con Marcos me había dejado huella.

Después de una tarde en la que Aren no solo fue encantador con las dos, sino también con la niña —a la que se dedicó a entretener para que nosotras pudiéramos sentarnos a tomar un café tranquilas en la terraza de un bar mientras los veíamos jugar—, mis amigas comentaron lo maravilloso que era y, cuando me preguntaron si estábamos juntos, me di cuenta de que me hubiera gustado decir que sí. Me sorprendió percatarme de ello, de que no tenía casi miedo. Ese fue el día en el que comprendí que estaba preparada para una relación, o por lo menos muy cerca de estarlo. Ahora, solo me quedaba que Aren quisiera lo mismo que yo.

Cuando caminamos hacia casa después de pasar la tarde con mis amigas, Aren me dijo lo bien que le habían caído y también me habló acerca de lo mucho que le gustaban los niños. Me encantó descubrir esa nueva faceta de él.

Así como así, uno de mis mayores miedos, el de que no aceptase a la gente que estaba a mi alrededor, se esfumó. Aren se dedicaba a tirar todas y cada una de las barreras que rodeaban mi corazón.

No es que no lo hubiera sospechado ya, pero ese día antes de dormirme me reconocí a mí misma que estaba loca e irremediablemente enamorada de Aren.

Capítulo 22

-PASADO-

OLIVIA

Cuando empecé a trabajar en la biblioteca, no imaginé que mi vida pudiera cambiar tanto. Me sentía feliz, esperanzada. Parecía que el mundo de repente se había hecho más grande. Como si un millón de cosas hubieran aparecido de la nada y me hubieran demostrado que había mucho más ahí fuera de lo que pensaba. Que el propio mundo era millones de veces más grande. Después de haberme dado cuenta de ello, era incapaz de volver a mi estado anterior. Había cambiado, estaba cambiando cada día.

Empezó de forma sencilla. Una tarde, mientras limpiaba, el segundo libro de la saga de Harry Potter, *Harry Potter y la cámara secreta,* estaba dejado de cualquier manera sobre una mesa del fondo de la biblioteca. Lo cogí para devolverlo a su sitio y me quedé mirándolo, tenía muy buena pinta. Siempre me había gustado mucho la magia y había escuchado hablar muy bien de él. Me dirigí a la estantería a colocarlo y, cuando lo dejé, cogí la primera parte para leerlo. Ese fue el primer libro prestado que saqué de la biblioteca. Empecé a leerlo cuando llegué al bar junto a Marcos y, esa misma noche, de madrugada, lo terminé. Me fascinó. Al día siguiente lo devolví, cogí el segundo libro y también me lo leí en menos de veinticuatro horas. Había encontrado la ventana a un mundo en el que era feliz. Dos semanas más tarde había devorado todos los libros de la saga, no hacía otra cosa con mi tiempo libre. Había crecido, reído, llorado y luchado junto a Harry. Estaba obsesionada con su mundo, me encantaba, así que empecé a buscar en los ordenadores de la biblioteca más información. Navegando, descubrí muchas cosas, incluso un club que estaba organizando una relectura de la saga al completo. Miré el calendario que proponían y vi que, al ritmo al que había leído los libros la vez anterior, me daba tiempo más que de sobra a volver a leerlos para poder comentar con ellos. Dudé durante unos días sobre si apuntarme o no. Me ponía nerviosa hacer o decir algo que no estuviera bien, pero también me moría de ganas por poder compartir con otras personas lo mucho que amaba esos libros.

Fue una de las mejores decisiones que había tomado en la vida. Estuve muy a gusto comentando las novelas con ellos. Se trataba de unas personas realmente agradables con las que era muy fácil estar. Había un par de hermanos con los que me llevaba mucho mejor que con el resto, pero todos me parecían increíbles. A esa saga le siguieron un montón de libros más y, cuanto más leía y más comentaba con mis amigos, más grande se iba haciendo el agujero por el que miraba el mundo y menos me gustaba lo que tenía alrededor.



Tiempo después, una tarde, mientras estaba limpiando el mostrador donde recogían los libros, escuché a dos personas hablando cerca de una estantería y desvié la mirada de golpe. Era muy

extraño que alguien hiciese ruido en la biblioteca. Me tensé cuando descubrí que eran mi compañera Vanesa y su exnovio. Me dio la sensación de que estaban discutiendo y empecé a ponerme nerviosa. Quería acercarme, no me parecía bien dejarla sola por si estaba en apuros, pero a la vez era incapaz de moverme del sitio. Dudé durante unos segundos. Cuando vi que la directora de la biblioteca se dirigía hacia ellos, me sentí aliviada. Dejaron de hablar en cuanto la vieron y el chico se marchó, lo que hizo que me relajase un poco más. Quería hablar con Vanesa para asegurarme de que estaba bien, pero esperé hasta que la directora se alejara de ella para acercarme.

—Vanesa, ¿estás bien? —le pregunté, agobiada por la situación.

Ella se quedó mirando al lugar vacío por el que se había ido su exnovio sin decir una sola palabra. Le costó un rato volver a reaccionar.

—Sí, tranquila. No es nada. Solo que estoy sorprendida. La verdad es que está llevando la ruptura peor de lo que pensaba, teniendo en cuenta que cuando estábamos juntos nunca me hacía caso. Después de lo que me hizo, no pensaba ni que se fuera a enterar —comentó, emitiendo una carcajada seca sin gota de humor.

—No merece la pena que te quedes preocupada, ¿o es que te está molestando? —le pregunté para saber si necesitaba que la ayudase.

—Gracias, Olivia —respondió, apretándome la mano con una sonrisa sincera—. Pero no lo necesito. Lo que sí que me gustaría es pasar más tiempo contigo. ¿Por qué no vamos a tomar un café mañana después del trabajo y hablamos tranquilas?

No esperaba que me hiciese esa proposición y me quedé paralizada. Por un lado, me apetecía tener una amiga, una con la que pudiera estar cara a cara; pero, por el otro, no tenía muy claro lo que pensaría Marcos.

—Podría estar bien —respondí, inquieta—. Mañana te digo si tengo tiempo, es que no sé si me va a surgir algún plan —me excusé, sin atreverme a comprometerme.

Ella me miró con los ojos entrecerrados durante unos segundos, como si mis palabras le hicieran desconfiar; le sonreí para quitarle importancia al momento, aunque me estaba poniendo nerviosa su escrutinio.

—Claro, mañana me dices —dijo al fin, devolviéndome la sonrisa.

Después de esa conversación, volví al trabajo. El resto de la jornada se me pasó volando. Para cuando me quise dar cuenta, era la hora de salir.

Al igual que todos los días, Marcos me estaba esperando fuera. Cuando llegamos a casa, después de estar en el bar con sus amigos un rato, me puse a hacer la cena. Al terminar de cocinar, fui a buscarlo para que se sentara a la mesa. Había hecho un puré de verdura y unos filetes rebozados. Comimos en silencio hasta que él empezó a hablarme de cómo le había ido el día. Parecía bastante animado, lo que me sorprendió. No era habitual que estuviese de ese humor. Decidí que era el mejor momento para comentarle lo que me había propuesto mi compañera.

—Esta tarde Vanesa me ha preguntado si quería ir a tomar café con ella mañana después del trabajo —le comenté a Marcos.

Llevaba toda la tarde pensando en ello sin saber muy bien qué hacer. Me apetecía ir, pero no sabía lo que le iba a parecer a Marcos. Y, si tenía algo claro, era que no quería discutir con él.

—Vanesa —repitió como si estuviera pensando sobre quién le hablaba—, ¿esa es la chica que acaba de dejarlo con su novio? —preguntó, entrecerrando los ojos como si me estuviese analizando.

—Sí, es ella —le respondí.

—No me gusta nada —dijo, mirándome con desaprobación—. Me parece que es muy «sueltita» —pronunció la palabra con asco y desprecio—. El otro día, mientras te esperaba, la vi irse con un chico nuevo. Iban agarrados de la mano —añadió cuando se dio cuenta de que su afirmación no me había escandalizado.

—Su anterior novio le fue infiel repetidas veces —la defendí. Pensaba que ya se lo había contado a Marcos.

—A saber lo que le había hecho ella primero.

—No le había hecho nada. Era él el que llevaba saliendo con otra desde hacía más de medio año —le expliqué para que entendiera la situación.

—Mucho la defiendes tú. ¿Qué pasa, que quieres ser como ella? ¿Ir de flor en flor?

—Pero eso no es lo que hace —repetí para hacerle entender, pero cerré la boca de golpe cuando vi que se estaba empezando a enfadar.

—A mí me parece que cualquiera que ande con esa es una guarra igual que ella. Es lo que va a pensar todo el mundo —dijo, apretando los dientes muy enfadado, mirándome con furia, haciendo que sintiera miedo de seguir molestándolo.

Cuando Marcos me dijo eso, me quedé callada. Sus palabras me dolieron. Vanesa no se merecía que hablase de ella de esa forma, pero no podía hacer nada para hacerle entrar en razón. No merecía la pena discutir con él, no iba a conseguir que cambiara de opinión y, si le molestaba demasiado, me haría la vida muy difícil. Se pasaría el día encima de mí, vigilando cada uno de mis movimientos. No podía perder la poca libertad que tenía. Me gustaba estar tranquila e ir y venir de la biblioteca para usar el ordenador y coger libros mientras él trabajaba y nuestros turnos no coincidían. Prefería mantener un perfil bajo y poder tener mis libros y mi momento de calma. No quería que por nada del mundo descubriese el grupo de amigos que había hecho con las lecturas conjuntas. Aquel era mi mundo aparte de la realidad. Mi sitio de esperanza, un lugar en el que podía ser otra persona, un lugar en el que conectaba con la gente y podía hablar de lo que me gustaba. No quería que Marcos supiese de su existencia. No quería que lo ensuciase con su presencia. No quería ni que se riese de él ni que me pusiera las cosas difíciles en el caso de que no lo aprobase. Y con Marcos nunca se podía saber cómo iba a reaccionar.

Ese día me callé sabiendo que en mi vida había comenzado a brillar una llama de esperanza. Una llama que me hacía pensar que el mundo era un lugar mucho más bonito de lo que yo conocía.

Empecé a distanciarme de Vanesa, no quería que nada pusiera en peligro la felicidad que había encontrado. Me sentía mal, pero era lo único que podía hacer para sobrevivir.

Octubre

Capítulo 23

OLIVIA

Esa tarde, mis compañeros de clase y yo habíamos quedado en la cafetería para hacer un trabajo juntos. Aren me dijo que si queríamos intimidad y tranquilidad podíamos hacerlo en casa, pero lo había rechazado; no quería que hubiera tanta gente en nuestro espacio personal. Así que decidí que el mejor lugar para reunirnos sería la panadería. Aren nos había reservado una mesa grande al final del local donde íbamos a estar muy tranquilos. Lena y yo habíamos preparado la mesa durante la tarde con todo lo que íbamos a necesitar y unos cuantos dulces para picar.

Esperé inquieta hasta que mis compañeros empezaron a llegar. La primera en hacerlo fue Andrea, una chica con la que había congeniado muy pronto y fácil. Con su presencia empecé a relajarme, todo iba a salir bien. Ellos querían estar conmigo, me conocían y no había nada de malo. Después llegaron Marta e Irene, que comentaron lo mucho que les gustaba la panadería y que solían ir muchas veces. Saber eso me hizo ilusión. Después de tanto tiempo, sentía el lugar como algo propio. La verdad era que Aren y Lena tenían un negocio precioso y trabajaban muy duro para que todo estuviese perfecto. Antes de que llegase Pedro, que era el último que faltaba, Aren se acercó hasta nuestra mesa para preguntarnos qué queríamos tomar. Todas pedimos un café con leche, lo que nos hizo reír por la coincidencia; me encantaba el ambiente tan agradable y de colaboración que había en el grupo.

—¿Te apetece sentarte con nosotros a merendar? —le pregunté a Aren cuando se acercó a la mesa con nuestras bebidas.

Deseaba muchísimo que lo hiciera. Quería compartir esa nueva faceta de mi vida también con él. La mayoría de los compañeros me caía bien, aunque ninguno era todavía amigo íntimo.

—Claro, me encantaría —respondió Aren, con los ojos brillantes de emoción—. Voy a por un café para mí y vuelvo.

Con su reacción, no me quedó ninguna duda de que a él también le apetecía compartirlo conmigo. Mientras se alejaba, miré su espalda con una enorme sonrisa dibujada en la cara. Justo cuando Aren regresaba con su café, apareció Pedro. Tenía la cara roja, como si hubiera ido hasta allí corriendo.

—Lo siento, chicas —se disculpó, agarrando una silla libre y moviéndola hasta colocarla justo a mi lado—. He tenido que pasar por casa de mi abuela antes de venir y casi no me puedo marchar —dijo, lanzándome una sonrisa.

—Tranquilo, acabamos de pedir hace poco —le dije—. ¿Quieres tomar algo? —le pregunté.

—Sí, un cortado estaría genial —contestó.

—Te traigo uno —ofrecí. Aren se acababa de sentar y no quería que tuviera que levantarse de nuevo, me gustaba que estuviera allí con nosotros.

—Voy yo, tranquila —se ofreció.

—No, gracias —me negué, levantándome y apretándole la mano mientras le sonreía—. No te levantes.

—Hola, me llamo Pedro, no sé quién eres —escuché que le decía a Aren mientras me alejaba de la mesa.

Me fui tranquila porque sabía que él estaría bien y que no tardaría mucho en regresar.

A la vuelta dejé el café de Pedro frente a él y escuché la conversación para poder reengancharme. Quería disfrutar del momento.

—Estás muy guapa hoy —me dijo Pedro unos segundos después, en un tono más bajo, sacándome de golpe de la conversación.

Sentí cómo los pómulos se me calentaban por la vergüenza. Me removí incómoda en la silla.

—Gracias —le respondí por cortesía, pero sin querer hacerle mucho caso.

No quería esa clase de atenciones de él, pero tampoco quería ser desagradable, no me había hecho nada. Vi por el rabillo del ojo que Aren nos observaba con curiosidad antes de contestar a una pregunta sobre escritura que le habían hecho.

Regresé a la conversación y traté de ignorar lo mucho que se me acercaba Pedro. También traté de ignorar el brazo que se le había ocurrido echar por detrás de mi silla. Me controlé para no mirarlo con los ojos abiertos, sorprendida por su comportamiento. Pese a que su forma de actuar me estaba molestando, eso no evitó que quisiera ver cómo reaccionaría Aren ante ello, cuando viese que estaba tratando de acercarse a mí. Después de todo, hacía poco que nos habíamos besado. Tenía la sensación de que no me inventaba la forma en la que estábamos el uno con el otro, sentía que Aren y yo éramos algo más que amigos, o por lo menos que podíamos serlo. Era una prueba estúpida, me daba cuenta, pero también era otra de las cosas que necesitaba saber para lanzarme a tener algo más con él con los ojos cerrados. Tenía muy claro lo que no quería en una relación.

Durante el tiempo que estuvimos juntos, Aren se mantuvo cortés y agradable con todo el mundo. Cuando decidimos ponernos a hacer el trabajo, se levantó de la mesa y se despidió de nosotros. No pude decirle mucho porque estaba sorprendida por su forma tranquila de actuar. No había levantado una sola ceja ante la actitud de Pedro. No tenía muy claro lo que estaba sintiendo en ese preciso momento. Observé su espalda mientras se perdía por las escaleras camino hacia casa.

¿Se podía sentir alivio y decepción a la vez?

Antes de haberlo experimentado en mis propias carnes, mi respuesta habría sido un no rotundo. Ahora, después de ver cómo Aren se marchaba escaleras arriba mientras me dejaba con Pedro, el cual estaba abiertamente coqueteando conmigo, podía decir que sí que eran dos emociones posibles de combinar. Por un lado, me sentía aliviada de que Aren no hiciese nada cuando un hombre tratase de ligar conmigo delante de él —porque tenía la sensación de que se estaba gestando algo entre nosotros— y dejase que fuese yo la que decidiese lo que quería hacer. Pero, por otro lado, su reacción, a pesar de que no se lo veía contento, me hacía plantearme si realmente estaba leyendo en sus gestos, en su comportamiento hacia mí, mucho más de lo que en realidad había. ¿Es que para él el beso que habíamos compartido en esa cabina de teleférico no había significado nada? ¿Realmente éramos solo amigos?

Nos hacía falta hablar.

AREN

Estaba a punto de entrar en combustión espontánea. Había tenido que levantarme de esa silla y marcharme a casa porque sentía ganas de matar a Pedro. No quería comportarme con un gilipollas y decirle lo asqueroso que me parecía y lo mucho que me molestaba que estuviese tratando de ligar con Olivia todo el rato. Al principio había sentido que estaba exagerando, que, seguramente, el chico se comportaba de forma tan empalagosa con todo el mundo, pero muy

pronto se había hecho dolorosamente evidente que no era así. Solo actuaba de esa manera con Olivia. No era quién para decir nada —solo la propia Olivia podía pedirle al chico que la dejase en paz, si es que le estaba molestando su actitud—, pero la realidad era que no disfrutaba de ver cómo otro hombre hacía todo lo posible por llamar su atención. Era normal, Olivia era una chica muy divertida, encantadora y preciosa. Que tratasen de ligar con ella se me antojaba lo más natural del mundo, pero no era algo que quisiera ver. Si no me quedaba más remedio, lo aguantaría, pero ese día no era necesario. Ella estaba a gusto con sus compañeros de estudios y no me necesitaba allí, aunque no hubiera dudado en quedarme si ella me lo pidiera.

La verdad era que quería que Olivia estuviera preparada para una relación, pero quería que, cuando eso sucediese, fuera conmigo con quien quisiera estar.

Subí, pensando en ello, por las escaleras. Poco podía hacer, aparte de estar a su lado y demostrarle que estaba interesado en ella sin agobiarla. Cuando llegué arriba, fui directo al despacho. Me senté frente al ordenador y comencé a teclear. Me había dado cuenta de que, cuando sentía emociones fuertes, era en los momentos en los que más escribía, como si sintiese la necesidad de sacar de dentro de mí todo lo que estaba experimentando. Poner en palabras esa rabia, ese dolor o esa felicidad que sentía hacía que saliese de mi interior y viajase hasta el papel. Me parecía como si en esos momentos fuese capaz de transmitir mucho mejor aquello que quería y encima consiguiese yo mismo desahogarme y asimilar lo que estaba sintiendo. Ese día usé toda la furia que había en mi interior para escribir una escena de una pelea entre uno de los protagonistas y un enemigo. Cuando terminé, me sentí satisfecho por cómo me había quedado.

Capítulo 24

OLIVIA

No podía seguir más tiempo así. Estaba poniendo en orden mi vida, haciendo todo lo que siempre había querido, disfrutando de un millón de cosas que me había perdido tanto en la adolescencia como mientras había estado saliendo con Marcos. Ahora, había llegado el momento de descubrir si Aren quería algo más de mí que una simple amistad. Me había cansado de andar a medias, siempre deseando más de él, pero sin atreverme a lanzarme del todo. Esa mañana, cuando me levanté, no me di tiempo a pensarlo y decidí bajar en su busca para proponerle que tuviéramos una cita. Sí, fue una decisión impulsiva, pero después de haberla tomado no pensaba echarme atrás.

Bajé las escaleras hacia la panadería y le di un beso a Lena de camino al obrador, donde sabía que Aren estaba trabajando. El local estaba muy lleno, era sábado por la mañana y a la gente del pueblo le gustaba desayunar allí. Los entendía, se respiraba un aire hogareño muy agradable en el que se podía pasar horas sin que te dieras cuenta de ello. Además, Aren hacía las mejores magdalenas que había probado en la vida.

—Buenos días —lo saludé cuando entré en el obrador.

Aren levantó la cabeza de la masa de hojaldre que estaba cortando para hacer palmeras y me sonrió.

—Buenos días. ¿Te acabas de levantar? —preguntó, mirándome con cariño.

—Sí, ayer me quedé estudiando hasta tarde.

—¿Te apetece un cruasán? —ofreció, señalando hacia el carro que estaba a su derecha, lleno de bandejas con los productos que había sacado del horno—. Todavía están calientes, como a ti te gusta —comentó, guiñándome un ojo.

Su gesto, la forma en la que se preocupaba por mí, hizo que el estómago me diese un vuelco. No me apetecía comer en ese momento, estaba demasiado nerviosa como para poder hacerlo, pero de todas maneras me dirigí hacia el carro solo para poder dilatar más el tiempo. No sabía cómo proponerle lo que quería sin morirme de vergüenza. ¿Y si me rechazaba? Me dije que tenía que quitarme esos pensamientos de la cabeza o no sería capaz de hacerlo. Y eso no podía ser, me había levantado decidida e iba a preguntarle. Daba igual que él no quisiera, yo iba a proponérselo y, en el caso de que dijese que no, me aguantaría, pero por lo menos sabría que no estaba interesado.

Metí la mano entre las bandejas del carro con cuidado de no quemarme para coger un cruasán. Me di la vuelta para mirar a Aren cuando lo tuve. Estaba en manga corta —en el obrador hacía mucho calor—, manejando el cuchillo con mucha destreza, pareciendo muy guapo y grande. Me mordí el labio observándolo, pensando en cómo plantear la pregunta. Tampoco es que hubiera una manera fácil de invitar a salir a un hombre que te gustaba.

—¿Vas a cenar esta noche? —le pregunté de pronto.

Cuando las palabras salieron de mi boca, me sentí estúpida. Debería haberme explicado un poco mejor. Aren apartó la vista de su tarea y la posó sobre mí, riendo.

—Claro, ¿qué propones? Porque asumo que tú también cenarás —comentó de broma.

—Ah, claro, quiero decir si te apetece ir a algún restaurante.

—Por supuesto, me encantaría cenar por ahí —contestó en un tono feliz—, me vendría bien desconectar un rato. Estamos hasta arriba de obligaciones —comentó—. ¿Dónde te gustaría ir a ti? —preguntó en un tono tan natural que me hizo pensar que, o bien no estaba entendiendo mis intenciones, o bien le daban lo mismo porque para él era una cena entre amigos.

—Quiero probar el nuevo restaurante italiano que hay en la plaza —contesté, sintiéndome un poco decepcionada por su falta de interés.

No tenía muy clara cuál era la reacción que esperaba o que me hubiese satisfecho, pero desde luego no era esa.

—Me encanta la comida italiana. Luego le preguntamos a Lena, pero estoy seguro de que también le va a apetecer ir a ese sitio —comentó, contento.

—Oh. —El sonido escapó de mi boca cuando comprendí lo que pasaba.

Aren no había entendido que lo que yo quería era que fuésemos los dos solos. Que quería una cita, vamos. Tenía que aclararlo. Si no, seguiríamos estando en el mismo punto.

—Lo que quería decir era que fuésemos tú y yo juntos a cenar —expliqué, y Aren me miró con los ojos entrecerrados, como si estuviera tratando de descifrarme—. Solos —añadí para que no quedase lugar a dudas sobre mis intenciones y que pudiera contestar lo que de verdad quería, siendo conocedor de todas las implicaciones.

Aren abrió mucho los ojos, sorprendido por mis palabras, pero se recuperó tan rápido que casi podía pensar que me había imaginado su reacción.

—¿Quieres que vayamos tú y yo solos a cenar? —preguntó, asegurándose de lo que le acababa de decir.

—Sí.

—Lo siento, pero necesito saberlo, Olivia. ¿Es esto una cita? —preguntó, y mi corazón comenzó a palpitar, todavía más nervioso.

Tenía que ser valiente. Por mucho que aquello pudiera cambiar la respuesta de Aren.

—Sí, lo es —respondí, asintiendo con la cabeza—. Al menos, lo es si tú quieres —le ofrecí la posibilidad de librarse.

—Lo quiero —respondió esbozando una sonrisa enorme, haciendo que toda la tensión que había sentido hasta ese momento se esfumase, dando paso a otra clase de tensión muy diferente.

Nos quedamos mirándonos en silencio. Después de unos segundos empecé a ponerme nerviosa, no sabía qué hacer. A pesar de que pasábamos horas juntos desde hace meses, este momento se sentía diferente, mucho más intenso. No sabía cómo moverme en estas nuevas aguas en las que nos estábamos metiendo de cabeza. Puede que, si fuese otra persona en vez de Aren, no me hubiese atrevido a pedirle una cita. Hubiese tenido miedo de que el chico en cuestión fuese peligroso o de que estuviese desequilibrado, pero no tenía esa preocupación con Aren. Sabía que la oscuridad que había dentro de Marcos no existía en él. Estaba completamente tranquila a su lado, lo suficiente como para preocuparme de cosas tan banales como si me correspondería. Me gustaba muchísimo. Sentí cómo se me formaba una enorme sonrisa en la cara mientras pensaba en lo maravilloso que era. Sabía que tenía que hacer algo para no parecer una loca. Algo como, por ejemplo, marcharme pitando de allí.

—Voy a ayudar a tu hermana a atender —le dije con una sonrisa tonta pegada en la cara.

Estaba muy emocionada.

—Genial. Hasta luego —se despidió Aren con una carcajada.

AREN

Cuando Olivia se dio la vuelta para marcharse, elevé una mano al aire en señal de victoria. Sí, joder, sí. Parecía que las cosas empezaban a funcionar. Después de un buen rato subido en una nube en la que no podía creerme que realmente fuera a tener una cita con ella, me di cuenta de que no habíamos quedado a ninguna hora. Me reí divertido, supuse que no era el único nervioso ante la perspectiva de cenar juntos. Le preguntaría por ello cuando nos sentásemos a comer al mediodía.



Horas después, comenzaron los nervios reales. Cuando el momento estaba tan cerca que casi podía rozarlo con la yema de los dedos. Ahí aparecieron todas las dudas. ¿Cómo se supone que se viste un hombre para ir a una cita con la mujer de sus sueños? Porque íbamos a tener una cita, ¿verdad? Cuanto más tiempo pasaba desde que Olivia me lo había preguntado, más borroso se volvía todo y menos real me parecía. Mientras me preparaba frente al espejo del armario, probándome como diez camisas diferentes, me atacaban más dudas. A la vez que me abrochaba los botones de la camisa, iba repitiendo de nuevo toda la conversación que habíamos mantenido en el obrador. No había duda de que era una cita, pero toda la fuerza y la convicción que había sentido entonces se estaban desinflando ahora que se acercaba el momento. Tenía tanto miedo a cagarla, a no ser suficiente para ella… Olivia era divertida, cariñosa, inteligente y muy hermosa. ¿Qué tenía yo que ofrecer? Me maldije cuando esos pensamientos se colaron en mi cabeza. Era un buen hombre, también era inteligente y cariñoso y tenía mucho para ofrecerle a Olivia. Quería compartir con ella todos los aspectos de mi vida, incluso la escritura, que era lo más íntimo que tenía. Terminé de abotonarme la camisa y me obligué a serenarme. Decidí sentarme a escribir esperando a que llegase la hora. Olivia había salido con Lena para ir a hacer unas compras después de que habíamos vuelto de nuestra carrera diaria. Me encantaba compartirlo todo con ella.

Cuando me senté frente al ordenador, comprendí que estaba demasiado nervioso para ser productivo. La escena que estaba escribiendo poco tenía que ver con mi estado de ánimo. Así que decidí buscar otra en la escaleta que estuviera más acorde con lo que sentía en ese momento. Que mis emociones me ayudasen a describir las que sufría mi protagonista. Elegí una en concreto en la que él tenía que estar junto a la chica de la que estaba enamorado en una misión. Sí, me sentía muy identificado como para poder transmitir a los lectores cómo se sentía. Comencé a teclear y los dedos volaron solos. Estaba muy dentro de esta historia. No sabía cómo, pero la protagonista femenina se parecía demasiado a Olivia. Tanto que a veces me daba miedo que se diese cuenta cuando le entregaba los capítulos para que los leyese, pero, por el momento, no había dicho nada. Puede que, si las cosas avanzaban como a mí me gustaría, terminase confesándoselo, pero ahora no era el momento. Me daba miedo que saliese corriendo si se enteraba de lo enamorado que estaba de ella.

Cuando escuché la puerta de casa abriéndose, los nervios que había conseguido mantener medio a raya hasta ese momento me golpearon con fuerza. Levanté la vista del ordenador y la llevé hasta la puerta de mi oficina cuando sentí que alguien se acercaba.

—Buenas tardes —me saludó Olivia asomando la cabeza por la hoja de madera, haciendo que

el estómago me diese un salto de emoción—. Voy a cambiarme y nos vamos enseguida.

—Tranquila —le respondí cuando vi que estaba apurada—. No hay prisa, llegamos de sobra a la hora que tenemos la reserva —comenté, saboreando lo bien que sonaban esas palabras en mi boca.

—Genial, tengo muchas ganas de ir a cenar —comentó ruborizándose, haciendo que sintiera ganas de levantarme para envolverla entre mis brazos y comérmela a besos.

Unos segundos después, sin añadir nada más, se dio la vuelta y se marchó. Me quedé mirando el lugar por el que había desaparecido con cara de idiota enamorado. Podía notar cómo tiraba de mis labios una sonrisa imborrable que solo ella era capaz de poner allí, no me hacía falta verme desde fuera para saberlo. Momento que mi hermana eligió para aparecer. Se apoyó en el marco y me miró con una sonrisa divertida en la cara.

—Estás colado por ella —dijo. No era una pregunta.

Parecía muy divertida con la situación.

—No hables tan alto —la reprendí, haciéndole un gesto con la mano para que se acercase.

Vi un brillo maligno cruzar por sus ojos mientras sopesaba si debía hacerme rabiar, pero segundos después se separó de la puerta y caminó en mi dirección.

—No me puedo creer que tengas miedo de que se dé cuenta —dijo una vez que llegó frente a mí al escritorio.

—No sé si está preparada —le confesé—. Tampoco sé si tiene interés en mí.

Lena rodeó la mesa para estar cerca de mí y me abrazó por el cuello.

—Lo primero: me parece imposible que no se haya dado cuenta de que estás colado por ella; todo el mundo lo sabe —me dijo, lanzándome una mirada de adoración—. Y lo segundo: eres el hombre más maravilloso que hay en la Tierra. Incluso puede que seas el único. Es muy afortunada de tenerte y todavía más de que la quieras.

—Que sea mi hermana la que piensa así de mí me da mucha tranquilidad. Estoy convencido de que Olivia opina igual —me burlé.

—No te rías y hazme caso, que de mujeres sé más que tú.

—Me alegro mucho de que tengas esa visión de mí. No está mal que a uno le digan lo maravilloso que es de vez en cuando —comenté levantándome.

La envolví entre mis brazos y le di un beso en la sien. Ojalá tuviera razón. Ojalá fuera capaz de desprenderme de esa sensación de inseguridad. Sabía que Olivia y yo teníamos una conexión innegable, pero la había notado desde el principio, incluso cuando solo nos conocíamos a través de la red. No quería decir que ella sintiera lo mismo.

—Se ha comprado ropa para la cena —me dijo Lena, subiendo y bajando las cejas de forma divertida.

—¿Quieres que me ponga todavía más nervioso, hermanita?

—La verdad es que sí, eres adorable cuando se trata de Olivia.

—Ahora te vas a enterar de lo que es bueno —le dije, agarrándola y haciéndole cosquillas.

Empezó a revolverse y a pedirme que parase.

—Por favor, Aren —pidió entre carcajadas—. Si paras, seré buena.

Le di un último apretón y la solté.

Olivia entró en la habitación poco después, con una hermosa sonrisa en la cara, mientras Lena se estaba recuperando de su ataque de cosquillas.

—Parece que lo estáis pasando bien —dijo sonriéndonos a ambos, iluminando toda la habitación y cada hueco de mi cuerpo.

—Mucho —le respondí tratando de mirarla a los ojos.

Me estaba costando un mundo no deslizar la mirada por su cuerpo. Se había puesto unos pantalones vaqueros negros que se pegaban a las curvas de sus caderas y a sus piernas interminables. En la parte superior llevaba un jersey de punto verde oscuro bajo el que se intuían tanto sus grandes pechos como su delgada cintura. Era la mujer más hermosa que había visto nunca. No me podía creer que hubiera ido a comprarse algo de ropa para ir a cenar conmigo. Me sentía el puto hombre más afortunado del mundo. Pero saltaba a la vista que era real. Nunca había llevado ese conjunto. Estaba impresionante. Dudaba que durante el resto de la noche fuese capaz de mirar otra cosa que no fuera a ella.

—Bueno, chicos, yo os voy a ir dejando, que tengo cosas que hacer. Divertíos —dijo Lena, guiñándome un ojo antes de desaparecer por la puerta del despacho, haciendo que me dieran ganas de estrangularla. No tenía ni gota de disimulo.

Cuando se fue, Olivia y yo nos quedamos mirándonos en silencio. Una energía que no había estado antes entre nosotros empezó a cargar el ambiente. Yo estaba lleno de anticipación y de deseo, deseo de que me viese como algo más que un amigo, y tenía la esperanza de que las cosas fueran tan raras por esa nueva realidad que estaba creciendo entre nosotros.

—¿Quieres que vayamos ya? —le pregunté, acercándome a ella.

—Sí —respondió, y su voz tembló ligeramente.

Salimos de casa en silencio. Bajamos las escaleras el uno al lado del otro y, cuando atravesamos la puerta de la panadería, nuestras manos se rozaron, haciendo que me hormiguease todo el cuerpo. Comenzamos a andar hacia el restaurante del centro de la plaza sumidos en una conversación sobre el libro que estábamos leyendo en ese momento, pero apenas podía escuchar lo que decía, solo podía sentir el calor de su mano muy cerca de la mía. Después de un par de ocasiones en las que nuestras pieles se habían rozado, me armé de valor y agarré su mano. Contuve el aliento a la espera de su reacción. Olivia se quedó callada durante unos segundos, pero siguió hablando poco después, como si lo que había hecho fuese lo más natural de mundo. Y así se sentía. Como algo natural y maravilloso, pero que a la vez despertaba millones de sentimientos dentro de mí. Entonces, con su mano sobre la mía, fue cuando empecé a relajarme y a disfrutar realmente de la velada. Sentí que ese gesto entre nosotros marcaba una gran diferencia entre cuando hacíamos algo como amigos y cuando estábamos yendo a una cita.

El restaurante italiano que había escogido Olivia era muy bonito, con muebles de madera y manteles de cuadros rojos y blancos. Había una vela en cada una de las mesas. Era un lugar perfecto para tener una primera cita. Aunque, con Olivia, cualquier sitio lo habría sido. Pedimos la cena: una ensalada especial de la casa y un plato de pasta fresca carbonara. Comimos sin dejar de hablar ni un solo segundo, teníamos muchas cosas en común y siempre nos habíamos divertido el uno al lado del otro. Estar con Olivia en una cita me resultaba tan natural como respirar. Estaba lleno de emoción y de alegría, no quería que terminase nunca. Además, por la forma en la que sonreía todo el tiempo y por lo animada que parecía al hablar, estaba bastante seguro de que ella también estaba disfrutando. Hecho que solo me hacía más feliz.

Después de tomar un delicioso tiramisú de postre, salimos de nuevo a la calle. Volvimos hacia casa hablando de sus estudios y de mi libro. Aunque ninguno de los dos dijo nada, había una tensión muy perceptible entre nosotros. Caminábamos muy cerca el uno del otro, tanto que apenas me podía concentrar en otra cosa que no fuera en el calor que desprendía su cuerpo, en el deseo que sentía de acariciarla. Se me cortaba el aliento cada vez que la piel de nuestras manos se rozaba por accidente. Después de cinco minutos llenos de tensión, viendo que a Olivia no

parecía importarle el contacto conmigo, me lancé a rodear su cintura con mi brazo. Cuando mis dedos rozaron su cadera y la acerqué contra mi cuerpo, dejó escapar un pequeño ruido de sorpresa que me hizo sonreír. Me sentí en el paraíso cuando, unos segundos después, apoyó la cabeza sobre mi hombro. Seguimos caminando, pero todo resultaba mucho más tenso y excitante. Apenas era capaz de hilar más de dos frases seguidas. Estaba lleno de ganas, de anticipación. No podía concentrarme en nada que no fuera ella. Solo solté su cintura cuando tuve que sacar las llaves al llegar a la panadería. Le di la mano mientras subíamos las escaleras, nuestros dedos se entrelazaron como si tuvieran vida propia y sentí su pérdida cuando tuve que dejarlos ir para abrir la puerta de casa. La acompañé hasta su habitación. Fuimos caminando a oscuras para no molestar a Lena, lo que hizo que la electricidad que fluía entre nuestros cuerpos se volviese todavía más intensa. Olivia se paró delante de su dormitorio y me miró con los ojos brillantes por las ganas. No pude aguantar ni un solo segundo más. Con el corazón golpeando fuerte contra mis costillas, me incliné para besarla. Sentí su aliento contra mi piel segundos antes de que nuestros labios se encontraran. Una oleada de placer y felicidad me recorrió por completo. Tenerla tan cerca, su respiración entremezclada con la mía, me hizo sentir mareado, embriagado. Su boca era como la seda. Después de unos cuantos roces en los que saboreé sus labios regordetes y deliciosos, Olivia abrió la boca y me introduje en ella. Moví la lengua y se enredó con la suya, arrancándonos a ambos gemidos de placer. La apreté contra mi cuerpo, incapaz de soportar un solo centímetro de distancia entre los dos. Olivia deslizó las manos sobre mi pecho hasta colocarlas alrededor de mi cuello y se deshizo en mis brazos. Nuestro beso fue demasiado intenso y, a la vez, no lo suficiente. La besé hasta que noté que sus labios se estaban hinchando y empecé a sentir que estaba demasiado excitado como para parar. Solo entonces fui capaz de apartarme de ella.

Separé nuestros labios y apoyé la frente sobre la suya, sin querer soltar todavía su cuerpo. Se sentía tan bien tenerla abrazada contra mí… Pero íbamos a ir despacio, tan lentos como ella necesitase. Quería tener una relación con Olivia más de lo que quería seguir respirando, pero necesitaba que ella también lo tuviese claro. No tenía prisa, o por lo menos era lo suficientemente adulto como para controlarme. Quería que todo saliese bien.

—Buenas noches —le dije muy bajo, antes de depositar un suave beso sobre sus labios.

No pude evitar hacerlo, quería volver a sentir la caricia de su boca. Después de ese fugaz roce me separé de ella y me di la vuelta para ir a mi cuarto. No quería mirarla durante más tiempo porque sabía que, cuanto más me quedase, más difícil me iba a resultar alejarme. Caminé la poca distancia que había hasta mi habitación. Cuando entré, cerré la puerta tras de mí y me tumbé en la cama mirando hacia el techo con una enorme sonrisa en la cara y el estómago lleno de nervios y emoción. Nunca me había sentido más vivo y enamorado. Olivia era la felicidad que le faltaba a mi vida.

Capítulo 25

-PASADO-

OLIVIA

Las segundas Navidades que pasábamos como pareja decidí darle a Marcos una sorpresa. Era la última noche del año y me apetecía ponerme guapa para él. Quería hacer algo para que recuperase el buen humor que había perdido cuando le habían avisado la semana anterior de que era uno de los que tenían que hacer un turno especial en Nochevieja.

Cuando Marcos se marchó a trabajar, me dediqué a recoger todo y a organizar la casa, luego me duché y empecé a prepararme para estar perfecta. Me depilé, me puse una mascarilla en la cara y me hice la manicura y la pedicura. Para cuando terminé con todo, una hora antes de que pasase a recogerme para ir al cotillón al que íbamos a asistir con sus amigos, solo me faltaba peinarme y ponerme el precioso vestido negro que llevaba meses sin usar. Me alisé el pelo con dedicación, disfrutando de arreglarme tanto. Quería impresionar a Marcos, que me mirase como hacía mucho tiempo que no hacía. Había llegado a pensar que era por lo poco que me maquillaba últimamente, pero es que siempre me decía que estaba bien y que no hacía falta que me preparase demasiado.

Me puse el vestido negro, que se abrazaba a todas las curvas de mi cuerpo, mirándome al espejo y me vi bien. Me agaché para calzarme los zapatos de tacón que había desenterrado de lo más profundo del armario. Esperaba acordarme de cómo se caminaba con ellos. Me observé en el espejo una vez que había completado el trabajo y la verdad fue que me vi muy guapa, parecía otra. Caminé un poco por la habitación y no tardé nada en darme cuenta de que los pies me iban a doler mucho esa noche, pero merecería la pena. No quería que volviese a pasar lo mismo que había ocurrido dos semanas atrás. Recordé a la perfección la tarde en la que estábamos tomando un café en el bar de siempre y había llegado una chica nueva y despampanante. Resultaba que aquella mujer, a la que todos miraban —en especial Marcos—, era el nuevo ligue de Luis, por lo que pasó toda la tarde con nosotros. Me puso furiosa que la mirase como si yo no estuviera a su lado, pero Marcos no se molestó en ocultar que estaba ligando abiertamente con ella. Comportamiento que me hizo sentir muy pequeña e insignificante. Me hubiera gustado levantarme de la mesa y largarme para no tener que estar presenciando esa humillación, pero sabía que, si lo hacía, Marcos se enfadaría por montar un número y me acusaría de querer fastidiar su relación con sus amigos. No era la primera vez que me sucedía eso. Nuestra relación estaba enfriándose a pasos agigantados.

Cuando faltaban unos minutos para que diesen las ocho y media, que era la hora en la que habíamos quedado, cogí la cazadora y el bolso y me monté en el ascensor para bajar a la calle. Me quedé esperando en el portal a que llegase Marcos. Fuera hacía demasiado frío, se notaba que estábamos en pleno invierno. Incluso estando bajo techo, mi respiración formaba una nube de vaho. Cuando vi que su coche había parado en doble fila frente a nuestro piso, el estómago se me llenó de nervios a la espera de lo que diría cuando me viera. Estaba segura de que le iba a encantar. Salí a la calle y caminé hasta el coche con cuidado de no caerme. Cuando abrí la puerta y me metí dentro, Marcos tardó unos segundos en mirarme.

—Hola.

El saludo que estaba a punto de darme se quedó a medias en su boca cuando vio cómo iba vestida. Se quedó mirando mis piernas enfundadas en unas medias negras transparentes que dejaban ver la carne y que me habían parecido muy sexis sin decir nada. No reaccionó durante unos instantes. Me removí ansiosa, a la espera. Quería que me dijera que iba guapa.

—¿Qué llevas puesto? —preguntó, paseando la mirada sobre mi cuerpo y haciéndome sentir incómoda.

Cuando sus ojos se posaron sobre los míos y vi que estaban cargados de molestia, me sorprendí; esa no era para nada la reacción que esperaba.

—Un vestido —respondí, aunque la realidad era que no habría hecho falta.

Ambos sabíamos lo que llevaba puesto.

—¿Piensas ir así a cenar? —me preguntó apretando los dientes.

—¿No voy guapa? —le pregunté, dolida porque esas palabras todavía no hubieran salido de su boca.

¿En qué me estaba equivocando?

—Más que guapa, lo que parece es que vas buscando que te follen —dijo, dejándome de piedra.

—¿Qué? —le pregunté, sin poder creer lo que había escuchado.

—Quieres que todos mis amigos traten de ligar contigo esta noche, ¿verdad? Por eso te has vestido así —acusó, mirándome con odio.

—No —me defendí. ¿Cómo podía pensar eso?—. Me he vestido así por ti, para ti, para que me vieses guapa.

—Pues así no vas guapa, pareces una puta —dijo, dejándome paralizada.

Me quedé allí, sentada en el coche, sin poder creer que haber tratado de ponerme guapa para él hubiese acabado así. Noté las lágrimas calientes rodando por mis mejillas antes de que fuese consciente de que estaba llorando. Me sentía perdida.

—Joder, encima te pones a llorar —dijo Marcos, molesto—. Tendría que ser yo el que estuviera llorando. Parece que no soy suficiente para ti; si lo fuera, no te hubieras vestido así.

No era capaz de contestarle. No entendía lo que estaba sucediendo. Me parecía que nada tenía sentido, ¿o era yo la que no lo tenía? Ya ni siquiera estaba segura.

—Joder, nena, no llores —dijo Marcos después de mucho rato.

Me tensé cuando sentí que se acercaba a mí. Me rodeó con sus brazos y estuve a punto de zafarme de él, pero no sabía cómo iba a reaccionar si hacía eso.

—Siento haberte molestado. Es que me pongo loco de celos. Tienes que entender que, si te vistes así, todos los hombres te van a mirar, y yo no puedo permitir eso. Eres mi novia. Te acompaño para que te puedas cambiar de ropa —añadió.

Aparcó el coche y subimos a casa. Me puse unos pantalones negros y un jersey de punto. Luego bajamos de nuevo y fuimos hasta el lugar donde se celebraba la fiesta. Me sentía destrozada, como si fuera pequeñita. Pasé el resto de la noche como ausente. Solo tenía ganas de que terminase de una vez para poder estar sola.

Diciembre

Capítulo 26

OLIVIA

Pensaba que después de tanto tiempo no me acordaría de lo que había vivido con Marcos, pero estaba equivocada. Había sucesos, eventos que había experimentado con anterioridad, que me hacían recordar todo de golpe. Como, por ejemplo, el que me rodeaba en ese momento. Nada de mi realidad actual se parecía a lo que había vivido anteriormente, a veces incluso tenía la sensación de que no había sucedido, pero parecía que las heridas que tenía eran mucho más profundas de lo que me hubiera gustado. Aunque estaba decidida a sanar. A dejar de darle a Marcos el poder de influir en mi vida actual, en mi mente, en mi alma.

Esa tarde estaba preparándome para la cena de Nochevieja que íbamos a celebrar en unas pocas horas. Estaba vistiéndome, al igual que hice unos años atrás para sorprender a Marcos. Una parte de mí sabía que Aren no respondería igual —no era esa clase de persona—, pero otra parte que no me gustaba en absoluto estaba asustada, muy asustada, de descubrir que me había equivocado con Aren, que no podía existir una persona tan maravillosa como él.

Había encendido unas velas y me había dado un baño relajante mientras escuchaba música en el móvil. Me apetecía mimarme, darme amor y valor a mí misma; era la primera que tenía que quererme. Había estado tumbada en la bañera leyendo hasta que el agua se había enfriado. Después, me había secado con la toalla más mullida que teníamos y me había echado crema con olor a naranja y aceites de madera por todo el cuerpo. Me sentía suave y con un olor maravilloso. Preciosa y valiosa. Tenía el vestido negro, la ropa interior y las medias colocadas sobre la cama para vestirme. Quería ir *sexy*. Lo hice mirándome en el espejo, convenciéndome de que estaba guapísima y que no había nada malo en ir arreglada de esa manera, que el problema estaba en los ojos que me mirasen con malos pensamientos, no en mí. Me peiné amontonando mi cabello sobre la cabeza, haciendo que el cuello quedase al descubierto. Elegante y *sexy*. Me gustaba llevar el pelo recogido.

Estaba distraída abrochándome una pulsera cuando escuché unos suaves golpes contra la puerta. Sin dudar ni un segundo, di permiso para que entrase quien hubiera llamado. Solo podían ser dos personas. Al ver que era Aren, todo mi cuerpo se despertó, el estómago se me llenó de nervios, el corazón se me aceleró e incluso la sangre se espesó en mis venas. Quería que me viera así vestida y que me desease, que se muriese por mí tanto como yo me moría por él.

Lo observé mientras caminaba por la habitación, incapaz de apartar la vista; estaba guapísimo. Llevaba unos pantalones vaqueros negros que se pegaban a los músculos de sus piernas, revelando todo el deporte que hacía. Tenía unas piernas imponentes. Todo él lo era.

—Joder, Olivia, estás impresionante —dijo, y se quedó mirándome con la cara llena de admiración.

Su mirada recorrió mi cuerpo lentamente hasta que se posó en mis ojos. El corazón me dio un vuelco y una ráfaga de excitación me recorrió por completo. Todo mi ser estaba lleno de anticipación. Deseaba que por fin hiciésemos algo más que besarnos. Deseaba que ese fuese el día en el que por fin cruzásemos la línea que separaba la amistad del amor y el deseo.

AREN

Llamé a la puerta antes de entrar, a pesar de que estaba entornada.

—Pasa —dijo Olivia, dándome permiso.

Abrí más la puerta, di un paso en la habitación y entonces la vi.

Era la mujer más hermosa del planeta.

Estaba de pie frente al espejo de cuerpo entero de su cuarto, mirándose. Su belleza me golpeó, haciendo que las rodillas me temblasen. Necesitaba ponerme bajo control o lo mucho que me gustaba iba a empezar a notarse en mis pantalones, pero me sentía incapaz de apartar los ojos de ella. De la forma de su cuerpo, de las curvas de su cintura, de su cuello, que ansiaba besar. Mirarla me estaba poniendo duro. Me atraía y excitaba como nadie lo había hecho nunca. No tenía muy claro si iba a aguantar toda la noche sin perder la cordura. Le estaba dando tiempo para que estuviese segura de que me deseaba, de que quería traspasar la barrera de los besos. Dios sabía que yo lo deseaba con todas mis fuerzas, pero quería que fuera ella la que diese el primer paso. A pesar de ello, no podía negar lo ansioso y necesitado que estaba. Me moría por ella.

—¿Estás ya preparada para que nos marchemos? —le pregunté de forma suave, tratando de mantener a raya el deseo en mi voz.

—Sí, ahora voy —respondió cortante, tomándome por sorpresa.

La duda de si estaba bien se quedó atascada en mi garganta. La intención no era presionarla. Seguramente se había dado cuenta de lo mucho que la deseaba y eso la había hecho sentir nerviosa. Se me cayó el estómago a los pies. Lo último que quería era asustarla. Trataría de contenerme con más fuerza.

—Te espero en la puerta —anuncié, y empecé a alejarme de ella.

—Aren —me llamó con un pequeño grito que me sorprendió, justo cuando estaba a punto de darme la vuelta—, espera —pidió, y nuestras miradas se cruzaron.

Ella se encontraba de pie frente al espejo y yo estaba a su espalda. Me quedé quieto esperando a que me dijese algo más sin apartar la mirada de sus ojos. Me sorprendió notar que un suave rubor cubría sus mejillas.

—¿Te parece que estoy guapa? —preguntó justo cuando estaba a punto de abrir la boca para interrogarla acerca de lo que le pasaba.

Su pregunta me dejó desconcertado.

—Mucho —respondí, asintiendo con la cabeza, pero sin querer profundizar en lo que me parecía.

—Es que… —empezó a decir mientras se retorcía las manos, nerviosa—. ¿Te parezco atractiva? —preguntó de carrerilla, como si se hubiera tenido que armar de valor para decirlo en alto.

Di un paso hacia ella.

—Mucho —repetí, parecía que no sabía decir otra palabra.

Olivia se quedó mirándome mientras se mordía el labio inferior, haciendo que mi entrepierna se hinchase hasta estar a punto de reventar. Di otro paso en su dirección.

—¿Hay algo que me quieras preguntar? —cuestioné en un tono bajo, cargado de deseo.

El aire a nuestro alrededor empezó a espesarse. Mi estómago bullía de la anticipación, mi corazón latía frenético. La tensión crecía entre nosotros. Olivia necesitaba algo de mí y yo deseaba saber qué era para poder dárselo. La vi tragar saliva y no pude evitar que mis ojos viajasen hasta la perfecta columna que era su cuello, esa que me había imaginado tantas veces lamiendo.

—Sí —respondió, y se quedó callada.

—Sabes que me puedes decir cualquier cosa, ¿verdad? —la alenté, porque parecía que necesitaba un empujón para atreverse a preguntar lo que quería saber.

—Quiero saber si te parezco atractiva —repitió, poniéndose roja, pero sin apartar la mirada de mis ojos.

—Me pareces muy atractiva —respondí, enfatizando la palabra «muy».

Di otro paso más, lo que nos hizo quedar a escasos centímetros el uno del otro, pero eché para atrás mi erección para que no tocase su cuerpo y revelase lo muchísimo que me excitaba. No quería incomodarla. En esa posición, percibía el calor de su cuerpo fundiéndose con el mío, el olor dulce y delicioso de su piel inundando mis sentidos. Me sentía mareado de deseo.

—Entonces, ¿por qué no haces nada al respecto?

No hizo falta que dijese nada más, entendía a la perfección lo que me estaba preguntando. Lo que me estaba pidiendo. Lo que necesitaba saber.

—Porque quiero que seas tú la que dé el primer paso —le dije, agachándome ligeramente para susurrar en su oído.

Se le escapó un gemido bajo que no hizo más que alentarme.

—Entonces, ¿me deseas?

—¿Quieres saber cuánto? —pregunté, muy nervioso y excitado, con el corazón latiendo tan fuerte que podía sentirlo en mis oídos. Bum, bum, bum.

Ella asintió con la cabeza.

—Si hay algo que no quieres que haga, dímelo y pararé —le dije, para que supiera que tenía todo el poder.

—Sí.

Lentamente, sin dejar de mirarla a los ojos en el espejo, deslicé las manos por su cintura, acariciando su cuerpo por encima del vestido que solo podía pensar en arrancarle. Olivia abrió ligeramente la boca. Bajé la cabeza para deslizar los labios sobre el lateral de su oreja. Abajo, arriba, abajo, arriba, lentamente, disfrutando de los sonidos que se escapaban de su garganta.

—Ahora vas a ver cuánto te deseo —le prometí muy bajo en el oído, justo antes de empujar mi erección contra su cuerpo.

Olivia cerró los ojos, emitiendo un gemido que me llevó de golpe al paraíso.

—¿Estáis ya preparados? —se escuchó la voz de mi hermana desde el pasillo y sus pasos acercándose.

Joder.

Me reí y apoyé la cabeza sobre su hombro.

—Acabamos de tener un golpe de realidad —le dije.

—Y tanto —comentó Olivia también.

No me pasó desapercibido el brillo excitado de sus ojos.

No veía la hora de que estuviésemos de vuelta en casa para terminar lo que habíamos comenzado.

Capítulo 27

OLIVIA

El ambiente dentro del coche estaba cargado de tensión, y no precisamente de tensión nerviosa. Podía ver a Aren mirar mis piernas cada vez que se paraba en un semáforo. Bueno, en realidad, cada vez que tenía un segundo. Que se mostrara tan pendiente de mí, recordar lo duro que estaba cuando se había apretado contra mi cuerpo, hacía que me excitase. Que un hormigueo de lo más placentero me recorriese entera. Me removí inquieta en el asiento para tratar de aliviar la creciente quemazón que se acumulaba entre mis piernas. Dudaba de que, si Lena no hubiese entrado en mi habitación en el momento exacto en el que lo había hecho, Aren y yo no hubiésemos terminado acostándonos. Quería hacerlo, me moría de ganas por descubrir lo que era estar entre sus brazos, sentirlo dentro de mí. Me moría de ganas de tenerlo piel con piel. Me ordené dejar de tener esos pensamientos tan inapropiados para estar compartiendo el coche con otras personas. Si seguía a este paso, iba a morir por combustión espontánea.

Lena fue la primera en bajarse del coche cuando encontramos aparcamiento cerca de la casa de Laura. Me quité el cinturón sin prisa, porque la verdad era que no quería ir a la fiesta. Si por mí fuese, le propondría a Aren que nos marchásemos de nuevo a casa y que terminásemos lo que habíamos empezado. Pero no podía hacerlo, no estaría bien. Esa noche la íbamos a celebrar con los amigos, algo que en un principio me había apetecido bastante; eso sí, hasta que nuestra relación había traspasado la línea de los besos castos. Ahora sabía que me deseaba. Me consoló ver que Aren también parecía tan reacio como yo a abandonar el coche.

—Siempre estás preciosa, Olivia, pero es que esta noche estás espectacular. Me cuesta trabajo mantener las manos apartadas de tu cuerpo sabiendo que las deseas ahí —dijo, mientras deslizaba la palma por mi pierna y bajo el dobladillo de mi vestido, pidiéndome permiso con la mirada.

Permiso que concedí más que encantada. Se me escapó un gemido bajo y los ojos se me cerraron de placer con el contacto. Aren metió la mano entre mis muslos y me apretó en el punto exacto donde lo necesitaba. Sus manos eran seguras y expertas. Estaban llenas de promesas.

—Muy pronto te voy a dar placer, cariño —me susurró al oído, antes de deslizar su boca por mi mejilla y besar mis labios.

Nos separamos justo cuando Lena se acercó al coche para preguntarnos qué era lo que nos pasaba, para saber por qué no nos bajábamos. Nos observó durante unos segundos y en su boca se formó una pequeña o de sorpresa cuando registró lo que significaban tanto nuestras posturas como el gesto de nuestras caras. Me puse roja cuando comprendió que Aren y yo estábamos haciendo *cosas* dentro del coche, pero no iba a negarlo.

—¿Vamos? —preguntó él con una sonrisa pintada en su voz.

—Sí, claro —respondió Lena sonriendo también, dedicándome una mirada que dejaba claro que estaba muy feliz por lo que había visto.

Me alegré de que la idea de que su hermano y yo tuviéramos algo le pareciera bien, aunque tampoco pensaba que no se hubiera dado cuenta de lo que sentía por él. Asentí con la cabeza para mostrar mi conformidad y comenzamos a andar hacia la casa. Aren me sorprendió alargando la mano y entrelazando nuestros dedos. Estaba flotando en una nube de felicidad,

deseo y anticipación. Esta iba a ser la mejor entrada de año de mi vida.

AREN

Las horas parecían arrastrarse de una forma horrible. No es que no estuviera a gusto con mis amigos. No, el problema era que quería estar muy lejos de allí. Quería estar a solas con Olivia. Quería poder terminar lo que habíamos empezado en su habitación. Lo que llevaba esperando desde que la conocía. Para mí, llegar hasta el final con ella era una prueba más de lo mucho que la amaba y lo mucho que la deseaba. Era el siguiente paso en nuestra relación que me moría de ganas por dar.

La fiesta no estaba mal, sabía que el problema era mi actitud, por eso luchaba con todas mis fuerzas por cambiar de mentalidad. No me resultó difícil, disfrutaba muchísimo de ver a Olivia relacionarse con todo el mundo, llena de seguridad. Desde hacía unas semanas había fortalecido una barbaridad su autoestima y ya era capaz de socializar con una soltura increíble. Me sentía tan orgulloso de ella. De lo fuerte, decidida y hermosa que era. Tenía a todo el mundo de la fiesta cautivado tanto con su maravillosa forma de ser como con su belleza. Yo no era una excepción. Había que estar ciego para no verla.

El vestido negro que llevaba estaba siendo mi ruina. Tenía que hacer un ejercicio consciente de contención para que mis ojos no se perdiesen por sus curvas y se pasasen allí posados toda la velada. Era un auténtico bombón. Entendía que su belleza no hubiese pasado desapercibida para ninguna persona de la fiesta.

Me encontraba de pie hablando con Mario sobre el último libro que había leído. La conversación estaba siendo interesante, pero lo cierto era que no me podía concentrar en nada. En otro momento la hubiera disfrutado mucho, pero no esa noche. Me disculpé diciendo que tenía que ir al baño y me marché hacia la esquina de la sala en la que Olivia estaba hablando y riéndose con mi hermana y con Laura. Cuando llegué donde estaban, hablé con ellas durante unos segundos. La mirada de Olivia no dejaba de cruzarse con la mía. Tenía los ojos brillantes, cargados de diversión y de deseo. Sabía que los míos reflejarían las mismas emociones.

—¿Me puedes ayudar un momento? —le pregunté a Olivia.

—Claro —respondió sin dudar.

No podía aguantar ni un segundo más lejos de ella. Caminé hacia la salida de la habitación donde se estaba celebrando la fiesta con Olivia justo a mi lado, volviéndome loco con su olor a naranja.

—¿Estás bien? —preguntó justo en el momento en el que doblamos la esquina y estuvimos lejos de todas las miradas.

—La verdad es que no. Estoy demasiado lejos de ti —respondí, pegándome a su cuerpo.

Dejó escapar un sonido de sorpresa y aproveché el momento para lanzarme contra su boca y besarla. Fue como volver a probar el cielo. Sus labios eran cálidos y dispuestos, con sabor al refresco de cola que había tomado. La forma en la que su cuerpo se deshizo contra el mío provocó que me sintiera mareado. Estaba muy necesitado. Hubiera dado cualquier cosa por que nos quedásemos atrapados en ese momento para siempre. Pero sabía que no era posible. No quería robarle a Olivia la experiencia de pasar la Nochevieja rodeada de amigos. Era algo que yo había vivido ya muchas veces y que quería que ella también tuviera. Sabía que era maravilloso. Quería lo mejor para ella ahora y siempre.

Después de unos segundos más saboreando su boca, deleitándome en la forma en que se sentía

sujetar su cuerpo contra el mío, me separé de ella.

—Aren —dejó escapar mi nombre en un tono bajo, casi como un gemido, y tuve que obligarme a no volver a lanzarme a su boca.

Apoyé la frente sobre la suya y la miré.

—Debemos regresar —le dije, y sonreí al ver la cara de confusión que puso—. A la fiesta —añadí riendo.

—Oh, sí, claro —respondió, dejando escapar una pequeña carcajada, como si acabase de darse cuenta de golpe de dónde estábamos.

—¿Te apetece pasar la noche conmigo cuando regresemos a casa? —le pregunté. Deseaba que me dijese que sí.

—Muchísimo —respondió de inmediato, cerrando un poco los ojos con pasión y humedeciéndose la boca.

Tuve que obligarme a apartar la vista de la dulce tentación que suponían sus labios brillantes por su saliva, el deseo pintado en su cara. Le di la mano y la conduje de nuevo hacia el interior de la sala.

El resto de la noche pasó entre miradas, risas con los amigos, caricias robadas y mucha diversión. Cuando el reloj dio las doce de la noche, Olivia y yo nos buscamos el uno al otro para empezar el año besándonos. No recuerdo un momento más feliz de mi vida que ese.

Enero

Capítulo 28

AREN

Agradecí que mi hermana se quedase a dormir en casa de Laura, que fuese tan maravillosa como para darse cuenta de que necesitaba estar a solas con Olivia. Ahora que sabía que también me deseaba, no podía pensar en otra cosa que en hacer el amor con ella. Después de pasar toda la noche mirándonos, robándonos caricias e incluso algún que otro beso furtivo, había sido demasiado para mí. Estaba al borde de explotar si no podía acariciarla, si no podía darle placer, si no podía hundirme en su cuerpo y saborearla.

—Toma —le dije a Olivia, colocándole mi abrigo sobre los hombros cuando salimos al frío de la noche.

—Gracias —respondió, mirándome por encima de sus pestañas y consiguiendo que casi tropezase por lo preciosa que era.

Me tenía completamente enamorado e hipnotizado. Cuando se terminó de poner la chaqueta, le di la mano. Me encantaba sentirla y sabía que la única manera de no perder la cabeza hasta que llegásemos a casa era poder tocarla. Nos sentamos en el coche y, de camino, fuimos hablando un poco sobre la cena y la fiesta mientras nos lanzábamos miradas cargadas de deseo. Agarré su mano todo el rato que pude, cada segundo en el que no necesité usar la mía para manejar la palanca de cambios o el volante. Aparcamos muy cerca de casa, nos bajamos del coche y caminamos en silencio por las calles del pueblo. La atraje contra mi cuerpo para tratar de hacerla entrar en calor. Estaba espectacular, pero hacía demasiado frío para el vestido que llevaba. Cuando entramos en la panadería, quité la alarma y Olivia me sorprendió agarrándome de la camisa y tirando de mi cuerpo hacia ella. Su arrebato de pasión me volvió loco.

—Joder, preciosa —dije, segundos antes de lanzarme hacia sus labios.

Abrí la boca y la devoré. Me deleité en su sabor, en la delicadeza de sus labios. Mi lengua buscó la suya. Se me escapó un gemido cuando se encontraron, gemido que se mezcló con el de ella. Quería más, mucho más. Lo quería todo de Olivia. Metí las manos por debajo de la cazadora y acaricié las curvas de su cintura, que me habían vuelto loco toda la noche, que llevaban volviéndome loco desde que la conocía. Bajé las manos hasta su culo redondo e increíble y se lo apreté muy excitado. Olivia dejó escapar otro gemido, que solo me alentó más a seguir. La impulsé del culo para levantarla y ella automáticamente rodeó mi cintura con las piernas. Gesto que hizo que su vestido se elevase hasta que pude ver su ropa interior negra de encaje.

—¿Sabes lo buena que estás? —le pregunté, lleno de lujuria—. ¿Lo preciosa que eres?

—Me encanta que pienses eso. Te deseo, Aren —respondió, inclinándose hacia adelante y besando mis labios.

—No sé cómo voy a aguantar hasta que lleguemos arriba —dije lamiendo su boca, tragándome un gemido.

Estaba muy excitado. Ningún contacto era suficiente con ella. Olivia se removía en mis brazos, frotándose contra mi cuerpo mientras nos subía por las escaleras. No quedaba ni una gota de sangre en mi cerebro. Estaba en modo básico, necesitado y muy excitado. Cuando llegamos a la parte superior de las escaleras, tuve que parar para poder abrir. Olivia comenzó a besar y lamer

mi cuello, arrancándome gemidos. Entramos en casa y fui directo hasta mi cuarto, sin dejar ni un centímetro entre nosotros.

Cuando entramos en la habitación, la apoyé contra la pared para poder devorarla mejor. Deslicé los labios por la columna de su cuello lamiendo, mordiendo, aspirando. Arrancándonos sonidos de placer a ambos. Nunca había probado nada más delicioso que su piel. Me separé de la pared y la bajé al suelo. Quería verla entera, sentirla entera; quería poder tener acceso a cada centímetro de su piel. Deslicé las manos desde su cuello hasta sus piernas, rozando todo su cuerpo por el camino y, una vez allí, las metí bajo el vestido para poder quitárselo. Lo deslicé con suavidad por sus curvas hasta sacarlo por su cabeza. Olivia se quedó frente a mí en ropa interior. Me sentí el puto hombre más afortunado del mundo. Era preciosa, perfecta y todo cuanto quería en la vida. Llevé las manos a sus pechos llenos, que sobresalían por la parte superior de su sujetador negro de encaje, y los apreté deseando poder sentirlos. Estaba tan duro que me dolía el miembro por lo fuerte que golpeaba contra la costura de mi pantalón. Retiré las copas de su sujetador y sus pechos saltaron libres, incitándome a darles cariño. Me incliné para poder lamer sus puntas, que estaban erectas y pidiendo atención.

—Eres lo más hermoso que he visto en la vida. No me puedo creer que me dejes acariciarte de esta manera. Eres una diosa, Olivia.

—Yo también quiero verte a ti —me dijo entre jadeos, mirándome con los ojos entrecerrados.

Me obligué a separarme de ella para complacerla. Me llevé las manos a la camisa y empecé a desabrochármela sin dejar de mirarla. Despacio, disfrutando de sus ojos sobre mi cuerpo. Me encantaba verla observándome excitada. Antes de que pudiese deshacerme de la camisa, Olivia se acercó a mi cuerpo y deslizó las manos desde el dobladillo de mi camiseta de tirantes para levantarla. Acarició mis abdominales despacio, consiguiendo que varios gemidos de placer se escapasen de mi boca. El tacto de sus manos sobre mi piel era demasiado. Cuando la vi morderse el labio mientras miraba mi pecho, no pude aguantarlo más: tiré las prendas al suelo y volví a agarrarla del culo para poder besarla mejor. Ahora sus piernas desnudas rodeaban mi cintura haciendo que el placer se multiplicase. Caminé hasta la cama y coloqué una rodilla para poder depositar a Olivia con cuidado sobre ella. La coloqué en el centro y la observé durante unos segundos, perdiéndome en su belleza. Luego me subí a horcajadas sobre su cuerpo y empecé a besarla. Primero fueron sus labios, los acaricié con mi boca; después comencé mi camino descendente por su cuello; luego, por sus pechos, los cuales lamí y apreté por igual mientras Olivia se retorcía sobre la cama. Cuando llegué a su ombligo, me separé de su cuerpo y coloqué mi mano sobre su piel para poder mirarla mientras me deshacía de su ropa interior. Una vez desnuda, acaricié su monte de Venus. Deslicé los dedos por los labios de su sexo, volviéndome loco cuando los encontré mojados. Me encantaba ver la prueba de su deseo por mí.

—Me muero de ganas por probarte —le dije con la voz ronca cargada de deseo.

Olivia abrió los labios, llena de placer, mientras no dejaba de mirarme.

—Lo quiero —dijo, retorciéndose.

No necesité más para agacharme y comenzar a devorarla. Le arranqué cada gota de placer que pude obtener con mi lengua. Cuando me cercioré de que estaba satisfecha me separé de su cuerpo y la observé. Estaba tumbada sobre la cama deshecha y con la cara sonrojada por el placer. Jamás la había visto tan hermosa. Sabía que en la vida podría sacarme esa imagen de la cabeza, que nunca querría hacerlo. Aunque no ocurriera nada más esa noche, sería un hombre muy afortunado, pero la realidad era que lo quería. Subí por su cuerpo y besé sus labios, excitado sabiendo que podía probarse a sí misma en mi boca. Olivia me agarró del pelo y me atrajo hacia

ella con más fuerza.

—Nunca nadie me ha dado tanto placer —me dijo cuando se separó de mí.

Sus palabras hicieron que una satisfacción primitiva que nunca antes había experimentado me recorriese por completo. Sentí ganas de golpearme el pecho, satisfecho por haber conseguido complacerla.

—Quiero hacerte el amor —le dije, apoyando la cabeza sobre su frente.

Me sentía dolorido por ella.

—Quiero que lo hagas —me respondió, arrancándome un gemido de placer.

Me moría por estar dentro de ella. Me separé de su cuerpo y llevé las manos hasta el botón de mi pantalón. Lo solté sin dejar de mirarla. Bajé la cremallera y me deshice de él antes de llevar los dedos a la cinturilla de mi bóxer. Olivia desvió la mirada hacia allí y yo me los quité de un tirón. Sus ojos me miraron el miembro erecto con deseo, consiguiendo que una gota de presemen se escapase de la punta. Me incliné en la cama para llegar a la mesilla de noche y coger un condón. Los había comprado hacía un par de meses por si llegaba un momento en el que Olivia y yo termináramos acostándonos. Ahora me sentía agradecido por haber tomado esa decisión. Cogí el envoltorio y lo abrí con la boca. Saqué el preservativo y lo deslicé por mi miembro antes de volver a tumbarme sobre ella. La besé y llevé la mano entre nuestros cuerpos para guiarme hasta su entrada. Coloqué la punta y levanté la vista para poder mirarla, no quería perderme su cara cuando la penetrase. Cuando nos uniésemos. Le di ambas manos y me hundí en ella lentamente, sin dejar de mirarla. Cuando su estrechez me acogió, dejé escapar un gemido del más puro placer. Estaba en el paraíso dentro de su cuerpo. Comencé a moverme en su interior, porque no aguantaba ni un segundo más sin hacerlo. Después de unas pocas embestidas en las que nuestros gemidos se entremezclaron, empecé a sentir un cosquilleo en la parte baja de mi espalda.

—No voy a durar —le advertí, mientras trataba de controlarme.

Mis movimientos comenzaron a ser desiguales y profundos. Después de otros tres empujones supe que no aguantaría mucho más y metí la mano entre nuestros cuerpos para acariciar a Olivia. En el momento en el que sentí que ella llegaba me permití alcanzar el clímax. Me abracé fuerte a ella sin querer volver a soltarla mientras disfrutaba de las réplicas de mi placer. La amaba. La amaba mucho más de lo que había amado nunca a nadie. No quería volver a separarme de ella y quería que ella sintiera lo mismo que yo. Después de un par de minutos en el paraíso, mientras me recuperaba del mejor orgasmo de mi vida, besé sus labios con cariño antes de levantarme para poder deshacerme del condón y volver a la cama a su lado. Quería pasar la noche abrazándola. La realidad era que no podía volver a separarme de ella nunca más. Lo que acabábamos de compartir era mágico. Lo deseaba todo con ella.

OLIVIA

No tenía ni idea de lo que era que te hicieran el amor bien, con pasión. Preocupándose de ti, dándote placer. Todavía estaba sumida en una neblina de bienestar cuando Aren regresó de deshacerse del preservativo y se tumbó de nuevo en la cama, a mi lado. Me atrajo contra su cuerpo y no pude evitar deshacerme contra él. Me apoyé en su pecho desnudo, robusto y cubierto de vello. Lo miré con los ojos pesados por el sueño, pero disfrutando del momento, de verlo y de sentirlo tan cerca. Sentía que la última barrera que había entre nosotros se acababa de caer. Cuando se inclinó para depositar un beso sobre mis labios, uno suave y cargado de cariño, estuve a punto de decirle que lo quería. Pero era demasiado pronto para hacerlo. No para sentirlo —lo

amaba desde hacía tiempo—, sino para decírselo. No quería asustarlo y mucho menos, romper ese momento tan maravilloso que estábamos viviendo. Me encantaba sentir mi cuerpo desnudo pegado al suyo, su piel caliente envuelta en la mía. Me gustaba la sensación de nuestras piernas enredadas bajo las mantas, me gustaba no saber dónde empezaban las mías y dónde terminaban las de él y, sobre todo, lo que más me gustaba, era sentir el peso de su mano acariciando mi cadera mientras formaba pequeños círculos y me miraba como si fuera la cosa más hermosa que había visto en la vida.

—¿Estás bien? —preguntó, levantando la mano y acariciando mi pelo.

Su gesto hizo que cerrase los ojos de placer.

—Estoy en el paraíso —respondí, haciendo que Aren se riese.

—Entonces, no te importará que pase la noche contigo —preguntó.

—Si sales de esta cama, te mato —le advertí bromeando.

Me encantaba que siempre me diese la opción de elegir, pero quería saber si él quería lo mismo que yo.

—Y tú, ¿quieres quedarte? —le pregunté.

—No hay nada que desee más —respondió, besándome con pasión hasta que casi me hizo perder el sentido.

Después se tumbó a mi espalda y comenzó a acariciarme el pelo con suavidad, haciendo que el sueño me llevase. Me sentía caliente y segura con su gran cuerpo detrás del mío, con una de sus manos rodeando mi cintura y la otra acariciando mi pelo. Sabía que eso era lo más cerca que iba a estar nunca del paraíso.

Capítulo 29

OLIVIA

Me desperté envuelta en unos brazos calientes que me abrazaban con fuerza. Tardé unas décimas de segundo en recordar que era Aren y, cuando lo hice, el estómago se me llenó de nervios y de felicidad. Todo lo que habíamos hecho la noche anterior me llegó de golpe a la cabeza y sonreí encantada. Dios, había disfrutado tanto con él… Me hacía muy feliz que me desease. Me había dicho unas cosas tan bonitas… Me había encantado. Me revolví entre sus brazos, excitada por su contacto, por su gran cuerpo rodeando el mío. Con mi movimiento, Aren dejó escapar un gemido.

—Si no dejas de moverte, voy a acabar dentro de ti —me susurró al oído con la voz ronca, haciendo que me subiera la temperatura.

—¿Y si es eso lo que quiero? —le pregunté, sugerente.

—No hace falta que me lo digas dos veces.

Comenzó a besarme el cuello y a acariciar mi estómago. Metí la mano entre nuestros cuerpos y la deslicé por su estómago, entre sus abdominales, camino de su miembro. Cuando llegué, lo agarré con la mano y comencé a acariciarlo. Ya estaba duro, pero todavía se hizo más grande entre mis dedos.

—Joder —dijo gimiendo en mi oreja—. Me vas a matar.

Sonreí, encantada por saber que mis caricias le gustaban. Se separó de mi espalda y lo oí rebuscar en el cajón. Después de unos segundos, noté su miembro enfundado en un condón cerca de mi entrada. Se pegó de nuevo contra mi espalda y comenzó a besarme el cuello, arrancándome gemidos de placer mientras sus manos vagaban por mi cuerpo acariciando cada centímetro al que tenían acceso. Tocó mis pechos y tiró de las puntas, llevándome de golpe al cielo, haciéndome sentir mucho placer. Estar envuelta con su cuerpo enorme me hizo sentir pequeña y protegida. Me excitó muchísimo.

—Me estás volviendo loca —lo acusé, empujando mi trasero contra su cuerpo.

Necesitaba más.

—Tú sí que me vuelves loco a mí —dijo justo antes de elevar mi pierna y hundirse de una estocada dentro de mí.

Tuve que morderme el labio para que mis gemidos no se escuchasen por todo el pueblo. Aren me hizo el amor con fuerza y pasión, apretándome contra su cuerpo mientras me susurraba palabras hermosas al oído, consiguiendo que todo el placer se multiplicase. Haciendo que me sintiese deseada y amada a partes iguales. Tras unos cuantos embates más, ambos llegamos al orgasmo a la vez.

Después de hacer el amor, volvimos a quedarnos dormidos. Me alegré de que esa mañana tanto Lena como Aren no tuvieran que trabajar, porque no me sentía con fuerzas suficientes como para separarme de él. No todavía. Aunque la verdad era que dudaba de que las tuviera alguna vez.

Nos despertamos con el ruido de la puerta de casa cerrándose. Me giré en los brazos de Aren para poder mirarlo.

—Creo que acaba de llegar Lena —le dije.

—¿Te apetece comer algo? —preguntó, esbozando una sonrisa y depositando un beso sobre la punta de mi nariz.

Asentí con la cabeza y sonreí encantada por lo fácil que estaba resultando todo. Estar con Aren me parecía tan natural como respirar. Nos vestimos y salimos de la habitación agarrados de la mano. Lena sonrió cuando nos vio. Observó nuestros dedos entrelazados con amor, pero sin hacer ningún comentario al respecto, como si estuviese acostumbrada a ese gesto. Su reacción me hizo sentirme cálida; hizo que de nuevo se reafirmase la sensación que tenía de pertenencia, de hogar junto a ellos.

Decidimos bajar a desayunar a la panadería. Nos apetecían unas deliciosas magdalenas y nadie las hacía más ricas que Aren. Escogimos la única mesa que quedaba libre del local. Parecía que no éramos las únicas personas a las que les había apetecido desayunar bien ese primer día del año. Mientras tomábamos el café juntos, en familia, se me pasó por la cabeza que nunca me había sentido más feliz en la vida. Todo estaba empezando a encauzarse.

Un ruido ahogado cerca de nosotros llamó mi atención y desvié la mirada. Me levanté por instinto y me quedé paralizada. No podía ser. Todos los miedos que alguna vez había tenido se hicieron reales cuando vi a Marcos de pie frente a nosotros.

—Olivia —escuché que Aren me llamaba.

Supuse por la preocupación que dejaba entrever su voz que debía de haber hecho algún ruido que lo alarmase. O quizás lo que lo inquietó fue la palidez que me invadió.

Aunque me hubiera encantado poder decirle lo que me pasaba, poder gritar, asustarme, hacer algo, la realidad fue que me quedé paralizada. Casi como si no fuese capaz de concebir que realmente mi pesadilla estuviese de nuevo delante de mí.

—Marcos —fue la única palabra que conseguí sacar de mi boca para decirle a Aren y a Lena quién era el hombre que teníamos delante.

Aren se levantó y noté que se acercaba a mí. Su presencia protegiéndome hizo que me sintiese segura, que consiguiese relajarme un poco, lo suficiente para reaccionar, para que el miedo no me paralizase. Pero, aun así, no pude hablar.

—Hace unos días te vi en una historia de Instagram —le escuché decir a Marcos—. Al principio no creía que fueras tú, pero aquí estás —comentó, lleno de incredulidad y con la voz temblando de emoción, consiguiendo que me estremeciera de miedo—. Me moría de ganas de verte, de estar contigo de nuevo. Cuando te fuiste, me quedé desolado. Pero por fin estás aquí —terminó, mirándome con ojos llenos de desesperación.

Sus palabras me revolvieron el estómago, pero fueron el último empujón que necesitaba para reaccionar. No podía permitir que creyese que tenía algún tipo de influencia sobre mí. No podía. Marcos se sentía desesperado por volver a controlarme, por tenerme bajo su yugo. Su mirada no era la de un hombre enamorado. A veces, dudaba de si él era consciente de que era un maltratador, pero no saberlo no le eximía de la culpa. Parecía ido mientras me hablaba. Jamás me había resultado más evidente lo desequilibrado que estaba. Había recorrido un montón de kilómetros solo por volver a atraparme. Porque me había visto en una red social. ¿Qué clase de persona hacía eso? Me armé de valor. Sentí que Aren se movía y actué antes de que tratase de defenderme. Tenía que ser yo la que lo hiciese.

—Me marché para estar lejos de ti. —Las palabras salieron de mi boca y curaron un poco más mi alma, una que él había tratado de destruir—. La persona que has venido a buscar hoy aquí ya no existe —le dije con determinación.

Lo miré con fuerza y valor, como nunca me hubiera atrevido a hacerlo. Dije cada una de esas

palabras con convicción. Me sentía arropada; me sentía fuerte y poderosa, renovada, amada y valiosa. Marcos me miró con los ojos llenos de sorpresa, como si me viese por primera vez en la vida.

—Estoy seguro de que podemos arreglarlo —empezó a decir, pero yo le corté al segundo.

—No, Marcos. No hay nada que arreglar. Te quiero lejos de mi vida. Si te vuelves a acercar a mí, te voy a denunciar a la policía —le advertí.

—Pero, nena, escúchame. He entendido que lo que hice estaba mal.

—No —lo interrumpí. No quería escuchar sus excusas.

—Olivia, por favor. Sé que puedo cambiar. Desde que te fuiste no he dejado de pensar en ti —insistió dando un paso hacia adelante, haciendo que todo mi cuerpo se tensase—. Te quiero.

Cerré los ojos, asqueada por sus palabras. ¿Qué sabía él del amor?

—Lárgate de aquí antes de que llame a la policía —lo amenacé con seguridad.

No iba a dudar en cumplir mis palabras y Marcos se dio cuenta de ello. Me observó durante unos segundos, lleno de incredulidad y con el rostro cargado de dolor, como si fuera yo la que lo había destrozado a él. Supe el momento exacto en el que comprendió que nunca lo acompañaría. Todo su gesto cambió, su máscara de víctima abandonada resbaló de su cara y apareció su verdadero ser. Un hombre que era demasiado inseguro y desconfiado para poder amar a los demás.

—Está bien, está bien —dijo, levantando las manos al aire y luciendo vencido.

Miró a mi alrededor y se dio cuenta de que estaba bien respaldada, que había gente que me apoyaba. Dudó durante unos segundos, pero luego se dio la vuelta y caminó hacia la puerta. Cuando se marchó, toda la fuerza que había sentido para enfrentarme a él se convirtió en miedo. Estuve a punto de desmayarme.

—¿Estás bien? —preguntó Aren.

Asentí, porque una vez pasada la tensión no me atrevía a hablar sin derrumbarme.

Aren me escrutó durante unos segundos, tratando de captar el más leve indicio de algo que le hiciese ver lo contrario, pero no lo dejé salir a la superficie. No quería preocuparlo, quería ser fuerte.

—Ahora vuelvo, ¿vale? Solo va a ser un segundo —me dijo, apretándome la mano para reconfortarme, antes de agacharse y dejar un suave beso sobre mis labios—. Quédate con ella —le pidió a su hermana antes de salir corriendo hacia el exterior.

Antes de que fuese capaz de reaccionar, ya se había marchado y la puerta se había cerrado a su espalda.

—Tranquila —me dijo Lena, abrazándome—. Va a estar bien.

Me giré para mirarla y supe, por la forma forzada en la que me sonreía, que ella también estaba preocupada, que a ella esa visita también la había removido. Supuse que uno de sus mayores miedos era lo que me acababa de suceder a mí.

AREN

Me había costado la vida no ponerme delante de Olivia y esconderla de la vista de ese desgraciado. Cada uno de los instintos de mi cuerpo me lo pedía a gritos, pero eso no era lo que ella necesitaba. No. Ella necesitaba darse cuenta por sí misma de que podía contra él. Que ya no tenía ninguna clase de poder sobre ella, más allá del trauma que el muy hijo de puta le había dejado, más allá de la marca remendada dentro de su alma, de su corazón y de su cabeza.

Lo que sí que no pude evitar fue ir tras él cuando salió de la panadería. Aunque Olivia lo hubiera puesto en su sitio y le hubiera dejado las cosas muy claras, quería que no le quedase la menor duda de que estaba protegida y lejos de su influencia.

—Eh, tú —lo llamé. No pensaba usar su nombre, eso era demasiado educado para lo que de verdad se merecía.

Marcos se dio la vuelta y se me quedó mirando con la cara asustada.

—Ya me voy —dijo, levantando las manos de forma protectora, como si le fuese a pegar.

Tenía suerte de que no quisiera convertirme en la misma mierda de persona que era él, porque de lo contrario me hubiese desquitado todo el dolor que le había visto pasar a Olivia, todo el proceso en el que se había sentido insignificante, a puñetazos. Pero no iba a hacerlo. Yo no iba a golpear a alguien que era claramente menos fuerte que yo.

—No quiero volver a verte cerca, no solo de esta panadería, sino del pueblo y, por supuesto, de ella. Olivia te lo ha dejado clarísimo, pero yo vengo a decirte que no está sola. —Me erguí en toda mi altura para que viese la diferencia de tamaño. Esa clase de personas en el fondo eran unos cobardes, unos seres que no tenían la autoestima necesaria como para poder amar a alguien de verdad—. Si la molestas de alguna manera, no solo te denunciaremos a la policía, sino que me encargaré personalmente de que pagues por ello. Me entiendes, ¿verdad? —le dije, levantando las manos en puños para que la amenaza quedase muy clara.

—Sí, sí —respondió tartamudeando.

Asintió con la cabeza antes de comenzar a andar hacia atrás para alejarse de mí sin querer perderme de vista.

Capítulo 30

OLIVIA

Odiaba sentirme tan débil después de haber visto a Marcos. Lo odiaba porque, cuando lo había tenido lejos, casi había llegado a pensar que la relación con él, su maltrato, no habían existido. Me sentía una persona completamente diferente a la que Aren y Lena habían ido a recoger a la estación de tren más de un año atrás. Hubiera asegurado que me había vuelto fuerte y que podía superar lo que fuera que me sucediese, pero había estado equivocada. Volver a ver a Marcos había hecho que todo lo que había construido a mi alrededor se tambalease y que amenazase con caerse. Me había hecho sentirme insegura. Aunque en el momento le había plantado cara, toda la fuerza que había sacado de dentro me había dejado vacía y sin energía tras su marcha, con la sensación de alarma inminente que tenía siempre que andaba cerca. Me había hecho experimentar sentimientos pasados muy dolorosos para los que no guardaba sitio en mi nueva vida, en mi nueva persona. Lo odiaba. Me enfadaba sentirme así, pero no podía evitarlo.

Me había costado unas cuantas semanas de que me acompañasen allí a donde iba para volver a sentirme segura. Tenía claro que, en el momento en el que Marcos se volviese a acercar a mí, iría a la policía. No podía permitir que me hiciese la vida imposible. Su manera de comportarse no era normal y la policía podía ponerle remedio. Cuando me fui de Madrid después de que me pegase, debería haber acudido a la ley, pero no tenía la fuerza necesaria en ese momento para hacerlo, solo quería estar lejos de él y olvidar. Ahora sí que la tenía. Si algo estaba claro, era que no iba a permitir que estuviera cerca de mí ni de la gente a la que amaba y que pudiera hacernos daño. Puede que con su visita hubiera abierto heridas que todavía no habían llegado a sanar del todo, pero sabía en el fondo de mi corazón que volvería a salir a la superficie. Sabía que me recuperaría, pero necesitaba tiempo.

Una tarde, mientras estaba preparándome un café en la cocina, tratando de volver a sintonizar con la persona que había sido antes de que Marcos regresase, Lena entró en la habitación. Se paró frente a mí y cruzó los brazos, con cara molesta.

—Odio ver cómo estás desperdiciando tu vida y la de mi hermano porque ese cabrón se atreviese a pasarse por aquí. Lo odio. Me veo muy reflejada en ti y también lo aborrezco. Sé que no te he hablado nunca de lo que me pasó. Ya me conoces, no me gusta mucho ahondar en los sentimientos. Soy de las que prefiere dejarlos a un lado, de las que piensa que si no se habla sobre ello se le está restando poder, pero me he dado cuenta de lo equivocada que estaba.

»El otro día, cuando te atreviste a hablar de esa manera al hombre que te había maltratado, me dejaste alucinada. Solo se me pasaba por la cabeza una palabra: admiración. Te admiro porque te has atrevido a volver a amar, porque te has atrevido a tomar las riendas de tu vida para conseguir lo que quieres, porque te has atrevido a plantarle cara a ese cabrón. No tires tu vida por la borda, no saques a mi hermano de ella. Te quiere y él sí que merece la pena. No os hagas esto porque él haya venido. No le des ese poder sobre tu vida de nuevo —finalizó Lena, mirándome con intensidad.

Podía imaginarme la clase de valor que había tenido que reunir para ponerse frente a mí y decirme todo aquello. El corazón se me hinchó de agradecimiento. Aren no era la única persona que había llegado a amar durante el tiempo que llevaba con ellos. Lena, pese a tener siempre una

barrera levantada entre el resto del mundo y su corazón, había conseguido que la quisiera con locura. Las lágrimas que hasta ese momento habían corrido silenciosas y lentas por mis mejillas comenzaron a caer en ríos, impidiéndome ver. Todo el miedo, todo lo que sentía que había estado haciendo mal y toda la culpabilidad salieron a borbotones de mi interior. Lena tenía razón en todas y cada una de las palabras que había dicho y yo lo sabía, por eso me sentía tan mal. Llevaba demasiado tiempo afectada por su visita, le estaba dando demasiado poder a Marcos. Me estaba haciendo daño a mí misma cerrándome y, sobre todo, lo que me hacía sentir peor de todo era que le estaba haciendo daño al hombre del que estaba completamente enamorada. Le estaba haciendo daño a la persona que más se había preocupado por mí, a la persona que me había dado la mano durante todo el tiempo en el que había necesitado un amigo ayudándome a caminar. Al chico más increíble del mundo. Me sentía muy mal. Necesitaba volver a encontrar en mi interior la fuerza para salir adelante.

—Gracias —le susurré a Lena al oído después de mucho rato llorando abrazada a ella.

—Te quiero —me dijo, haciendo que me subiese por la garganta una emoción que apenas era capaz de contener.

—Yo también te quiero —le respondí.

Me aferré fuerte a ella, tratando de encontrar en su toque la valentía que necesitaba.

AREN

Estaba siendo muy difícil ver a Olivia tan afectada y no poder hacer nada para arreglarlo. Me destrozaba. Cuando la veía levantarse siendo solo un espejismo de toda la fuerza y poder que tenía dentro, cuando la veía viviendo dentro de su cabeza, sentía ganas de ir hasta Madrid y golpear a ese cabrón hasta que perdiese el sentido. Por supuesto, no sucumbía a mis instintos. Si lo hacía, ¿qué me diferenciaría de él?

Me dolía muchísimo ver que, a pesar de que la tenía justo a mi lado, con nosotros, había erigido un muro entre ella y el resto del mundo que no me dejaba penetrar. Un muro que no quería derribar ni trepar sin su permiso. Necesitaba que ella me dejase hacerlo para ayudarla, que ella lo quisiera. Tenía claro que era la única que podía marcar los tiempos en sus sentimientos, en su recuperación. Pero no me resultaba fácil mantenerme lejos. Lo primero que tenía que hacer para poder estar con los demás era sentirse segura ella misma. Lo sabía y quería respetarlo, pero muchas veces me preguntaba si no me estaría equivocando con mi decisión. Si no estaría haciendo menos de lo que debería. Odiaba sentirme inútil e impotente, sobre todo cuando se trataba del bienestar de la mujer que amaba. Las últimas semanas estaban siendo una época muy triste en nuestras vidas. Una época que quería poder dejar atrás cuanto antes.

Capítulo 31

OLIVIA

Después de la conversación que había tenido con Lena el día anterior, me había dado cuenta de que estaba siendo injusta con Aren y conmigo. No nos estaba dejando disfrutar del amor que teníamos. Un amor que era insuperable. Lena me había hecho ver que no tenía que ser perfecta, que no tenía que vivir como si nunca hubiese sufrido, como si no tuviese grietas en mi corazón. En mí. Solo tenía que ser yo. Él me quería tal y como era. Yo tenía que hacerlo también. Nada me ayudaría más a ser feliz que lograrlo. No podía hacer como si no hubiera estado en una relación tóxica en la que me habían maltratado. Tenía que vivir con ello, sacando fortaleza de la experiencia. No era nada de lo que avergonzarse. Era parte de mí y estaba bien.

Mientras terminaba de coger mesa en el restaurante que Lena me había recomendado —en el cual había reservado una sala en la que estaríamos solos para poder hablar—, tenía la desagradable sensación en la boca del estómago de que era demasiado tarde para haberme dado cuenta de que estaba haciendo el tonto. La urgencia me palpitaba en el pecho. La necesidad de ir ya a donde él y decirle todo lo que sentía. Tenía demasiado miedo de que la felicidad y lo que habíamos creado juntos se me escapase entre los dedos como cuando tratas de agarrar un puñado de arena. Pensaba que lo había cansado, que había perdido mi oportunidad. Por eso, cuando esa misma tarde le pregunté si le apetecía ir conmigo a cenar para que pudiéramos hablar y aceptó sin hacer una sola pregunta, sentí un alivio inmenso. Pero no por ello iba a relajarme. Tenía que hacer bien las cosas, por Aren y por mí. Nos lo merecíamos.



Los nervios me carcomían por dentro, deseaba que la cena fuese perfecta. Lo había estado planificando todo durante un par de días. No quería alargarlo más tiempo porque tenía la sensación de que cada día que estábamos lejos el uno del otro era un día perdido.

Era viernes y acababa de salir de clase. Subí las escaleras de casa corriendo y casi me choqué con Aren en mi prisa por llegar a mi habitación. Me agarró de la cintura para que no me cayese y me quedé mirándolo. El estómago me dio un vuelco por su cercanía y por el calor de sus manos sobre mi cintura filtrándose por el jersey que llevaba.

—Dejo las cosas, me cambio de ropa y nos vamos —le dije, tragando saliva mientras me obligaba a no ponerme de puntillas y posar mis labios sobre los suyos.

—Perfecto —respondió Aren aclarándose la garganta, como si estuviera tan afectado por nuestra cercanía como yo, lo que me hizo sonreír.

—Ahora mismo vuelvo —aseguré, esbozando una sonrisa llena de esperanza y emoción.

Pasé a su lado, entré a mi habitación y dejé la bolsa con los libros y cuadernos del instituto sobre la mesa de mi escritorio, el cual jamás utilizaba. Fui hasta el armario y me puse un vestido azul con flores blancas que me encantaba y con el que me veía muy guapa. Esa noche era especial y quería vestirme de la misma forma.

Aren me estaba esperando en el pasillo. Salimos de casa y, cuando nos montamos en el coche, puse la dirección del restaurante. Era un pequeño caserío situado en el medio de la nada, pero que tenía unas críticas buenísimas y, sobre todo, la recomendación de Lena.

Cuando entramos, di mis datos en la barra y una camarera nos acompañó hasta el reservado. Nos dejó las cartas para que mirásemos el menú. No tardamos mucho en decidir. Mientras esperábamos a que nos trajeran los platos, empecé a ponerme nerviosa. No sabía cómo abordar el tema. No sabía cómo comenzar la conversación que quería tener con él. Pero sí que sabía una cosa y era que no quería irme de ese restaurante sin decirle lo que sentía. No quería irme sin que supiera lo mucho que lo amaba y todo lo que significaba para mí. Así que después de darle muchas vueltas, sin apenas prestar atención a la conversación superficial que estábamos teniendo, decidí seguir el ejemplo de Aren y soltar lo que tenía dentro.

—Siento mucho cómo me he comportado estas últimas semanas contigo. He sido injusta y no debería haberte dejado fuera, pero no he sabido llevar el *shock* que me supuso ver a Marcos.

Durante unos segundos, Aren pareció muy sorprendido de que hubiese abordado el tema directamente. Odiaba que pensase que iba a comportarme como si no hubiese sucedido nada. Ni él ni yo nos merecíamos eso.

—Eh, cariño —me dijo, alargando la mano sobre la mesa y apretándola—. No hay nada por lo que tengas que pedir perdón. Es normal que te hayas sentido tan desubicada, has pasado por mucho y has tenido que procesarlo todo. Lo único que siento es no haber sido lo que necesitabas, no haber podido ayudarte.

—No digas eso, Aren —le corté, dolida; era exactamente lo que no quería que pensara, lo que le había transmitido con mi actitud.

Me levanté de la silla y me acerqué a él con la intención de sentarme sobre sus piernas. Aren echó la silla hacia atrás cuando leyó mis pensamientos y me acogió sobre ella. De esa forma, quedábamos muy cerca el uno del otro. Era exactamente el lugar en el que quería estar. Necesitaba poder transmitirle lo que significaba para mí.

—Te he pedido que vengas conmigo a esta cena para decirte lo mucho que significas para mí, para decirte que si tú quieres podemos ser una pareja. Que eres el mejor hombre que he conocido y que me gustaría tener una relación contigo.

Durante unas décimas de segundo, tuve miedo de su respuesta, pero, en el momento en el que comenzó a hablar, todo ese miedo se disipó como si nunca hubiera existido.

AREN

—Estoy completamente enamorado de ti desde antes de que vinieras a vivir con nosotros. Para mí, no hay muro que no podamos saltar para estar juntos. Te he esperado durante meses y te esperaré durante años si es lo que necesitas. Pero no dudes ni por un segundo de que no te amo. ¿Acaso no has notado lo mucho que se parece mi protagonista a ti? Mientras describía cómo él se enamoraba de ella, eran mis sentimientos hacia ti los que estaba plasmando.

Los ojos de Olivia se llenaron de lágrimas contenidas, pero eran de felicidad y de alivio. Las únicas que podía soportar ver en sus ojos.

—Dios, Aren, yo también estoy locamente enamorada de ti.

—Te amo —le dije, porque necesitaba sacarlo de mi interior de una vez.

Agradecí que estuviéramos sentados solos en un reservado, porque no pude evitar recorrer los escasos centímetros que nos separaban y besar sus dulces y suaves labios. Sentí que todo lo que

necesitaba en este mundo estaba en ese restaurante conmigo. Nuestro beso rebosaba amor. Un amor tan profundo que sabía que pasaríamos el resto de la vida juntos.

—Oh, disculpad —dijo la camarera con voz tímida cuando entró y nos vio tan acaramelados.

Me separé de Olivia y apoyé la cabeza sobre su frente, riendo.

—No, disculpa tú —le respondí.

—Puedo volver en otro momento —se excusó, con la cara roja, haciendo ya el gesto de marcharse de la habitación.

—No, tranquila —le dijo Olivia con voz dulce, bajándose de mis piernas y caminando hasta su silla frente a mí.

Cuanto antes empezásemos, antes acabaríamos y tendría por fin a Olivia solo para mí en un lugar en el que pudiera demostrarle con mis actos todo lo que ella significaba, donde pudiera demostrarle lo maravillosa que era y lo mucho que la amaba.

OLIVIA

El resto de la noche se pasó en un suspiro. Sería incapaz de decir un solo plato de los que cenamos, pero podría describir con todo detalle cada palabra que salió de la boca de Aren, cada beso que me dio. Con nuestros sentimientos claros entre nosotros, una nueva esperanza, preciosa y enorme, comenzó a brillar en mi interior. La llama de una vida a su lado. Ese era el momento en el que empezaba nuestra relación. Ese era el momento en el que le poníamos nombre a lo que teníamos.

Cuando terminamos de cenar, antes de salir al aparcamiento, me di cuenta de que me dolía la cara de tanto sonreír, me di cuenta de que Aren me hacía inmensamente feliz.

Capítulo 32

AREN

Salimos del restaurante y caminamos hacia donde teníamos aparcado el coche. El lugar estaba justo al lado del bosque. Era un aparcamiento sin asfaltar, lleno de tierra pisada por los vehículos y apenas iluminado por la luz que arrojaba la entrada del local. Un entorno que me hizo sentir lo suficientemente escondido como para que quisiera devorarla allí mismo. Cuando llegamos al aparcamiento, apoyé a Olivia contra el coche y comencé a besarla apasionadamente. Traté de controlar mi deseo y saborearla, pero llevábamos demasiado tiempo alejados y apenas podía contenerme. Me devolvió el beso con pasión y supe que acabaría dentro de ella antes de que llegásemos a casa.

—Me muero por ti —le dije, separándome lo justo para que mis palabras pudieran salir.

—Y yo también —me contestó ella, con los ojos pesados por la excitación.

—Te juro que luego seré paciente y delicado y te trataré como te mereces, pero ahora necesito estar dentro de ti más de lo que necesito seguir respirando. Te he echado muchísimo de menos. Ha sido una tortura estar tan cerca y no poder tocarte, llegar a ti.

—Aren —dejó escapar mi nombre en un gemido que fue directo a mi entrepierna, haciendo que se me pusiera insoportablemente dura.

Deslicé la vista hasta sus labios rojos, hinchados y húmedos por nuestros besos, y no pude contenerme, tuve que morder su labio inferior. Cuando lo tuve entre mis dientes, ella gimió y fue toda la gasolina que necesitaba para terminar de encenderme. Me agaché un poco y la agarré del culo para elevarla. Ella me rodeó la cintura con las piernas. Buscando intimidad, caminé hacia la zona donde la vegetación era más espesa y no llegaba la luz y nos metí detrás de unos árboles para que nadie nos viese en esa situación. La besé durante unos minutos más, hasta que comprendí que, por mucho que lo hiciera, nunca iba a tener suficiente mientras ella se frotaba contra mi erección. Bajé la cara para encargarme de sus pechos, que se desbordaban por el escote del vestido que llevaba. Olivia echó la cabeza hacia atrás, dándome mejor acceso mientras gemía.

—Quiero sentirte dentro de mí —me dijo, levantando la cabeza para mirarme.

El miembro me dio un latigazo de placer con solo imaginármelo. Ahogué un gemido y apoyé la frente sobre la suya.

—Me encantaría, cariño, pero no tengo condones.

—Tomo la píldora —me contestó besándome, haciendo que la cabeza me diera vueltas con la excitación.

—¿Estás segura? Estoy sano, pero…

—Más que segura, contigo lo quiero todo a largo plazo. Yo también estoy sana, me hice pruebas en el ambulatorio cuando llegué solo por si acaso —me contestó.

Escucharle decir que estaba conmigo a largo plazo hizo que terminase de perder la cabeza del todo.

—Te amo —le susurré al oído; me encantaba poder decírselo.

Llevé la mano a la bragueta de mi pantalón y me lo desabroché como pude, sin perder ni un solo segundo de vista a Olivia. Ni podía ni quería dejar de mirarla. Con mi miembro erecto en la

mano, aparté a un lado su ropa interior y me conduje a su entrada. Cuando tuve la punta en el lugar correcto y sabiendo que ya no se saldría de allí, agarré el culo de Olivia con las dos manos y me introduje lentamente dentro de ella, haciendo que ambos gimiéramos de placer. Olivia cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás mientras yo luchaba por no correrme en ese mismo momento. El interior de su cuerpo era seda húmeda que envolvía mi miembro como si fuera un guante perfecto, disparando olas de placer a cada milímetro de mi organismo. Estar dentro de Olivia sin nada entre nosotros era el paraíso. Me sentía tan unido a ella como podían estar dos personas. Empecé a besar su cuello, cada centímetro de su piel al que tenía acceso. Después de un par de empujes más, estaba al límite, pero su placer era lo primero, por lo que me contuve. Cuando sentí que Olivia se corría, me dejé ir, derramando mi semilla en su interior, sintiendo un placer tan profundo como nunca había experimentado. La apreté muy fuerte contra mi pecho, disfrutando de su cabeza apoyada sobre mi hombro y su cuerpo desmadejado contra el mío. Nunca la dejaría caer. Su confianza era el mayor regalo que me podía haber dado y pensaba cuidarla y protegerla durante el resto de mi vida. Quería ser el mejor compañero de vida que podía tener. Ella lo era todo para mí.

—Hemos hecho un desastre —dije riendo. Podía sentir la mezcla de nuestras dos liberaciones resbalando entre nosotros.

—Y tanto —contestó Olivia riendo también, provocando que mi ya casi relajado miembro saliese de su interior.

Supe que nuestras carcajadas estaban cargadas de amor. Cualquier persona que nos viese lo vería aun sin conocernos.

—Pero ha merecido la pena —aseguró.

—Contigo todo la merece, cariño —le dije.

—Llévame a casa —me pidió, haciendo que me derritiese con sus palabras.

La bajé al suelo y la ayudé a limpiarse con unos pañuelos. Cuando terminamos, le di la mano y caminamos hacia el coche. Me encantaba saber que su casa estaba en la mía. Me encantaba poder compartir todo con ella y que por fin estuviéramos juntos en esta relación, que yo había tenido claro desde un principio que quería que fuera mucho más que amistad.

OLIVIA

Esa noche, cuando llegamos a casa, Aren y yo hicimos el amor lento, recorriendo cada centímetro de piel del otro. Dedicándonos todo el tiempo del mundo, todo el amor del mundo. Fue una noche mágica que me hubiese gustado que durase para siempre. Recuerdo que me dormí entre sus brazos mientras me susurraba preciosas palabras de amor.

A la mañana siguiente, cuando nos levantamos, nos encontramos con Lena en la cocina.

—Dime que estáis juntos —pidió ella, sonriéndonos con un amor infinito cuando salimos de la habitación de Aren.

—Lo estamos —le contesté con seguridad, porque después de todo lo que habíamos hablado la noche anterior no me quedaba ninguna duda de que así era.

Aren era maravilloso y me costaba creer que me quisiera, pero la realidad era que no me quedaba ninguna duda. Me lo había demostrado cada día desde que nos conocíamos, incluso antes; siempre se había preocupado por mí.

—No pienso dejarla escapar —respondió a su vez Aren, colocando las manos sobre mi cintura y apretándome contra su duro cuerpo.

Me reí como una tonta por lo mucho que me complació su respuesta. Apenas podía creerme el haber encontrado a una persona tan maravillosa como él para amar. Haberlo conocido y que encima me correspondiera. Era una fantasía mucho más grande de lo que nunca me hubiera atrevido a soñar. Pero ahí estaba, más de un año después de haber creído que mi vida no iba hacia ningún lado. Más de un año después de haberme sentido perdida y con unas heridas enormes en el alma, en el cuerpo y en el corazón.

Había crecido mucho desde entonces. Me sentía preparada para volver a dejar a una persona entrar en mi corazón. Ese era el día en el que quedaba claro para mí y para el resto del mundo que me atrevía a volver a amar. Y que esta vez lo haría de forma sana. Por fin había conocido a una persona que merecía la pena y me había arriesgado; por fin me había conocido a mí misma y me atrevía a amarme.

Desde ese mismo día, Aren y yo nos convertimos en pareja oficial. Nadie de nuestro alrededor se extrañó por ello. Fue como si todos supieran, ya que tarde o temprano terminaríamos juntos. La gente nos felicitaba con alegría, lo que me hizo inmensamente feliz. Fue cuando me di cuenta de que quizás había sido la última persona en enterarme de que estábamos hechos el uno para el otro.

A partir de entonces comenzamos a hacer nuestra vida en conjunto, que no se diferenciaba en nada de lo que hacíamos antes, salvo en el contacto íntimo. Éramos una pareja de amigos que se amaba, que se apoyaba, que era familia. Nunca me había imaginado que se pudiera vivir nada más perfecto.

Capítulo 33

-2 AÑOS DESPUÉS-

OLIVIA

Nunca hubiera imaginado que se podía ser tan feliz. La relación con Aren había sido perfecta desde el día en el que me abrí por completo después de la visita de Marcos, del cual no había vuelto a saber nada. Por supuesto que habíamos tenido momentos difíciles, al fin y cabo, la vida no era perfecta en sí misma, pero desde entonces todos los obstáculos y altibajos los habíamos superado juntos, el uno al lado del otro. Me gustaba pensar que yo era tan apoyo de Aren como él lo era mío.

Era un día muy especial y él estaba radiante. Se lo veía feliz sentado en la silla al lado del entrevistador que le estaba ayudando a presentar su nuevo libro. Siempre había creído en él y en sus historias, y me sentía muy orgullosa. No había tenido ninguna duda de que llegaría a publicar en una muy buena editorial. Aren era un hombre luchador, determinado y que se volcaba en cuerpo y alma en cada cosa que hacía. Era inevitable que acabase consiguiendo todo lo que se proponía. También era una de las mejores personas que había conocido nunca, se merecía las cosas buenas que le sucediesen. Era un protector nato, un hombre que luchaba por los suyos y por sí mismo. Conocerlo era sin duda lo mejor que me había pasado en la vida.

Mientras estaba hablando sobre el estrado, me moría de amor cada vez que me buscaba con la mirada para apoyarse en mí o para compartir alguno de los comentarios que le lanzaban. Desde hacía mucho tiempo no necesitábamos hablar para comunicarnos, con una sola mirada sabía exactamente lo que me quería decir. La complicidad entre nosotros era algo que no cambiaría por nada del mundo.

—Se te cae la baba —comentó Lena riendo a mi lado.

—No soy la única —le devolví la pulla sin negar lo que había dicho. Estaba muy orgullosa de mi pareja y también muy enamorada.

Escuché con admiración toda la entrevista y las preguntas que le hizo el público. Cuando terminó la presentación, llegó la hora de las firmas y me puse en la cola. Tenía el corazón lleno de mariposas cuanto más se acercaba mi turno. Cuando llegué frente a él, levantó la cabeza y sus ojos se iluminaron con amor.

—No sabía que querías una firma del hombre con el que estás todos los días —comentó tratando de sonar gracioso, pero la emoción en sus palabras lo traicionó.

—Soy tu mayor admiradora —le contesté con una sonrisa gigantesca—. Ha sido un honor haber visto crecer esta idea desde cero —le confesé, emocionándome yo también.

—El placer ha sido mío, mi amor. —Puso su mano sobre la mía.

—Te amo —le dije.

—Yo te quiero mucho más, créeme —me aseguró, segundos antes de bajar la cabeza y comenzar a escribir en el libro que había llevado.

Para la mujer más fuerte y maravillosa que conozco, con todo mi amor.
Ver cómo aprendías a volar ha sido lo mejor que me ha pasado nunca. Por un millón

de vidas a tu lado.

Para siempre tuyo,

Aren

Epílogo

-10 AÑOS DESPUÉS-

OLIVIA

Después de tantos años, seguían sin gustarme las aglomeraciones de gente, así que había llegado a asumir que, por mucho que hubiera cambiado y sanado, aquella cuestión en particular era algo que estaba grabado en mi ADN. Mientras me encontraba en lo alto del estrado, a punto de cumplir uno de los mayores sueños de mi vida, con las rodillas temblándome a partes iguales entre el miedo y la emoción, no podía dejar de mirar a Aren. Él era el mayor apoyo que tenía en el mundo. Era la persona que más quería. Podía vivir y valerme sin él, pero no quería hacerlo. Creo que no se puede decir algo más bonito de alguien, algo que demuestre un amor más profundo, que sin necesitar a esa persona la quieras a tu lado. Yo siempre elegiría a Aren. Era todo lo que había soñado que tenía que ser una pareja y mucho más. Era la persona que siempre estaba ahí para acompañarme en el camino de la vida, la mano que me ayudaba a levantarme cuando me caía, el hombro sobre el que podía llorar cuando estaba triste, el abrazo cuando me sentía sola, el calor cuando tenía frío. Era alegría, amor y esperanza. Era mi igual y mi compañero. Gracias a él, me había dado cuenta de que había aprendido a volar muy alto. Había aprendido a volar para conseguir todo lo que quería, para ser una mujer fuerte e independiente.

Hoy estaba muy nerviosa y emocionada porque iba a darle una noticia que sabía que lo iba a hacer muy feliz. Una noticia que iba a cambiar nuestras vidas para siempre.

AREN

Casi no podía contener las lágrimas al ver a Olivia tan feliz sobre el estrado, esperando en la fila a que le tocase su turno para que le dieran su diploma. Era una mujer increíble. Muchas veces me preguntaba cómo era posible que fuese tan afortunado de haberme cruzado con ella en el camino de la vida y que nuestros senderos se hubiesen entrelazado de una forma tan hermosa. Olivia había tenido que luchar contra tantísimas cosas desde su más tierna infancia: había tenido que luchar contra el abandono y la negligencia de sus padres, había tenido que dejar sus estudios para poder mantenerse, había conseguido salir de una relación en la que la habían anulado como persona y luego se había hecho a sí misma. Era la mujer más increíble que había conocido jamás. En lo que a mí respectaba, era la mujer más increíble que existía en el mundo entero. La amaba por encima de cualquier cosa. Solo con el hecho de tenerla a mi lado ya era feliz. Olivia se había propuesto hacía unos años retomar los estudios; había trabajado como una mula para sacarlo adelante, robando cada hueco de tiempo libre que tenía para conseguir sus sueños. Pues bien, ese era el día en el que todo el esfuerzo que había realizado se veía recompensado. Era el día en el que le daban su diploma universitario. Yo no podía estar más feliz de poder ser testigo de ello, de ser parte de su vida.

Lena estaba sentada a mi lado mirando con los ojos llenos de felicidad a su cuñada. Hacía unos meses que Olivia y yo nos habíamos casado en Italia. Teníamos muchas ganas de visitar el país y nos había parecido que era un lugar hermoso para hacerlo. Por supuesto, Lena había sido

una feliz madrina, igual que ahora estaba feliz viendo cómo Olivia esperaba para recibir su diploma. No dejé de mirarla ni un segundo. Lo primero que hizo cuando se lo entregaron fue buscar mis ojos. Cuando se encontraron, me sentí el hombre más afortunado del mundo. Noté las lágrimas de felicidad, de orgullo y de admiración deslizarse por mis mejillas antes de ser consciente de que estaba llorando. No aparté ni un segundo la vista mientras la veía bajar del escenario y caminar hacia nosotros. Lena pasó corriendo a mi lado y se lanzó hacia Olivia, adelantándoseme. Las observé maravillado mientas se abrazaban, esperando mi turno, paciente y encantado. Cuando por fin llegó el momento, la estreché contra mí, susurrándole al oído lo mucho que la amaba y lo maravillosa que era. La besé durante minutos u horas, aunque no lo suficiente. Me separé de ella porque era su momento y quería que tuviera la posibilidad de celebrarlo con todo el mundo que había ido a verla.

—Tengo algo para ti, cariño —me dijo cuando nos separamos.

—¿Para mí? —pregunté, divertido, esbozando una sonrisa—. La única que puede recibir un regalo hoy eres tú —le dije, y deposité un beso sobre sus labios.

—Este regalo es para los dos —explicó, tendiéndome un paquete alargado envuelto en papel de regalo.

—Tiene pinta de ser un boli —dije, cogiéndolo—. No vale que me regales nada el día de tu graduación, cariño.

—Aren —me dijo, firme, haciéndome reír—. Deja de quejarte y ábrelo de una vez.

La miré y puse los ojos en blanco para mostrar mi desacuerdo, pero a pesar de eso le hice caso. Rasgué el papel por el centro para que me resultase más fácil desenvolverlo y, cuando lo retiré, me encontré con una caja azul. Levanté la cabeza para mirar a Olivia con disgusto. Estaba seguro de que era un bolígrafo, pero yo quería que ese fuera su día. Aun así, levanté la tapa para no disgustarla. Jamás despreciaría nada de lo que me diese.

Cuando vi el palo blanco que había en el interior, me temblaron las manos. Levanté la vista y la posé sobre Olivia, que me contemplaba con los ojos llenos de lágrimas de emoción. Tragué saliva sin poder créemelo del todo. Si no llevásemos los últimos años tratando de tener un hijo sin lograrlo, nunca hubiera sabido que lo que tenía entre manos era una prueba de embarazo. Desvié la mirada para asegurarme de que lo que estaba viendo no era un espejismo, pero era real. Las dos líneas se veían perfectamente marcadas en la ventana que, durante tanto tiempo, no nos había dado más que disgustos. No sabría decir qué hice con la caja, si se la tendí a mi hermana, que lloraba emocionada a mi lado, o si la tiré al suelo, pero lo siguiente que supe era que tenía a Olivia entre mis brazos y que la estaba apretando contra mí como si pudiese desaparecer en cualquier momento. No me podía creer que una persona pudiese ser tan feliz como yo lo era, ni tan afortunado.

—Gracias, gracias, gracias, cariño —le susurré al oído, lleno de emoción—. Nunca voy a poder expresar lo afortunado que soy de haberte encontrado. De haberte conocido. Me acabas de hacer el mayor regalo del mundo. Te amo con cada célula de mi cuerpo.

Agradecimientos

Este libro es muy especial para mí y escribirlo ha sido liberador. Sueño con que sea ese impulso que alguien necesita para escapar de una relación en la que no es feliz. Una relación en la que, en vez de sentirse arropado y empujado a ser mejor, le sucede todo lo contrario. Para todos aquellos cuyas vidas se han visto contaminadas por la toxicidad de otras personas.

Soy muy consciente de que hay relaciones de las que no es tan fácil salir como el caso de Olivia, puesto que la propia vida corre peligro. En esa situación es necesario contar con ayuda externa, preparada para protegernos. Pero para quien solo quiera sentirse valorado, para quien necesite escuchar que va a estar bien, que la fuerza se encuentra en su interior y que recomponerse es posible, aquí está: vales la pena. Eres fuerte y capaz. Te mereces tener una vida plena y feliz. Y lo mereces simplemente por ser tú, por existir. Tienes todo mi apoyo y mi respeto. Mucha fuerza y amor.

Quiero dar las gracias a todas las personas que me leen, libro tras libro. A todas las muestras de cariño que me brindáis tanto a mí como a mis personajes. Es mágico compartir letras con vosotros.

En estos agradecimientos voy a ser breve, ya que quiero que hablen del amor más profundo: gracias a Lander y a Alain, puesto que los dos me enseñaron a amar. Uno de manera incondicional, como solo se puede querer a un hijo. Y el otro de forma sana, como solo se puede querer a una persona que te respeta y valora.

Gracias.